



Colección  
imaginarios



# La casa de los tucanes

Catalina Merino Martínez



EDITORIAL  
BONAVENTURIANA

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA



  
EDITORIAL  
BONAVENTURIANA  
UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA

 Colección  
imaginarios

# La casa de los tucanes

Catalina Merino Martínez



# La casa de los tucanes

Catalina Merino Martínez



UNIVERSIDAD DE  
SAN BUENAVENTURA



VICERRECTORÍA DE EDUCACIÓN

Merino Martínez, Catalina  
La casa de los tucanes -- Medellín: Editorial Bonaventuriana, 2025.  
129 p. -- (Colección Imaginarios)  
e-ISBN: 978-628-7524-37-8  
1. Literatura; 2. Literatura colombiana; 3. Novela; 4. Novela colombiana  
Co863  
M562

© Universidad de San Buenaventura



Colección Imaginarios

### La casa de los tucanes

**Autor:** Catalina Merino Martínez

**Universidad de San Buenaventura Colombia**

**© Editorial Bonaventuriana, 2025**

Universidad de San Buenaventura Medellín

Coordinación Editorial Medellín

Carrera 56C N° 51-110 (Medellín)

Calle 45 N° 61-40 (Bello)

PBX: 57 (4) 5145600

editorial.bonaventuriana@usb.edu.co

www.usbmed.edu.co

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

**Coordinación editorial:** Laura Daniela Arboleda Ramos

**Asistente Editorial:** Ana Luisa Muñoz Gutiérrez

**Corrección de estilo:** Laura Daniela Arboleda Ramos

**Diseño y diagramación:** Juan Esteban Avalo Valencia

**Portada:** Esteban Merino Martínez

Las opiniones, originales y citas son responsabilidad de los autores. La Universidad de San Buenaventura salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre los autores.

Los contenidos de esta publicación se encuentran protegidos por las normas de derechos de autor. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.

**e-ISBN:** 978-628-7524-37-8

Cumplido el Depósito Legal (Ley 44 de 1993, Decreto 460 de 1995 y Decreto 358 de 2000)

Abril de 2025

## *Tabla de Contenido*

{007}	El corazón de la señora Angustias
{010}	La pesadilla
{025}	Adiós a Mnemósine
{037}	La llegada a Puerto Triste
{053}	La casa de los tucanes
{066}	Sodoma y Gomorra
{079}	En las profundidades del Rio Lete
{092}	La feria del tucán
{105}	La danza de la gallina
{119}	De regreso a la Pachamama
{141}	Noche de fantasmas
{161}	Los emisarios de Dios
{181}	El juicio
{200}	Y lo único que queda, son los tucanes

*Para los personajes principales  
de mi propia historia:  
Daniel, María y Tato*

*La vejez es una segunda infancia y mero olvido,  
sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada.*  
William Shakespeare, *El Rey Lear*

*Olvidar significa permitir que las voces  
de los hundidos se pierdan para siempre;  
significa rendirse a la historia de los vencedores.*  
Michael I. Lazarda

*El que no recuerda, no es.*  
Espinosa M. Asklepios

*La muerte de cualquier hombre me disminuye  
porque estoy ligado a la humanidad; por consiguiente,  
nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti.*  
John Donne

# *El Corazón de la señora Angustias*

El Corazón de la  
señora Angustias

2006

La casa de  
los tucanes



de curapiricá muna nocca muna puc me gura  
pizca por muna curapiricá de muna nocca  
(...) y lo gura muna a muna puc de curapiricá

Fernando Pessoa, 'Sílaba muna de algún fantasma oculto'

{ 007 }

*(...) y yo siento a mi vida de repente  
presa por una cuerda de inconsciente  
de cualquier mano nocturna que me guía.*

Fernando Pessoa, *Súbita mano de algún fantasma oculto*

**2006** Doña Angustias murió hace un año. Carmen dice que a la mujer los latidos le pesaban tanto, que el pecho no aguantó más y se le hundió cerca del corazón. Que ¿quién es Carmen?, es una historia muy larga. Por ahora podría decirse que fue la sirvienta que cuidó a la señora de sus achaques, de esos que empezaron a acecharla cuando la cabeza se le secó de tanta sufridera. Pero el día en el que Angustias se fue, Carmen no la escuchó. La voz de la pobre vieja se quedó enredada en la garganta mientras sentía que una mano grande y tosca le apretaba el cuello hasta el estómago.

A lo mejor era la mano de uno de esos fantasmas que la visitaban a menudo.



2005

La pesadilla

# *La pesadilla*

La casa de  
los tucanes



Como un despertador, cantares en casa  
tomaras los cristales  
a pie para despertar los espejos  
pues el fuego que ya habia encendido

Piedad Bonnett, 2005

{ 010 }

*Como un depredador entraste en casa  
rompiste los cristales,  
a piedra destruiste los espejos,  
pisaste el fuego que yo había encendido.*

**Piedad Bonnett, Saqueo**



**2005** Se despertó asfixiada por el dulzor de los crisantemos que durante el día habían rodeado el ataúd de su madre. Ni las flores ni la difunta permanecían en la casa, pero la tapia de las paredes parecía tener memoria, porque en las fosas nasales de Carmen, cada vez más dilatadas, el olor a tierra se había enganchado con grilletes.

Por su cuello cayeron hilos de sudor; rodaron por su espalda, por entre sus senos, por su estómago. Compitieron por llegar primero a las nalgas y, de ahí, como si estas estuvieran hechas de muelle, se clavaron erguidos para caer en el charco que se había formado sobre el colchón. Era un sudor que le estaba lamiendo la batola desde hacía mucho. Un gemido lastimero salía del reloj de pared cada vez que las manecillas se movían con pasos oxidados. “El tiempo está haciendo huelga”, eso fue lo que pensó después de ponerse las gafas de latón que guardaba debajo de la almohada y de apretar el entrecejo para distinguir los números. Tan solo habían pasado tres horas desde que el agotamiento la había llevado traspuesta hasta la cama. Había dormido poco, sin embargo, Carmen sintió que llevaba maldurmiendo muchos días. Tenía la cabeza embotada y la espalda repleta de contracturas que le quemaban la piel, pero lo

peor de todo era que esa maldita pesadilla aún le rebotaba en las paredes del cráneo.

El frío que sintió en los pies al tocar el suelo aceleró los latidos de su corazón que luchaba por no astillarse. Por fin, tanteando con las plantas, encontró las pantuflas debajo de la mesita de noche. Muy despacio se levantó para no hacer ruido. Seguro que Trinidad ya estaba empezando a ser tierra. Sin embargo, Carmen, con el alma aplastada por el dolor, todavía la oía roncar de manera entrecortada en la pieza contigua que estaba separada de la suya únicamente por una cortina de poliéster. Era mejor pensarla viva que infestada de gusanos.

Su madre fue una mujer que se había peleado con el sueño apenas cruzó el umbral de los setenta. Antes de morirse dormía muy poco, porque su respiración dura le impedía relajarse cuando se tumbaba. Los pulmones anegados de mucosidad no le dieron casi nunca tregua y tampoco se la dieron la noche anterior cuando, desde el pecho, se estiraron tanto que con la lengua quisieron agarrar al menos una pizca de viento. Entre carraspeos, la lengua *chilgeteó* un rato sobre los dientes, sobre los labios hendidos, pero el aire no quiso entrar por la boca hasta los lóbulos. No quiso abrazarlos. Y como ya no pudieron aguantar más, se fueron reventando por turnos mientras Carmen, con su madre atornillada a la cintura, los aporreaba desde los dorsales.

Salió del cuarto arrastrando sus pies sobre las baldosas ajedrezadas de amarillos y verdes, mientras las palmas, a la altura de su cara, le servían de ojos en la penumbra. Por la ventana que daba a la calle se veía un cielo plomizo, no había ninguna estrella que le permitiera caminar sin chocarse; debía palpar las paredes con el dorso de sus dedos. Atravesó el corredor andando con sus



manos, pero lo que no recordaba Carmen era que no había nada con que tropezar. Trinidad había vendido todo lo que se podía vender cuando el alma todavía estaba bien cocida a su pellejo. Ella siempre había pensado que antes de vivir rodeada de lujos, lo primero era tener bien llena la panza y, lo segundo, un lugar en donde guarecerse de los arrebatos del tiempo. Por eso conservó los catres, los roperos y las mesitas de noche. La cocina ni la tocó. En el resto de la casa solo dejó un bifé viejo y apolillado que nadie quiso comprar a pesar de haberle puesto precio, y la mesa del comedor de cedro macizo de la que nunca quiso salir, quizá, porque sin saberlo presentía que sobre ese tablón iba a ser puesto su ataúd durante el velatorio.

Carmen necesitaba un café bien negro. No solo estaba triste, también estaba sola, pero, sobre todo, estaba asustada. Se había despertado con un miedo que la atravesaba hondo. La cafeína era lo único que la calmaba. La cafeína y un buen puro de tripa gruesa. Antes de encender la estufa, sacó del bifé una cajita de madera en la que guardaba varios habanos. La boquilla de casi todos estaba cortada y por el tamaño desigual de los mismos era evidente que alguien los había fumado alguna vez. Tomó uno de los más largos y gruesos. Al cogerlo, un poco de ceniza cayó en el fondo de la caja esparciendo vetas oscuras en el marrón de los cigarros, parecían esos costrones de tierra que la pala del sepulturero dejó caer sobre el féretro de Trinidad.

Sacó la olla del anaquel y se dispuso a esperar a que hirviera el agua. El dedo índice y el pulgar de una de sus manos sostenían el puro que iba girando sobre las yemas mientras la cabeza de un fósforo trataba de quemarlo. De vez en cuando, Carmen lo aspiraba otras tantas soplabo ligeramente la parte encendida para





comprobar que la ceniza empezaba a formarse. Mientras paladeaba el humo sintió en la nuca el aguijón de unas briznas de lluvia que atravesaban en zigzag el aire. Entonces experimentó la sensación de que decenas de sanguijuelas se le adherían al cuerpo dejándolo vacío, flácido. Tan vacío como los cadáveres de su pesadilla.

¿Por qué tenía que pensar en ellos otra vez?, ¿no era suficiente con que desde niña la atormentaran al dormirse?, ¿también tenían que perseguirla cuando estaba despierta? No lo iba a permitir. Cerró los ojos hasta que los párpados se llenaron de arrugas, se mordió el labio inferior con mucha fuerza y empezó a darse golpecitos en la cabeza con el alicatado. Quería ahuyentar los pensamientos que flotaban en su mente igual que lo hacían las burbujas que estaban, con timidez, explotando en la superficie del agua.

Carmen se enderezó de repente y fijó su mirada en los remolinos de humo que danzaban encima de la lumbre. Se convirtió en un muñeco de trapo. Sus manos las había puesto por el dorso sobre cada uno de los muslos. El capote del cigarro se esforzaba por sujetarse a los nudillos, pero la ceniza, que hacía malabares para no caerse, lo arrancaba de los dedos. Las tejas de latón que cubrían los alambres utilizados para secar la ropa retumbaban por la lluvia que había empezado a arreciar.

De la cazuela bajaban columnas de agua hasta perderse en un chisporroteo sordo entre los espirales de la parrilla. Carmen no se dio cuenta de que el agua se estaba derramando. Seguía sentada, con los ojos, las piernas y los brazos abiertos, perdida en algún punto de la cocina oscura. Perdida en la oscuridad que arrastraba como un lastre desde que tenía cinco años y llegó a esa casa con su madre, se fue a dormir a la misma cama de siempre y empezó, sin entenderlo, a soñar con cosas feas.

Taladrar la pared con su cabeza no le sirvió para mucho, lo único que ganó fueron unas punzadas en la coronilla y un zumbido de abejas en los oídos. Era la primera vez que estando en vela esas imágenes le pisaban los talones. ¿Qué había cambiado?, quería pensar, encontrar respuestas, pero lo único que veía, sin distinguirle el rostro, era a una mujer desnuda, ensangrentada, llena de barro. La veía entre los desconchados de la pared, arrodillada, sosteniendo sobre sus gemelos unas nalgas prominentes y lácteas. Su respiración era de fuelle. Tenía una mirada acerada, que de soslayo dirigía hacia un punto indefinido de la trocha. Carmen no alcanzaba a ver ese punto, y aunque lo hubiera visto no habría podido identificarlo. ¿Cómo hacerlo si ella nunca había estado más allá de las fronteras de su pueblo? No recordaba haber salido del casco urbano, porque, aunque estaba enclavado en una zona montañosa de la cordillera, siempre había seguido las recomendaciones de su mamá: nunca caminar, y menos sola, por los campos que lo circundaban: “no vaya a ser, hija, que se tope con las gentes del monte. Usted ya sabe que el campo es de los de a pie. Poquitas son las personas a las que esos hombres soportan, y uno que va a saber si usted es alguna de esas. Hágame caso, por el amor de Dios, que las balas corren mucho y ni el miedo las alcanza”.



Cuando en el fogón apareció una llama de mil cabezas, la imagen de la mujer se empezó a diluir en el aire volando entre madejas de algodón. De un salto, haciendo tambalear la silla, Carmen llegó hasta la olla ahumada que había dejado en el techo una fumarola en espiral. La empujó unos centímetros con los nudillos de la mano derecha y, aunque tenía el dorso ampollado, latiéndole igual que una bomba a punto de explotar, cogió como pudo una bayeta sucia para evitar que la casa ardiera. Los ojos se



le llenaron de unas lágrimas espesas, de vidrio derretido. Cada vez que golpeaba la resistencia eléctrica con el trapo mugriento y húmedo, las lloraba de un tirón; vomitándolas. El dolor en la mano no era lo único que le estaba doblegando el carácter. Ella no lo supo de inmediato, pero los brazos del fuego que escalaban despacio la tela, olvidados de afanes, la llevaron de nuevo a la trocha donde se encontraba la otra mujer orinándose de miedo.

Una hilera larga y desordenada de pensamientos se agolpó en la cabeza de Carmen. Ahogándose, el crepitar de las llamas se mezclaba con unos sonidos huecos que parecían disparos. Fogonazos como truenos caían tras la espalda de la mujer que se dibujaba a través de un telón de agua evaporada.

Muchas veces en sus pesadillas, Carmen había escuchado esos mismos ruidos, los que producían las explosiones de las armas de fuego, los oía lejanos, pero también muy cerca, al ladito de un río donde nadaban arremolinados unos cuerpos sin vida tratando de abrirse paso por el cauce. En los sueños eso no le parecía raro, porque el “ruido de la pólvora anda bastante”, eso le había oído decir muchas veces a su mamá desde que era una niña. Tampoco le parecía raro cuando estaba despierta, porque en las calles de su pueblo de vez en cuando se alcanzaba a escuchar el eco de las granadas de mano y los fusiles. Entonces se sabía que habían ajusticiado a alguien en los mangones.

Pero ella no estaba dentro de su sueño, sino en la cocina apagando esa maldita niebla caliente que le había malogrado con rabia el café. Sacudió la cabeza para espantar la visión que le hacía sentir frías las tripas y empezó a llenar con resignación el cuenco con agua de grifo. Estaba ganosa, más que antes, de un tinto negro, tan cargado que le permitiera mantenerse despierta por siglos, con



la mente bien lejos de olores a verde, a boñiga fresca, a hule de botas pantaneras, al agridulce del sudor de la mujer desnuda, a los gritos de los balazos. Eran olores mentirosos, porque nunca los había sentido, pero le resultaban tan familiares que los tenía remachados en la nariz, tan arriba que se le querían salir por los ojos.

Por un instante se concentró en la preparación del café. El sedimento de óxido con el que se había levantado le había transformado la lengua en papel de lija. Guiándose por el rastro de luz que desde el baño se esparcía por el piso, agarró el tarro y empezó a destapararlo con tiento recostada en el poyo y recibiendo de lleno las rachas de aire que entraban por el patio. Esa casa estaba en la trastienda del negocio de abarrotes que Trinidad había regentado durante más de cuarenta años. Incluso, pensaba Carmen, desde antes que su padre, del que no sabía su nombre y no recordaba su rostro, llegara a la vida de Trinidad. Y, precisamente, era el patio el que comunicaba el comercio con las demás habitaciones, pero también estaba separado de la cocina por un dintel de caoba del que colgaban unos canastos con bromelias que, con el aguacero que caía, habían perdido casi todos los pétalos.

A Carmen le temblaban cada uno de sus músculos. El frío se le metía por la piel buscando petróleo. La tapa del frasco estaba atorada porque en sus bordes se habían resecado raspaduras del grano. De pronto, el alarido de un trueno la empujó hacia adelante, sin volver la cabeza abrió la boca y gritó también. Un rayo atravesó la oscuridad. En la retina le quedó grabado el negativo de sus manos y de sus arrastraderas blancas cubiertas por regueros de café como si fueran costras de tierra. Entonces, supo por qué había gritado.

Era la primera vez, desde que la pesadilla la atormentaba, que veía algo nuevo en ella. Siempre habían sido imágenes que

se superponían unas a otras sin ningún orden lógico, sin ningún significado. Pero en esta oportunidad el ladrido del trueno hizo ampliar el campo de visión dentro de su cabeza. La mujer desnuda que siempre había mirado hacia un punto vago del camino, con una amargura honda, pero desafiante, con un odio atezador, agachó bruscamente su cabeza para esquivar los chorros de agua lodosa y de pellejos con sangre que le venían disparados desde un punto cercano que Carmen no veía. La mujer desnuda apretó los ojos y los dientes, se enrolló hasta el ombligo envolviendo con los brazos el cuerpo, los codos le sobresalieron más de lo normal por los costados y su frente no alcanzó a tocar la yerba.

Carmen la escuchó hablar cerquita, detrás suyo, hablándole por encima del hombro. Nunca había oído su voz entre las almohadas. Nunca había visto a otra persona viva que estuviera con ella, y aunque fuera una locura, era obvio que la mujer desnuda no estaba sola.

—¡Nooo!, ¡shhhhh!, ellos aún no han cogido camino como le prometieron, pero ya casicito se van, ya casicito. Cierre los ojos y no los abra hasta que yo le diga, niña bonita, que así el juego se pone mejor

—...

— Tápese los oídos, vida mía, tápeselos, ¿sí? Juguemos un ratito a eso, que afuera está haciendo mucho ruido y le pueden doler hartito —susurraba la mujer sin apenas abrir la boca.

Carmen se agachó para recoger la tapa que con el brinco había volado unos metros. Un rayo que aterrizó en medio del patio le permitió divisarla. Estaba nadando triparriba en un charco grande que se había formado en un recodo por la lluvia. Los costrones de café ya empezaban a derretirse, a rodar espesos por el latón que



se había deformado con el golpe sobre el granito. Se quedó quieta. Agazapada como un animalillo asustado debajo de la teja corroída que resguardaba sin éxito el vestido de luto que había usado en el sepelio. Se quedó mirando el tapón y los giros de baile que daba hasta llegar a la pendiente de la orilla para volver a corrientarse hacia adentro. Ya no tenía uñas que comerse, pero se siguió alternando los dedos entre los dientes hasta que se sacó sangre.

De pronto, la tapa desapareció, y el charco y el patio y los pétalos esparcidos de las bromelias. El eco de las últimas palabras que acababa de escuchar iba y venía, iba y venía: "...pue-den doler", "¡...eden... oler...!", "¡...eden... o-ler...!".

De nuevo estaba en la espesura, pero ya no era la mujer de su pesadilla la que ocupaba el primer plano. Claro que la veía, pero lejos, en el fondo, mirando esa parte de la selva que Carmen tenía delante de sus ojos fantasmas por primera vez, esa parte de la trocha que con pupilas de acero aquella mujer siempre miraba para comenzar a contarle su historia. Una historia que se estaba reiniciando, pero de manera diferente. Era otro el que se la iba a contar a Carmen.

Unos metros más adelante de donde estaba la mujer desnuda había varios hombres y varios niños. Tenían las manos amarradas a la espalda y los pies atados. Formaban un círculo. Los tenían tendidos sobre la yerba que se comía a mordiscos sus caras. Estaban pisoteados por una bota negra de caucho que los apretaba duro contra el terreno. Inmovilizándolos. El dueño de la bota, eran muchos. Uno por cada cuerpo. Uno que los agarraba del cuello de la camisa y los empujaba hacia atrás con su mano izquierda hasta tensarles la nuca, mientras los de abajo trataban de articular palabras, algunos para rezar, otros para pedir clemencia.





—No es que nos guste esto, a ver si me entienden. Pero de alguna manera tienen que aprender. Gente como ustedes no puede ser tan cabecidura. No, no. ¡No puede! —Con voz grave pero pausada hablaba un hombre vestido de camuflado que estaba sentado en el tronco de un guayabo podrido apoyando sus brazos en la boca de un trabuco y tenía la camisa desabotonada hasta el pecho sobre el que descansaba un relicario del niño Jesús de Praga—. Ya se los habíamos advertido, ¡a los chulos<sup>1</sup> ni voltiarlos a ver!

De repente, se levantó y antes de darles la espalda y dirigirse hacia la *mujerovillo*, dio una orden con el movimiento de su fusil. La mujer parecía saber lo que eso significaba, porque en ese momento agachó bruscamente la cabeza convirtiéndose, de cara al suelo, en una piedra. Carmen quiso hacer lo mismo, pero no pudo. Hipnotizada, vio con horror en qué consistía la orden. Vio como los hombres de las botas maltrataban las gargantas de los campesinos sobre unos tarugos de madera astillada. Vio cómo asestaban sobre las pieles curtidas la hoja afilada de sus machetes, con tanta precisión que parecía que estuvieran pelando cocos. Cómo las cabezas, con los ojos desorbitados, caían rodando por el suelo hasta chocarse. Cómo los muñones daban saltos desesperados desde el cuello hasta los pies buscando su parte amputada, y cómo, a los pocos segundos, se detenían derrotados *chilgueteando* sangre, porque esa era ya su única forma de llorar.

Cuando los retortijones de los cuerpos cesaron, Carmen presenció desde su refugio en la cocina cómo los hombres de a pie, a risotada batiente, pateaban los troncos decapitados hasta dejarlos

---

<sup>1</sup> Chulo: Nombre con el que los grupos colombianos al margen de la ley llaman a los miembros del ejército regular.

caer en las aguas del río: *plaf, plaf, plaf*. Parecía que estuvieran de fiesta. Las cabezas no se hicieron esperar. Planearon más lejos, al contacto con las suelas, antes de golpear en el agua: *plaf*, antes de anclarse como boyas en su superficie para esperar que los torsos dejaran de dar tumbos, igualito que la tapa del tarro que todavía luchaba por no quedar enredada entre los pétalos, y decidieran de una vez por todas alejarse del margen.

Era cuestión de días que quedaran amarrados en el fondo por el barro, por el peso de sus humores. Carmen no resistió pensar en esa posibilidad y sin poder contenerse vomitó lo único que había probado en horas: mendrugos de tabaco que lentamente corrían hacia el desagüe.

No conocía a ninguno de esos hombres: ni a los muertos ni a los que los habían matado. Los rostros de los niños, que encallaban incompletos en la orilla abrupta de la cuenca, no le decían nada. La mujer desnuda tampoco. Y menos ese hombre bajito de piel morena, al que le quedaba grande la medalla del niño Jesús en el pecho. Cuando sus subalternos empezaron a jugar a la pelota, él, a grandes zancadas, llegó hasta donde la mujer y enterrándole el cañón del fusil en las costillas la obligó a levantarse. Carmen vio cómo la rodeó hasta ponerse detrás suyo raspándole las nalgas con su bragueta dura. Cómo, descargándole en el cuello su aliento entrecortado, caliente, le alzó el pelo de un tirón obligándola a mirar hacia el río. Y cómo, después de que ella aullara de dolor, la empezó a arrastrar hacia una casa triste que tenía por puerta un boquete recién hecho.

Carmen no entendía nada de lo que estaba pasando en ese mundo paralelo y menos aun cuando se percató de que la mujer había dejado en su lugar a una pequeña de unos cuatro o cinco





años, más o menos, que se hallaba sentada sobre la manga en posición de loto cubriéndose los ojos con todos sus deditos. “Cierre los ojos y no los abra hasta que yo le diga, que así el juego se pone mejor”, le había dicho, y ella estaba haciendo caso, porque era una niña buena, porque le gustaba jugar más que nada en el mundo. Por eso no abrió la boca cuando la mujer desnuda la *desescondió* de entre sus senos grandes, de su barriga, de sus codos abiertos.

Llevaba puesto un pijama hasta las rodillas. Era de alpaca y tenía tejidas en el pecho unas flores rojas muy parecidas a las bromelias que estaban mutiladas en los materos. Era un vestido precioso que a Carmen no le era indiferente, ¿dónde lo había visto antes? Aunque lo estaba viendo en esa realidad que había salido de sus pesadillas, Carmen sabía que era suave y olía bien. Aún no estaba engullido por el olor de la sangre coagulada y por la estela del sudor pegajoso que la mujer había dejado en el ambiente. De pronto, una voz menuda rompió con sus cuestionamientos:

—Ma, ¿le puedo decir una cosita? —Y mientras se balanceaba en un columpio transparente, añadió sin esperar respuesta—: ¿Puedo abrir ya los ojitos?, es que me pican mucho.

Y como si jugara a la “cu-cú, tras-tras”, abrió las palmas en forma de caracolas dejándolas a la altura de la cara. Entrecerró los ojos porque el sol, que ya estaba en lo alto desde hacía rato, le caía a rayas sobre su cabeza, enceguciéndola. Ocultándole a los muertos.

Tardó unos minutos en sentirse abandonada y de un brinco se puso en pie. Fue cuando Carmen creyó reconocerla. No importaba que la angustia por sentirse desprotegida alterara sus facciones. ¡Era ella! Trinidad guardaba muy pocas fotos, pero tenía una en la que aparecían las dos juntas. Era una fotografía en blanco y negro a la que Carmen no le había prestado mucha atención

en el pasado, quizá por el papel al que estaba destinada. Era el separador de las hojas de la biblia que su madre tenía encima del chifonier de su cuarto. Pero a pesar de que esa cartulina cuarteada y borrosa había pasado casi inadvertida durante sus más de tres décadas de vida, era obvio que el inconsciente nunca dejó de trabajarle. En ese retrato ella vestía el mismo pijama que la pequeña, porque la mancha que tenía sobre el pecho bien podía ser un dibujo de flores. Y si eso era así, la mujer que ya no estaba desnuda, que salía renqueante de la casa, con el pelo enredado, una blusa sin planchar y unos calzones pringados de un engrudo seco, tenía que ser por fuerza Trinidad. Sí, la mujer *nodesnuda* que abría los brazos para recibir a la niña asustada, era su madre. Por fin lo entendía, por fin la pesadilla empezaba a tener sentido.



# *Adiós a Mnemósine*

1999

Adiós a  
Mnemósine

La casa de  
los tucanes



Es divina cordura la locura  
para el ojo que entienda;  
y la cordura, una locura a la vez.

Emily Dickinson, Es divina cordura la locura

{ 520 }

*Es divina cordura la locura  
para el ojo que entiende;  
y la cordura, una locura atroz.*

Emily Dickinson, *Es divina cordura la locura*

**1999** El día había transcurrido con relativa calma hasta que descubrió debajo de la puerta de la calle un sobre arrugado con su nombre. Un hecho más que natural para cualquier persona, pero no para Angustias. Ella no era igual a todo el mundo, no se parecía en absoluto a los habitantes de Puerto Triste.

El sol ya se estaba ocultando tras unas nubes grisáceas que formaban túneles en el cielo. “Este es un cielo de tormenta”, fue lo que pensó mientras agarraba su bastón por el fuste de níspero para descolgarlo de la mecedora en la que estaba sentada. Le había caído de golpe una oscuridad fría que traspasaba con violencia el tragaluz de la pared. En minutos las gotas de lluvia se desgajarían como racimos maduros, así que lo mejor era cerrar con aldaba los postigos de los ventanales y atravesar el pasillo lo más rápido posible. Era un corredor largo y cuando llovía se inundaba a través del balaustre de madera que lo separaba del patio. Por eso la señora tenía que evitar una caída que la dejara postrada en la cama. Ella ya sabía de esas cosas. Los años, muchos ya, más de los que la memoria la dejaba recordar, aunque su bastón si los tenía presentes, la habían tumbado en un camastro hecho con bidones vacíos de gasolina. Nunca supo cuánto tiempo pasó sin



1999

Adiós a  
Mnemósine

La casa de  
los tucanes



poder pararse ni cuándo el dolor de sus piernas había desaparecido, solo recordaba a un hombre: un día sí, otro día también, subido a horcajadas sobre ella, estrujando con las yemas de sus dedos filudos los huesos dislocados. Los apretaba primero para ablandarlos y cuando Angustias imaginaba que la curación de las magulladuras había llegado a su fin, los retorció como si fueran trapeadoras. Primero a la derecha, luego a la izquierda, otra vez a la derecha, así hasta que la mujer escupía la manga de la camisa que tenía entre sus dientes y pegaba un grito que la anestesiaba.

En la mesa del comedor estaba servida la cena. La esperaban impacientes un plato hondo colmado de parva y un termo con chocolate espumoso. Se sobresaltó al escuchar el eco de seis campanadas. El viejo reloj Jawaco que colgaba en lo alto de la tapia, encima del bife cubierto con servilletas de ganchillo, se estaba lamentando. Desde hacía unos meses la música del reloj solo sonaba para indicar con toques moribundos la caída de la tarde. El resto del día las manecillas avanzaban mudas. Ella aún no se había acostumbrado a ese repiqueteo grave que a diario arrasaba con el silencio vespertino del recibidor. Cada vez que el péndulo hacía un movimiento completo, la caja de nogal traqueteaba; era ahí cuando Angustias concluía que el tiempo no pasaba solamente para ella, que los objetos también se volvían achacosos, torpes, también se apagaban. Cuando la última campanada dejó de vibrar en los espejos, la señora recordó por fin que la hora de comer había llegado.

Apoyando el bastón en el suelo se dobló por la mitad para descargar en uno de los rombos del piso el pocillo de tinto que se estaba bebiendo. La habitación quedó engullida por la penumbra. Después se llevó la mano a la boca y con los dedos gordos, forrados en corteza, despegó de los labios un habano de capa oscura que con

tonos rojizos se empezaba a perder dentro de una tripa de ceniza prieta. Lo puso junto a un rebaño de cabos resecos que estaban dentro de un cenicero ubicado encima de una mesa de mimbre. Unos instantes después, con pasos oxidados, empezó a cerrar los aleros de las dos únicas ventanas que miraban hacia la calle.

Estaba enseñada a comer a esa hora y a recogerse en su cama a las siete. Nunca se había saltado esa costumbre y esa noche no iba a empezar a hacerlo. Al contrario, si no lograba llegar al comedor en diez minutos, se acostaría con el estómago vacío. Era mejor que los intestinos se convirtieran en pitones a que a su edad el sueño no pudiera conciliarse.

Estaba metiendo el último pasador por la anilla de hierro cuando sintió un cimbronazo en la puerta del zaguán. Creyó que alguien había aligerado el peso de su cuerpo sobre los vitrales. En un acto reflejo soltó el pasador que empezó a dar piruetas sobre sí mismo y, agarrándose de los barrotes para terciar el tronco, la señora Angustias avanzó la cabeza hasta ver el portón. La calle estaba abandonada. Solo se veía a un par de niños que, abrigados con bolsas de basura a modo de chubasqueros, jugaban a los barcos con unas canicas de colores en el río que empezaba a formarse en el badén.

Ya no era hora de visitas y, aunque lo fuera, no creía factible que existiera alguien decidido a hacerle una. Eran muy pocos los que frecuentaban su casa. A decir verdad, a ella no le gustaba mucho la gente, o al menos eso creían en el pueblo. Día de por medio el padre Gonzalo le daba la comunión; los lunes le enviaban de la tienda de abarrotes a una muchachita para que le entregara la compra que por teléfono había pedido la mañana del viernes; y cuando caía enferma recibía la visita del médico que estaba de

1999

Adiós a  
Mnemósine

La casa de  
los tucanes





guardia en el centro de salud. Pero ni era lunes ni estaba enferma, y el cura cuando la visitaba lo hacía antes del desayuno, así que le quedaban dos caminos: o se había metido algún ladrón a su casa o simplemente se estaba volviendo loca.

La puerta del zaguán seguía cerrada cuando llegó al rellano, sin embargo, un sobre blanco con ribetes azules y rojos se había empotrado contra el pestillo que anclaba a las baldosas uno de los aleros. Parte del papel arrugado se derramaba por la rendija y la otra mitad pataleaba en el primer escalón. Doña Angustias descorrió el cerrojo y giró el picaporte muy despacio, sacó la cabeza hasta la nariz y con la respiración acelerada recorrió la pendiente de las escaleras. Un viento que olía a tierra húmeda la golpeó haciéndole entrecerrar los párpados. El que había echado la carta ya se había marchado, pero había olvidado ajustar la puerta de la calle que no paraba de columpiarse sobre sus goznes.

Con la puntera del bastón arrastró el sobre hasta arrinconarlo en el zócalo verde que adornaba el muro alto de la sala, el que se levantaba a su derecha y que estaba pintado a punta de cal. Apartó el palo con una lentitud exagerada y mientras el papel se desentumía, doña Angustias creyó distinguir la caligrafía marrón oscuro que empezaba a aflorar por entre sus arrugas. Como pudo se recostó de perfil sobre la pared. El bastón lo tomó con la mano que le quedaba libre, lo incrustó en el hueco de una baldosa partida para no perder el equilibrio, y con cuerpo de gelatina se empezó a derretir hasta tocar con sus rodillas el suelo. Después de meterse el sobre en el cuello de su suéter haciendo tope con el pañuelo ensurullado dentro de su brasier, gateó hasta el centro de la habitación de invitados que se abría en frente suyo, puso el bastón encima de la colcha y apoyó los brazos sobre el jergón en

posición de jarra. Hizo tanta fuerza para levantarse que cuando por fin lo consiguió parecía recién salida de la ducha. Le dolía todo. Ya se había olvidado incluso de los reclamos de su tripa, así que se sentó en la cama a descansar las articulaciones. Estiró el brazo por encima de su cabeza y alcanzó la cadena que colgaba del foco, la jaló y, con esa luz a medio fundir que la bañaba, empezó a juntar las letras del sobre que acababa de sacar de entre sus senos.

—Pa-raan-guss-tias-ga-lin-dooo —leía pegándose el papel a los ojos mientras se arañaba el labio inferior con los dientes—, de-emil-i-a-no-Be-ni-tez —Suspiró hondo arrugando el sobre contra sus muslos y remató—: ¡Dios de bondad infinita, apareció el Emiliano!

Y antes de poder sacar la carta cuando ya había rasgado el sobre, el bombillo tosió tres veces y la dejó a oscuras. No se dio cuenta cuando se quedó dormida, pero amaneció aterida de frío con la misma ropa del día anterior. La cama estaba sin destender y un zancudo, que le zumbaba desesperado en la oreja, terminó aplastado por su palma en la solapa del vestido que le sobresalía por el cuello del saco.

Cuando salió de la pieza, una ráfaga de viento la hizo tambalear. Buscó apoyo en el marco y desde allí vio que el corredor estaba cubierto por regueros de escarcha y por algunas hojas de sus helechos que, nadando, trataban de juntarse. Las tripas le sonaron duro, entonces ella cogió un juego de llaves que colgaba de la jamba de la puerta del zaguán y empezó a atravesar, desde la sala, los cuartos que en galería llegaban hasta el comedor.

Se demoró un buen rato, porque cada vez que abría uno lo tenía que cerrar con llave otra vez antes de abrir el siguiente. La primera habitación casi nunca la pisaba, y la segunda, por donde saldría a



desayunar, era donde dormía. Dejó encima de su cama el suéter y después de refrescarse la cara con agua del lavamanos, se sentó a la mesa. El chocolate aún se conservaba tibio en el termo. La parva, aunque un poco tiesa, podía comerse. Se sirvió un tazón colmado y después de dar cuenta de un pandeyuca se sacó del canalillo de sus senos el zurullo de papel. El sobre lo tiró al centro de los individuales y, planchando la hoja con sus dedos curvos, usó la mantequillera a modo de atril. Mientras masticaba los pedazos de arepa, de empanadas, de quesito, leyó. “Pooor-fin pu-e-do vol-ver. Es-pe-re-me denn-tro de-una se-maaa-na. El-sá-ba-do a-las-seis, que-a-sssí dee-jo to-do-a-rre-glaa-do”. Angustias se sorbió el último trago de chocolate mientras clavaba la mirada en los materos que en el corredor colgaban de las cargueras de pino. Las pocas hojas que todavía estaban asidas a los helechos parecían perforadas por balazos. “¡Ese condenado aguacero!, hay que ver cómo me dejo a las pobres maticas”, pensó, mientras derramaba su aliento caliente sobre la carta que como un bozal se había llevado a la boca.

También llovía el día en que Emiliano le había dicho que estaba pensando en abandonarla. Aún no vivía en el casco urbano de Puerto Triste y estaba a pocas horas de amarrarse de por vida a ese maldito bastón que año tras año le vomitaba su soledad.

—Entendelo, Angustias, la situación está muy jodida por acá. El jornal me alcanza pa muy poquito. Además, andá fijate debajo del colchón, la tula está casi vacía y somos tres bocas que alimentar —le dijo Emiliano mandándose hasta el fondo un trago de cerveza y sin dejar de atravesarla con su mirada se limpió la espuma estirando, con sus dedos encallecidos, las comisuras hacia abajo hasta dejarlas sin sangre.



Angustias, que estaba de pie cargando una pila de trastes sucios, frenó en seco sosteniendo con su espalda el peso de la puerta de la cocina. Por un momento se sintió en el borde de un precipicio, entonces lo buscó con la mirada. Buscó la protección de esos ojos color oliva que era lo único de él que no le hacía daño, pero solo encontró a un hombre fuerte de manos grandes y piel renegrada, acostumbrado a labores duras, que simplemente parecía no verla: era aire.

—Emiliano, ¿cuál es el apuro de irte y para dónde, si se puede saber?

Él no le contestó. Dejó la botella de cerveza sobre el mantel y con sus dedos le deslizó la hoja de un volante viejo que estaba usando como portavasos. Recogió el costal que tenía apoyado a la pata de la silla repleto de sus herramientas y se lo echó al hombro: “Nos vemos después, mujer. Cuando regrese de trabajar, hablamos largo y tendido”, y sin darle un beso de despedida atravesó el corredor con unas cuantas zancadas. Angustias no lo vio salir, escuchó el portazo cuando ella se acercó a la mesa y empezó a leer: “tra-ba-jo mu-y bi-en re-mu-ne-ra-do. Dispo-ni-bi-li-dad a tiem-pooo com-ple-to”. Al principio ella no entendió, pero en el margen de la hoja el logotipo de una montaña atravesada por dos escopetas en forma de equis la hizo estremecer y sobre el estruendo de la quebrazón de platos balbuceó desgarrada: “los del monte me van a robar a mi Emiliano”.

Pero después de todo, Emiliano estaba regresando al cabo de dos décadas de silencio. Angustias dobló la carta en cuatro pedacitos y la puso encima de la bandeja junto con los platos, el termo con apenas chocolate, la coca con el quesito y la mantequillera. Abrazó la fuente contra el pecho mientras caminaba hacia la cocina. Con la puntera del bastón empujó la puerta y entró de nalgas. En la nevera empezó a guardar las cosas, luego tiró las migas a la basura y dejó correr el agua



para enjabonar la vajilla. Ya casi estaba acabando cuando sintió que alguien subía por las escaleras del zaguán, “¡ya está aquí!”, pensó. Así que cerró la canilla de un manotazo y se dispuso a salir apoyándose en los bordes del poyo. Estaba a punto de alcanzar el pomo de la puerta cuando escuchó a lo lejos la voz del padre Gonzalo.

—Angustias, la puerta está abierta, ¿puedo pasar? —Y como nadie le respondió, decidió entrar mientras seguía hablando—. Se me hizo tarde para traerle la comunión, ya sabe usted, hay enfermos que les da la ventolera de irse rapidito al otro mundo.

La mujer salió de la cocina murmurando entre dientes y se dirigió al cuarto sin siquiera voltear a ver al cura que estaba poniendo sobre la mesa el copón y su estola roja.

—Hija... —la llamó el padre al verla pasar—. Angustias, mire, le traje la santa comu...

—¿Que qué?, ¿usté quién es? —dijo Angustias con la voz quebrada como si le hubiera entrado un susto muy gordo en el cuerpo—. Váyase rapidito o llamo a la comandancia —le dijo de carrerilla señalándolo con el índice.

Después el padre solo sintió el golpetazo de la puerta de la pieza.

—Angustias ¿está bien? —le preguntó el padre Gonzalo tocando con insistencia en su habitación.

Ya iba a forzar el picaporte cuando la cabeza de una muchacha de unos quince años, más o menos, asomó por los vitrales del zaguán.

—¿Se puede doña? —preguntó casi gritando.

—¿Qué pasa, Sandrita?, véngase no más que la señora ahorita sale —le contestó el párroco mientras se pasaba la estola por la nuca.



—¡Ah, si es usted! Buenos días, padre. Es que le traigo la comanda a doña Angustias como todos los lunes. —Y mientras recorría el pasillo, cargada de bolsas desbordadas de comida inclinando su cuerpo regordete por el peso, continuó—. Se la voy a ir acomodando en la cocina, así adelante trabajo. Un permisito, padre.

—Adelante, hija, ve con Dios.

Cuando la última trenza de la muchacha se perdió a través del resquicio de la puerta, Angustias apareció de repente. Llevaba un vestido limpio y el pelo cenizo relamido por la gomina. Sus ojos rebotaron en la sotana que la interrogaba con el copón en la mano. Ella después de sonreír y santiguarse, dijo:

—Padre Gonzalo, ¡qué alegría! Pero ¿qué hace usted por aquí tan temprano?, ¿quiere un chocolatico caliente?, si viera como me queda de bueno.

—Angustias, pero si yo... —le dijo levantando un poco el copón.

—Aunque ¿sabe qué?, mejor lo invito a desayunar. ¡Claro, si esta muchachita aparece con la parva alguna vez! —Miró el reloj con los ojos pequeños y continuó—. No ve, padre, mire la hora y todavía no llega. A saber dónde se metió y yo aquí muriéndome de hambre. —Y mientras negaba con la cabeza hablando entre murmullos, se acercó al bife' y sacó dos tazas.

Antes de que el cura pudiera decirle algo, salió Sandra de la cocina. La cara la tenía seria y la boca torcida en señal de reprobación.

—Por Dios santo, ¡casi que no llegás, muchacha!, es que me querés matar de hambre, ¡ah! —le espetó Angustias después de alzar la mirada cuando sintió batir el alero.

1999

Adiós a  
Mnemósine

La casa de  
los tucanes





—Ay, doñita, es que me encontré esta carta en la nevera, está más fría que un muerto, es suya, ¿no? —Y limpiándose la mano izquierda en el delantal se la dejó en la mesa junto con la factura de la compra—. Ahí le dejo también lo que costó todo, a final de mes vengo como siempre para que me pague. Un permiso, doña. Padre, la bendición.

—¿Cuál carta, Sandra?, ¿de qué diablos me estás hablando? —le dijo Angustias ofuscada—. ¿Vos qué crees?, ¿qué estoy loca? Más bien decime para que ponés este papel en la nevera y me dejás como un zapato aquí con el padrecito —preguntó zarandeando la carta con fuerza frente a sus ojos y descargándola después como si fuera una pelota de pimpón.

Sandra miró al padre Gonzalo que incrédulo recogía el sobre raído que descansaba en el centro de la mesa y, encogiéndose de hombros, la niña salió corriendo de la casa.

Angustias cogió su bastón y empezó a caminar hacia la cocina.

—¡Qué muchacha!, ¡válgame, Dios! Dizque una carta en la nevera. ¡Pffff!, ni estando uno viejo deja de ver cosas.

—Angustias... Angustias...

—Padre Gonzalo, ¡qué alegría! Pero ¿qué hace usted por aquí tan temprano?, ¿quiere un chocolatico caliente?, si viera como me queda de bueno —le dijo sin voltearlo a ver. Después se detuvo. Guardó silencio un instante mientras en los labios se ponía las yemas de los dedos índice y corazón como si recordara y continuó—. Padre Gonzalo, ¿a qué no sabe quién vuelve al pueblo?

# *La llegada a Puerto Triste*

Colgado de un barranco  
dentro mi pueblo blanco  
bajo un cielo azul,  
a fuerza de no ser nunca el mar,  
se olvidó de llorar.

Joan Manuel Serrat, Pueblo Blanco

2005

La llegada a  
Puerto Triste

La casa de  
los tucanes



{ 037 }

*Colgado de un barranco  
duerme mi pueblo blanco  
bajo un cielo que,  
a fuerza de no ver nunca el mar,  
se olvidó de llorar.*

Joan Manuel Serrat, *Pueblo Blanco*

**2005** No hacía mucho que, dominada por la pesadumbre, Carmen había cerrado por primera vez los ojos cuando escuchó el crujir lento de las piedrecillas que se desprendían de los baches de la carretera. El bus estaba rodando despacio. Entonces pensó que lo más probable era que ya estuvieran llegando a Puerto Triste, porque el hombre que le cobró el pasaje antes de que ella se apertrechara en su asiento, le había dicho que si estaban de buenas y no los paraba ningún retén en nueve horas podrían llegar.

El medio día se les había venido encima desde hacía rato. A Carmen le dolían las piernas porque las tenía aprisionadas contra los hierros de la butaca de adelante. “Si las muevo seguro que se me rompen”, susurró bajito mientras retiraba la parte de la frente que había apoyado contra el cristal. Después se llevó las palmas al rostro metiendo los dedos por debajo de sus gafas como si se estuviera haciendo friegas de agua con mentol. Tenía que espantarse esa somnolencia que en sus pestañas se estaba columpiando. No quería dormirse. Soñar no le gustaba. Con un suspiro ahogado elevó los codos por encima de los hombros, porque también le dolían. Dejó





caer la cabeza hacia atrás y se estiró hasta que le traquearon los huesos de la espalda.

Una hilera de casas, pintadas todas de un blanco distinto, se abría paso en los márgenes de las montañas que cerraban el cielo hasta muy arriba. No se veía ni una sombra tras los postigos abiertos que, sin poder mirar, parecían las cuencas de una calavera. Durante mucho rato, Carmen contó más de treinta casas que serpenteando se apoyaban de espalda sobre una ristra de montañas de un verde intenso. Estiró lo que más pudo el cuello por encima de la cabeza despeinada que a su lado se dejaba caer de golpe hacia adelante primero y hacia los lados después, como si al viejo a quien le pertenecía le hubieran crecido resortes en la nuca con cada ronquido.

Los brazos apretujados de los pasajeros que iban de pie dejaban asomar retazos de edificios en los cristales de enfrente. Entre la pared de montañas se elevaba un cementerio de adobe. De pronto, ya no vio nada. El bus se movía apenas. En la continuación del carril solo una bóveda repetida y monótona de montes ahogaba el paisaje. Carmen creyó que el aire se le iba a acabar de un momento a otro. Y sintió miedo. Y pensó en su madre que se había muerto dos días atrás por falta de aire también. Y pensó en las últimas palabras que dijo con vos pedregosa “váyase pal pueblo de al lado, mija. No se quede aquí rumiando los problemas”. Y la pensó en la cama del hospital, muda, *ido-queda*; en la casa que la esperaba vacía, en la soledad de las paredes y en las deudas que no podría afrontar. Y sintió otra vez que se le atragantaba la pena. Y entonces tuvo ganas de trepar hasta lo alto de la pendiente, hasta la línea curva que la bordeaba arriba, la que coronaba las montañas de pequeños arbustos para mirar si descubriría horizonte del otro lado que la dejara respirar.

Algunos pasajeros se removían en sus asientos, mientras otros metían mano a sus mochilas para sacar un peine o algún bocado que apaciguara los ladridos de sus estómagos. De la cabina del chofer salió el cobrador. Estaba bostezando y tenía los ojos enrojecidos por la falta de cama. Empezó a cobrar el pasaje a las personas que se habían montado por el camino. Sorteaba con agilidad los bultos que estaban en el suelo, y a los hombres y mujeres que se colgaban de los tubos como racimos de bananos. Carmen había vuelto a recostar la sien contra la ventanilla. Derrotada. Miraba fijamente a través del cristal, resignándose a la sombra redonda que proyectaban las montañas en el cemento. De vez en cuando avistaba en las laderas regueros de yurumos. El sol caía vertical sobre sus hojas. Nunca los había visto tan plateados, por eso pensó que la cordillera estaba llorando por ella. Detrás del bus vio que había un hombre de ruana y sombrero vueltiao vendiendo mangos en la cuneta; más allá, otro con bolsas de pandequesos y parva dura; había un grupo de niños con uniforme y zapatos llenos de barro que, aligerando el paso por la estribación, deslizaban con esperanza sus ojos hasta chocarse con los cristales; había montículos de piedras en forma de cruz que brotaban de la hierba serpenteante que perseguía la carrocería. “Algún desgraciado se mató aquí”, se lograba leer. Eso fue lo que vieron sus ojos de pescado antes de percatarse de la presencia del cobrador.

El olor a cuarto encerrado se hizo más espeso. Hacía horas que el interior del bus se había enrarecido por los humores avinagrados del pasaje, sin embargo, la nariz de Carmen estaba acostumbrada a esos alientos y sudores rancios. Pero lo que sentía en ese momento era distinto. Sentía náuseas porque de la voz que estaba escuchando salía un vaho de moscas verdes. “¿Usté ya pagó?”, le escuchó decir.

2005

La llegada a  
Puerto Triste

La casa de  
los tucanes



Por eso se giró adelantando su cabeza y lo miró con asombro. Parecía que no hubiera entendido la pregunta. “¿Cuánto falta para llegar?”, fue lo que le salió de la boca atropelladamente mientras se atusaba el pelo, aunque era obvio que ya la habían visto despeinada. Después concentró su atención en la riñonera de cuero que el hombre tenía abierta en su cintura a la espera de que él le dijera algo. No le gustaba mirar a los ojos, porque las pupilas de los demás eran topos que se le metían bien adentro para escarbar en sus vergüenzas, y es que cuando la observaban sentía que su ropa se hacía pedacitos y que a su piel, erizada y húmeda, se le pegaban los reproches silenciosos de la vista.

El cobrador tardaba en contestarle, pero a lo mejor ella no le había oído y en ese instante el “sí señora, no se preocupe, en unos minutos estaremos en el pueblo”, que seguro le había dado por respuesta, estaría perdido bajo la estridente voz de Juanes que por los parlantes le pedía a Dios que la vida le durara un segundo más. Por eso sus ojos decidieron subir hasta el rostro del hombre. Tenía un gesto rudo que hacía que la piel morena se pareciera a la textura del cartón. Sus labios estaban zurcidos debajo de la nariz que los olía con la fruición con que un perro huele los postes orinados, pero lo peor de todo era que la miraba con ojos de censura. “Pero, bueno, ¿no ve que esto está a reventar? Rapidito, rapidito, ¡muéstreme el resguardo de una bendita vez o págume!”, le soltó con voz chillona mientras se secaba con el dorso de la mano las gotas de sudor que se le atascaban en los repliegues de su cara. Carmen soltó de golpe la barra de aluminio de la butaca en la que se había apoyado para dirigirse al cobrador, llevó su mano izquierda al cuello para sujetar la vena que se revolvía como lo hacen los peces después de picar



el anzuelo: *pumba, pumba, pumba*. Sabía que él la respetaría y le ofrecería disculpas por su trato brusco si ella se levantaba de un tirón, le sostenía la mirada, templaba el gesto y le respondía con seguridad; entonces las palabras le saldrían tiasas, sin fisuras, y su corazón se replegaría hasta formar un murmullo de palpitaciones.

Desde que era una niña, Carmen le había oído decir a su mamá que el toro había que cogerlo por los cuernos. No había que tenerle miedo a nada ni mucho menos a la gente: “Sabe qué, mijita, cuando le dé pena hablarle a alguien, imagínesele empelota. Es que es como digo yo, ¡todos somos igualíticos!”. Sin embargo, era un esfuerzo enorme el que Carmen tenía que hacer. Muchas veces lo intentó, pero la timidez la aplastaba cuando empezaba a gaguear y lo único que salía despedido por el golpe era el color rojo vino de sus mejillas.

“¡Eh!, compadre, abra el ojo, ¡son mil quinientos pesos!”, le gruñó el cobrador al vecino de Carmen mientras lo zarandeaba del hombro para despertarlo. Ella, aprovechando que la atención del cobrador se había desviado, agachó la cabeza y expiró hondo como si la respiración, desde hacía mucho, la estuviera conteniendo. Después ejerció palanca en la silla con el trapecio, levantó las nalgas y se metió la mano al bolsillo trasero de su jean para sacar el resguardo del tiquete. Desdobló el papel arrugado y lo planchó sobre las rayas de su camiseta antes de estirárselo al hombre que en ese momento contaba sobre los cayos de su palma gruesa las monedas que le acababan de pagar. “Bien, guárdelo que ya lo vi”, le dijo entre dientes el cobrador sin mirarla, porque era una mujer invisible. Luego, él vació las monedas en la boca desdentada de la riñonera y empezó a abrirse camino por el corredor, “sí, son mil quinientos pesos”, “no, no tengo devuelta de ese billete tan grande”, “usté ya me pagó”, “y usté...”.





Carmen, a pesar de que ese hombre la intimidaba, no pudo dejar de sentir rabia contra sí misma por no haber insistido en su pregunta, ya habían dejado hacía un rato de rodar tan lento y no escuchaba el crujir de la gravilla mordiendo las llantas del autobús. ¿Se le habría pasado la parada? ¿Es que el pueblo eran esas casas ciegas que había visto antes como si fueran espantos? Así que decidió hacerle caso a su madre. Se puso de pie con dificultad, sus piernas la sostenían de milagro. Era una mujer construida sobre un esqueleto apenas forrado en músculos, así que el dolor en las rodillas y en los tobillos la hizo tambalear. Como era su costumbre cuando estaba nerviosa, empezó a acomodarse las gafas en el puente de la nariz mientras hablaba. “Chisst, Chisst, señor, oiga...”, escupió un hilillo de voz que a ella le pareció un grito. Había hablado tan alto, pensó, que lo más seguro es que la hubieran escuchado hasta en la última fila, por eso se sentía en una tribuna pública, con una procesión de ojos siguiéndola para enterarse de lo que iba a preguntar. Un mareo le sobrevino de pronto y el corazón volvió a emprender la carrera. El cobrador, que hasta ese momento no se había percatado de su llamada, se giró cuando escuchó el barullo.

“¡Qué... qué le pasa vieja bruta!”, gritaba el viejo que estaba sentado al lado de Carmen mientras se sobaba la coronilla blanca con violencia anudando más, si cabe, su nido de pelos. “¿Qué pasa ahí?, ¡maldita sea!”, vociferó el cobrador cinco hileras más atrás. “Esta vieja hijueputa que me chuzó con las gafas. Por poquito, y porque estuve de buenas, no me sacó un ojo”. Carmen no atinó a defenderse. Tenía la boca abierta y estaba tan pálida que los huesos de la cara se le transparentaron, “ay, perdóneme, señor”, le dijo al vecino mientras recogía las gafas que la esperaban en el asiento con las patas dobladas. No se atrevió a mirarlo.

Empezó a apretar la montura enterrándose el alambre en los nudillos y para evitar que el viejo continuara con sus reproches empezó a decir mirando hacia el fondo de la galería: “Disculpee”, dirigiéndose otra vez al cobrador, “oiga, disculpe...”. No pudo ver si él volvía la cara porque le cerró el paso un joven que salía de su butaca en ese instante. Era alto, de pelo ondulado y tenía un carriel gigante terciado en el pecho. Carmen apoyó su rodilla derecha en el cojín y se inclinó para ver al funcionario y ser vista a la vez, pero los reflejos que provocaba el sol en el metal de las barandillas la cegaron. Aun así, lanzó la pregunta al aire aprovechando que la canción que sonaba en la radio estaba agotando sus últimas notas.

—Es que quería saber si ya vamos a llegar a Puerto Triste, usted me dijo que...

—Le va a tocar bajarse a pie de carretera, justo en la desviación que va al pueblo, señorita. La cosa está muy maluca en las veredas de al lado. Por eso estos no entran. Les da miedo quedarse sin bus a pesar de que muchos de ellos viven por esos rumbos —le dijo, con una media sonrisa en la cara, el hombre que hacía de pared entre el cobrador y ella.

—¿Miedo? —preguntó con azaro.

—¡Chito! —le dijo poniéndose el dedo índice sobre los labios—. Sí, usted me entiende, a ese le pueden chamuscar el carro los de a pie —señaló al conductor levantando la barbilla, y remató casi en secreto girando la cabeza de un lado a otro para vigilar que no lo oyeran—. Esa gente no se anda con vainas, y los buseros se curan en salud por si a los otros les da por bajar del monte —sentenció alargando los brazos por encima de los hombros hasta abrir



el portaequipajes y empezar a sacar un maletín oscuro a punto de reventar. Mientras lo jalaba continuó hablando sin mirar a Carmen—. Mmmm, ¿sabe qué?, yo también voy para allá, si quiere bájese conmigo y nos vamos juntos caminando.

Carmen asintió en silencio mientras se acomodaba las gafas torcidas una y otra vez sobre sus ojos.

No pasaron más de diez minutos cuando un frenazo sacudió el bus. Las cabezas de los pasajeros se convirtieron por segundos en trompos a punto de caer sobre su eje. Carmen también se resintió. Cuando oyó el chillido del caucho debajo de sus pies y una nube de polvo y gasolina que empañó las ventanas, se vio incrustada en el respaldo que tenía en frente. El frío del aluminio le talló la cara porque no alcanzó a aminorar el golpe adelantando las palmas de sus manos. Esta vez las gafas volaron más lejos. “Cuidado hombre, que no somos bultos de papa”, no supo quienes le recriminaban al chofer, pues las voces salían de varios puntos. El rostro del cobrador se asomó por la puerta de la cabina, parecía un títere de papel maché. Empezó a mover la boca y a decir palabras inaudibles o al menos Carmen no las escuchó, porque cuando se quitaba las gafas el sentido que le fallaba era el oído; además de ciega se volvía sorda. Acomodada otra vez en la butaca, haciéndose sobas en las rodillas que había dejado de sentir desde hacía mucho, frunció el ceño y clavó la mirada en la imagen borrosa del cobrador. Se mordió el labio inferior por el esfuerzo, pero del cobrador solo entendió Puerto Triste de todo cuanto dijo que tampoco fue mucho. Cuando los hilos de la marioneta se cortaron y esta se perdió tras la mampara, le escuchó decir al hombre del carriol descomunal que se encontraba al final del pasillo: “señorita, el bus estará parado solo unos minutos. Más bien hágale rápido si es



que tiene ganas de llegar temprano al pueblo”. “Me permite, me permite...”, iba diciendo ella mientras se abría paso por el corredor hasta la puerta de atrás. El morral que llevaba en la espalda se atrancaba entre las personas que permanecían entrepiernadas formando un laberinto de pellejos. Y eso, más el olor a gasolina, impacientó al improvisado guía que, gesticulando con los brazos, la esperaba con medio tronco en la carretera.

Cuando por fin saltó a la manga se llevó las manos a las orejas y empezó a mover la quijada como si estuviera mascando chicle. Los oídos se le habían taponado. El silencio del paisaje le dolía. Con las prisas por no quedarse sola en medio de ese lugar donde no existía vestigio de pueblo no había intentado encontrar las gafas que brincaron de su cara dentro del autobús. De todas maneras, a esas alturas ya estarían rotas debajo de alguna suela sucia, por eso no se dio cuenta cuando Chepe se las extendió en el mismo instante en que la buseta reemprendió la marcha y se perdió en la primera curva del camino.

El tufo del motor la dejó aturrida por unos segundos. Cuando el nubarrón de humo negro se desvaneció, Carmen sintió el golpe frío de la brisa sobre su cara y volvió a nacer, porque pudo comprobar que ya no tenía el calor del encierro, que el calor se había quedado todo con el cobrador, con el vecino de butaca dentro de ese bus que se escabullía como una fiera por el asfalto.

—Oiga, señorita, mire pues sus gafas. ¿O es que ya no las quiere? Se les partió una pata, es verdad. Pero en el pueblo búsqese a don Augusto, él es un todero berraquísimo y hasta se las puede arreglar y todo. —Carmen, cohibida, se las recibió apretando los labios en señal de asentimiento. Se las colocó y como una balanza, el lente de la pata mala se inclinó anclándose en su pómulo salido, y aunque

2005

La llegada a  
Puerto Triste

La casa de  
los tucanes



las imágenes adoptaron forma romboidal, consideró que era mejor eso que caminar a tientas por entre el follaje.

Cruzaron la carretera y se adentraron por un camino sinuoso que se elevaba bajo un túnel de laureles. El aire estaba muy limpio, demasiado. De vez en cuando el silencio era interrumpido por el vuelo de algún tucán canoa que planeaba enorme sobre sus cabezas. Mientras miraba a su alrededor fascinada por el vuelo de esos pájaros metálicos, no dejaba de pensar en lo que estaba haciendo. Su madre se lo había pedido y ella le hizo caso. Pero no se detuvo a pensar que la promesa se la había hecho a una moribunda y que los moribundos no recuerdan, porque lo único que quieren es zafarse la vida del pellejo para poderse ir en paz, y entre medias, para que la espera no se les haga muy larga, traban con tonterías la lengua: lengua *pinta-pajaritos-de-oro*. ¿Qué iba a hacer en Puerto Triste? Carmen no conocía a nadie, ¿dónde se iba a hospedar?, ¿de qué iba a vivir? Por un momento, un chorro de sudor frío le recorrió la espalda, pero el estremecimiento le duró poco. El hombre que iba dos pasos por delante de ella la podría ayudar, así que era mejor ser amable con él. “¿De qué color serán sus calzoncillos?”, pensó, antes de abrir la boca.

—Lo siento, ¿co-cómo me dijo que se llamaba? —le preguntó hasta emparejarse a su ritmo.

—Luis, pa servirle a usted. Pero si quiere, dígame Chepe, como todos —contestó el hombre sin apartar la mirada de la pendiente que empezaba a bajar en picada—, y a usted ¿cómo tengo que llamarla, señorita?

—Carmen, Carmen a secas, don Chepe.

—Y dígame, Carmen, ¿qué la trae a Puerto Triste? Yo nunca la había visto por estos lares y mire si tengo años de vivir por acá.



—Para serle sincera ni yo misma lo sé —Carmen guardó silencio mientras aligeraba el peso de su equipaje jalando de un tirón las cargaderas de la mochila hasta sus senos. Los aplastó con la unión de los nudillos, y cuando sintió racionada la carga, continuó—; ya no tenía nada que hacer en mi pueblo, ¿sabe?, así que míreme...

—¡Ah! —respondió Chepe, como si no le interesara la respuesta.

—¿Y falta mucho para llegar?, es que no quiero que se haga de noche sin encontrar techo, no sé si me entiende.

—Le soltó Carmen muy despacio, mirándolo de reojo, como si al masticar las palabras él fuera a irse de su casa para que ella viviera ahí.

—No, no mucho. Desde donde esta César habrá que bordear la montaña dos curvas más y listo. Detrasito están las primeras casas y después de cinco minutos pisaremos el parque —le dijo, estirando el dedo índice mientras hablaba.

Carmen no se había percatado de la figura del otro hombre en la carretera. No lo reconoció desde tan lejos. Afinando un poco la vista se dio cuenta de que era un hombre delgado, de pelo canoso, que caminaba despacio porque su pierna derecha, más pequeña que la otra, tenía que girar 180 grados para alcanzar a la izquierda sin doblarse. Le pareció familiar, ¿dónde lo había visto antes? No alcanzó a responderse. En ese momento el cielo se oscureció a pesar de que la tarde aún no había caído. Empezó a tronar y una llovizna se coló por las ramas tupidas de los árboles. El traqueteo en las hojas era cada vez más fuerte. En segundos la lluvia arreció tanto que los empapó enteros obligándolos a aminorar la marcha.



A través de la cortina de agua no se veía casi. Era como si las nubes hubieran vomitado todo el vapor que habían almacenado durante horas. De pronto, sin darse cuenta, Chepe, porque Carmen se había retrasado, alcanzó al otro caminante que con la mano en la frente a modo de visera contemplaba la inmensa colcha de árboles que se extendía por el despeñadero hasta el infinito.

—¿Qué le pasa, don César? —le preguntó Chepe—, más bien véngase con nosotros, que este aguacero es de los que duran un rato largo.

—Ya voy, Chepe, ya voy —le respondió girando la cabeza en su dirección.

Carmen, con la lengua afuera, alcanzó en ese momento la elevación del terreno donde estaban los hombres y se puso al lado de su acompañante. César aún miraba a Chepe y por eso la miró a ella también. Entonces Carmen pegó un salto hacia atrás. Ya sabía quién era. Sus ojos la estaban atravesando con resentimiento, el mismo que había soltado por su boca cuando en el bus le había dicho “vieja hijueputa”. Con torpeza empezó a enderezarse las gafas que jugaban a la cuerda floja sobre su nariz. “Que suerte la mía, este señor va pa ese pueblo también”, pensó sin que los otros la oyeran, y deslizando su mirada hasta Chepe, le dijo, “¿nos podemos ir ya?”. Pero César, sin dejar de engarzarla con la mirada, replicó:

—¿Sí ve, hombre? Yo creo que hoy alguien nos trajo el mal de ojo al pueblo —se limpió con la manga de la camisa las gotas de lluvia que tenía en la cara, y torciendo los ojos despacio hasta encontrar los de Chepe, remató—, mire ese humero ahí abajo. Algo gordo pasó, porque ni el agua puede con él. ¡El incendio debe ser jodido!

—Ni que lo diga, don César, ni que lo diga —señaló Chepe acercándose al precipicio con tiento para no resbalarse





en el barrizal, y levantando las cejas bien alto con gesto de preocupación, continuó—, ¿usted qué cree?, ¿sería esa gente?

—¡Pffff!, yo qué sé Chepe, yo qué sé —dijo mientras se agachaba y recogía un costal atado con una cabuya que se echó al hombro, y dándose media vuelta de cara a la trocha, terminó diciendo—: pero esto tiene muy mala pinta, ya se lo digo yo. ¿Desde hace cuánto no llueve, Chepe?, ¡ah!, ¿desde hace cuánto?, y pa'justar una quema ahí abajo... definitivamente alguien nos trajo una mala racha. ¡Con lo bien que estábamos, carajo!

Esto último lo escupió cuando empezó a cojear para retomar el camino. Pudiendo hacerlo, no esquivó a Carmen, y con toda la fuerza de que fue capaz la empujó. Si no es por Chepe que la sujetó del brazo perforándole el húmero con las yemas, se hubiera caído quebrándose por el golpe.

—No le haga caso a César, Carmen. Aunque tiene un genio de los mil demonios, en el fondo no es un mal tipo.

Más bien vamos, que ahí mismito esta Puerto Triste.

Nadie habló durante el trayecto restante. Cada uno tenía la cabeza en sus cosas y lo único que se oía era el *chilgueteo* de las suelas en los charcos. César se perdió tras la puerta de una de las primeras casas con ventanas de colores que encontraron a la entrada del pueblo. Parecía que él hubiera alertado a los vecinos de la llegada de Carmen, porque hasta que llegaron a la plaza principal, ella creyó ver el movimiento de sombras a través de las cortinas cada vez que rebasaban una fachada. Por las calles no vieron a nadie, “eso es que todos están en misa de seis”, le dijo Chepe adelantándose a su pregunta.



La lluvia ya había amainado cuando pisaron los adoquines de la plazoleta. Carmen estaba tan cansada que se derrumbó en una de las bancas que rodeaban la fuente central. De la iglesia de piedra labrada a mano salían en coro las plegarias que, al cielo, elevaban los fieles; parecía como si por sus vitrales y claraboyas se estuviera quejando de dolor. César lo había dicho, al pueblo le estaba pasando algo, y ese algo coincidía con la presencia de Carmen. “Si no tiene a donde ir, mejor acérquese a la misa y busque a Rosita, la dueña de una de las pensiones del pueblo; dígame que va de mi parte”, le dijo Chepe antes de perderse por una de las esquinas del atrio. Carmen no alcanzó a despedirse. Cuando se levantó engarrotada y empezó a cruzar la calle hacia la puerta de la iglesia, una camioneta Hilux verde botella frenó en seco para no arrollarla. Había volteado a cierta velocidad por donde Chepe se había ido. De ella se bajó un hombre lleno de hollín en el rostro, en los brazos, en la ropa. “Gracias por traerme señor. Y hágale rapidito para que no lo coja la noche repartiendo a los demás pasajeros. Que ya oyó a esa gente, ¡no quieren a nadie por la carretera velando los restos chamuscados!”, le dijo al que manejaba dándole unas palmaditas al capó. Carmen lívida aún por el susto, no se había movido. Cuando el hombre pasó a su lado, la distinguió “¡Pero mire quien está por aquí!”, se le dejó ir, embistiéndola. “Ya sabía yo que nos iba a traer mala suerte cuando empezó a poner problema en el bus. ¿Ve como si tenía razón?, esa gente nos lo quemó enterito nada más bajarse usted. Y todo por demorarnos con sus vainas”, y después de arrancarse de la cintura los pedazos que le quedaban de la riñonera desdentada, vacía, se los tiró a ella a los pies y ladró alejándose, “a la mierda con su llegada a Puerto Triste... ¡mil veces a la mierda!”.



*En el fondo el olvido es un gran simulacro  
nadie sabe ni puede/aunque quiera/ olvidar  
un gran simulacro repleto de fantasmas  
esos romeros que peregrinarán por el olvido  
como si fuese El Camino de Santiago.*

**Mario Benedetti, *Ese gran simulacro***

**2005** Iban siendo las seis de la mañana cuando el padre Gonzalo encontró a Carmen recostada en una de las columnas del atrio. La encontró por pura casualidad al abrir los aleros del portón. Si no hubiera sido por el ruido de sus palmas golpeando la mochila, hubiera pensado que ese bulto se parecía a una de las imágenes en relieve que adornaban desde hacía siglos los capiteles y las pilastras. Se acercó despacio sobándose las manos para calentarse. Carmen parecía dormida, aunque apretaba y desapretaba los párpados como si se le hubiera metido un sucio en cada ojo.

—¿Por qué se la llevan?, no se la lleven, yo fui buena y cerré mis ojitos, ella me dijo que jugáramos a eso, háganle, ¿sí?, no se la lleven. No, no me suelte, ma, no me...

—¡Hija!, ¡hija! —le dijo el padre Gonzalo sin reconocerla todavía mientras la zarandeaba despacio por el hombro—, despierte que se va a congelar aquí fuera.

—¿Qué?, ¿qué? —Carmen pegó un brinco y deslizándose la palma de su mano derecha desde la frente hasta el cráneo, continuó—. ¡Ay!, ¿dónde estoy? —se puso con dificultad



las gafas y después de mirar en todas las direcciones por unos segundos, pareció recordar.

Chepe le había dicho que buscara en la misa a doña Rosita para que le alquilara una pieza en su posada, y eso era lo que tendría que haber hecho si el cobrador no la hubiera emprendido contra ella. Y es que, si no hubiera sido por el sartal de impropiedades y maldiciones que ese hombre regó como pólvora calle abajo, el corazón de Carmen no habría brincado hasta sus costillas ganoso de rompérselas a saltos limpios. Pero el susto le había podido más que la necesidad, y cuando atravesó el umbral de la iglesia no tuvo fuerzas para buscar a nadie entre los cientos de cabezas que se movían en medio de un siseo monótono, como si fueran un hervidero de lombrices. Se derrumbó en el quicio de la primera capilla y se dejó llevar por la modorra como lo hace un tronco hueco cuando hay corriente.

Estaba tan cansada por el viaje y por la caminata que no había entendido muy bien lo que el cura dijo antes de dar la bendición final, “necesito un corazón bondadoso que me ayude a cuidar a esa pobre mujer, recuerden que en Mateo Jesús nos invita a participar en el ministerio de la compasión como signo de amor hacia Él. Dejen a un lado sus dudas y sus rencores. La misericordia no conoce de pasados”. ¿Había hablado de cuidar a alguien?, ojalá fuera un trabajo que durara las veinticuatro horas, ¡ojalá!, porque así no tendría que preocuparse de buscar techo. Lo mejor era apalabrar rapidito con el padre la labor, no fuera a ser que alguien se le adelantara y le dañara el negocio, aunque Carmen, por la cara de los feligreses y por su desbandada cuando había escuchado por los parlantes un “pueden irse en paz”, supo que seguiría vacante el puesto.

Pero esa mañana le costó mucho levantarse, porque las piernas y los brazos le pesaban demasiado. Recostó por fin la espalda



en la columna más gruesa antes de atreverse a mirar al padre Gonzalo. Tenía aún el recuerdo de su cuerpo caminando hacia el altar entre empujones, a través de ese hormiguero de gente que salía de la iglesia, de caminar hacia el apretando los ojos igualito que cuando se tiene un dolor fuerte en la barriga. Los apretó tanto porque tenía miedo, porque la tierra se le estaba retorciendo debajo de sus pies. Le daba vueltas y la dejaba caer agarrándola de nuevo antes de que el vacío decidiera tragársela. Pero eso había sido el día de antes y ahora el cielo estaba tratando de volcar la penumbra para darle paso a la mañana, y esa luna triste que llevaba toda la noche jugando al gato y al ratón entre las nubes, se reflejó en la cara redonda del cura que al distinguir a Carmen se apresuró a decir:

—Pero muchacha, ¿qué hace aquí tan temprano?, ¿no habíamos quedado que a las siete y media en la sacristía?, ya le dije ayer que antes de esa hora no salgo a repartir la comunión a los enfermos.

No le dio tiempo de decirle que, para no llegarle tarde, había pasado toda la noche acurrucada bajo los capiteles escuchando los ruidos desiguales de la oscuridad. Que no le había importado mucho sentir el frío de las calles, porque para ella era mejor morir congelada que dormirse. No le dio tiempo de decirle al padre Gonzalo que en ese momento tenía heladas las manos, las piernas, la cara, las vísceras, pero no por el frío, sino porque la hondura de su pesadilla, esa que no quería tener pero venía sola como siempre, la estrujaba por dentro, a sorbos, transparentándole el corazón. ¡Cómo odiaba aquello que la torturaba tanto! No le dio tiempo de nada, porque el padre ya estaba atravesando el cruce para oficiar la misa cuando por fin ella sacó fuerzas para mirarlo.



Una hora y media más tarde salió detrás del párroco por las calles estrechas de casas apelotonadas. Los colores vivos de los frentes, todos desiguales, se reflejaban en las charcas que se habían formado sobre el empedrado. Y aunque el pueblo estaba repleto de esos parpadeos líquidos que a los dos les alumbraban las pisadas como si fueran farolitos de diciembre a pesar de estar en el lluvioso julio, la tristeza lo inundaba todo. Entonces Carmen pensó que quizás el desasosiego que sentía al respirar era la razón de que ese sitio se llamara Puerto Triste.

Caminaron en línea recta, sin hablarse, un buen trecho. No se atrevió a indagar sobre la mujer que iba a tener a su cuidado. El padre Gonzalo había sido muy tajante el día anterior cuando le había explicado la situación de la enferma, “la pobre tiene estropeadas las entendederas, pero que le puedo decir yo, hija, es mejor que la vea para que sepa cómo manejar la cosa. Ya sabe muchacha lo que se dice por ahí: una imagen vale más que mil palabras”.

Aunque ya era de día, el sol no había salido, en su lugar unas nubes de plomo formaban remolinos sobre las cabezas negándose a bajar para dejar vacío el cielo.

—Pronto lloverá otra vez. ¡Mire cómo está de encapotado!, y como no quiero que nos mojemos, mejor apurémosle —le dijo el padre mientras se acomodaba el copón debajo del antebrazo para protegerlo de las primeras gotas y se terciaba el maletín donde llevaba el alba, la estola y el misal.

Llevaban más de diez minutos caminando y no se habían topado con nadie, sin embargo, Carmen sufrió un estremecimiento cuando giraron por primera vez. La calle en la que se encontraban era más estrecha que las otras, tanto que resultaba difícil que un Renault



4 cupiera por allí sin necesidad de pisar las aceras. Era una calle muerta porque terminaba en un parque colmado de limoneros y mamoncillos, además estaba vestida de casas blanquecinas, igualitas a esas construcciones fantasma que ella había visto en los márgenes de la cordillera cuando venía en el bus, la diferencia era que de vez en cuando una cabeza se asomaba por los barrotes de madera de las ventanas y le clavaba sin pudor sus ojos en la nuca. Cada vez que divisaba a alguna de esas personas, el padre hacía una venia a modo de saludo y ellas, sin dejar de agujijonear a Carmen con la mirada, se echaban la bendición como si acabaran de presenciar el paso de un cortejo fúnebre. Pero a pesar de los curiosos, las puertas se mantenían cerradas, era como si nadie se quisiera cruzar con ellos. Poco antes de que el parque les cerrara el camino, el cura empujó con el brazo desocupado a Carmen contra la pared para dar paso a una bicicleta que rebasaba con rapidez el último árbol, luego se escuchó el frenazo.

—Padre Gonzalo, ¿a quién viene a visitar por estos rumbos?

—A doña Angustias, hijo. A la pobre le traigo la comunión a ver si me la recibe esta vez —le dijo resignado alzando los hombros, después remató—, aunque pensándolo bien, la mujer desde hace tiempo no la necesita.

Carmen empezó a jugar con la única pata que sobrevivía en sus gafas mientras contaba las filas de piedras que atravesaban la calle hasta la otra acera. Le gustaba formar laberintos con los objetos para apaciguar los nervios alterados. Eso la entretendría hasta que el hombre decidiera marcharse, no tenía ganas, como casi nunca, de presentaciones, de taquicardias y de manos sudadas. Con lo que le esperaba en la casa de la enferma era suficiente. Y aunque

2005

La casa de  
los tucanes

La casa de  
los tucanes



el padre Gonzalo no hizo el guiño de presentarlos, ella no tuvo más remedio que concentrar su atención en la cara del ciclista, porque él no dejaba de observarla, aunque hablara con el cura. Cuando alzó la mirada, se encontró con un rostro duro y viejo que la taladraba entera.

—¿Y esta joven quién es, padrecito? —preguntó con un repiqueteo en la voz.

—Buenos días, señor —lo saludó exprimiendo con fuerza la mochila que desde hacía un rato se había pasado al frente para alivianar el peso.

—Como se ve que no va a la iglesia nunca, don Augusto —le dijo el padre mientras lo golpeaba con afecto en la espalda varias veces—. Esta es la única parroquiana que atendió a mi petición de cuidar a la doña, bendito sea Dios.

—Allá usted padre Gonzalo, pero mire que a veces hay almas que ya no tienen arregladera. —Y apuntando a Carmen con su dedo índice, continuó—. Pero si quiere perder el tiempo señorita... pa'eso es suyo de todas formas, ¡sí, señor!

Carmen dejó de respirar un instante y dio un respingo que hizo que las sufridas gafas se le cayeran. Antes de que se terminaran de desbaratar con el impacto, Augusto las atrapó a unos milímetros de tocar el suelo.

—¿Cómo se llama, señorita? —A lo mejor fue porque la vio desorientada sin sus lentes, pero la pregunta la lanzó con suavidad.

—Carmen —respondió bajito y tragando saliva.

—¿Sabe qué, Carmen?, pásese un día de estos por mi local. Ahí yo le puedo arreglar estos anteojos. El padrecito



le hace el favor de mostrarle dónde es, y si no, pregúntele a cualquiera por la cacharrería “El manitas” que seguro ahí mismito la encuadran para allá. —Limpió los cristales con la tela tupida de su ruana y cuando levantó las gafas a la altura del sombrero para ver a través de ellas concluyó con contundencia—. Sí, sí, todavía tienen vida pa un buen rato. —Y sin más, empezó a pedalear sin despedirse.

No había terminado de encajarlas sobre sus ojos cuando Carmen escuchó el rechinar de los goznes de una puerta. Al girarse vio que el padre se estaba guardando en el bolsillo de la sotana un manojo de llaves y que con el codo sostenía el alero para evitar que el viento lo cerrara. Antes de que ella entrara al zaguán, alcanzó a escuchar un cuchicheo que desde las ventanas recorría toda la callejuela: “no tiene vergüenza si se queda en casa de ese vejestorio”, “no creás, comadre, a lo mejor es de la misma calaña”, “¿cómo es que nos hace esto el padrecito?”, “Dios nos agarre confesados”, “en el nombre del padre, del hijo, del...”.

—No haga caso al chismorreo, muchachita; si es que en el fondo no son mala gente. Lo que pasa es que como no tienen nada que hacer, la novedad las entretiene. Pasemos, que la señora Angustias debe andar por el solar.

Antes de cerrar la puerta tras de sí, se plantó en mitad de la calle y echó una mirada severa a la hilera de casas. No tardó en llegar la respuesta. El eco de todas las ventanas al cerrarse levantó un tufo de heridas sin cicatrizar que le humedeció los ojos.

Cuando pisó por primera vez la casa de Angustias, a Carmen se le engarzó en la nariz un tufillo a azúcar quemada, tan adentro que fue imposible oler otra cosa mientras vivió con ella. Descargó la mochila al final de las escaleras y siguió al padre Gonzalo por el

La casa de  
los tucanes

La casa de  
los tucanes



pasillo agarrándose, como él, del balaustre de madera para caminar con seguridad.

A pesar de que el corredor estaba enfangado de tierra y de hojas de los helechos que bailoteaban casi calvos en las canastas, el resto de la casa parecía estar en orden, salvo por unos pocillos sucios colocados en el centro de una mesita que se encontraba en el vestíbulo. Eso le hizo concluir a Carmen que doña Angustias por sí misma podía valerse, entonces resopló hondo, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Pero el alivio le duro muy poco.

—Hija, sabía que te encontraríamos aquí —le dijo el padre a Angustias desde la reja que daba al solar—. Vine a traerte la comunión y a presentarte a una amiga. —Arrastró de la mano a Carmen que lo esperaba en la cocina hasta ponerla delante suyo.

Angustias ni se inmutó, giró su cabeza hacia ellos y por un segundo pareció mirarlos, pero solo fue un segundo, porque en seguida sus ojos parecieron atravesarlos como si fueran aire, después volvió a lo que estaba haciendo.

—Eso es, eso es, así. Tienen que comer bastante para que el Emiliano los encuentre bien lustrosos. Ya no demora en llegar, eso me prometió en la carta. Por eso lo estamos esperando. Muy bien mis niños, muy bien, coman, coman. —Angustias con uno de sus brazos estirados formando un cuenco con la palma, les hablaba a dos tucanes canoa que planeaban a su alrededor tratando de agarrar con sus enormes picos los frutos imaginarios que ella escogía cuidadosamente de un balde vacío que estaba a sus pies.

El padre Gonzalo le explicó a Carmen que esa casa siempre había estado custodiada por familias de tucanes que, ignorando



el corte de sus alas, saltaban por los guayabos y los limoneros mandarineros para ver si cogían altura. Para Carmen fue mágica la manera como asomaban sus cabezas por entre el follaje y como con torpeza daban tumbos para avanzar. Solo los observó unos instantes, pero fue tal su fascinación que le pareció que habían transcurrido horas. Al detenerse, empezaron a torcer el cuello de un lado a otro y después de arriba a abajo buscando apoyo en su pechera amarilla para quitarse la fruta invisible que se les había clavado en el pico jaspeado de verdes, anaranjados y azules.

El cura le dijo también a Carmen que cuando la señora estuvo buena, y de eso hacía muchos años, salía al solar para recoger los frutos del suelo o desgajar los racimos de uva que ya estaban maduros. Los arrojaba a una cesta de mimbre y cuando estaba llena revolcaba con paciencia su interior sacando los limones y después las guayabas y las uvas menos dulces. Se trepaba en el muro que separaba el solar del chiquero, las ponía sobre su palma derecha extendiendo el brazo por encima de su hombro y esperaba a que las lenguas aplanadas de las aves se las llevaran para comer, pero era obvio que de eso no quedaban sino el remedo.

—¡A ver pues muchachita!, no se quedé parada ahí como si fuera una piedra. Vaya más bien y ayude a bajar a Angustias para que reciba la comunión. Y cuidadito con la pierna mala, no se la vaya a terminar de fastidiar —le dijo el sacerdote mostrándole con el dedo el bastón que estaba recostado en la pared del chiquero—. ¡Ah!, y no se moleste en saludarla o hablarle mucho, total, si es que no va a saber ni siquiera que usted está con ella.

—¿Entonces, padre?

La casa de  
los tucanes

La casa de  
los tucanes



—Entonces nada —respondió el padre Gonzalo—, si quiere trabajar aquí se va a tener que ir acostumbrando a ser una sombra.

No tardó mucho en empezar a llover. Y con la llovizna arreció el viento que se embotelló con inclemencia en el pasillo con la fuerza de un tornado. Una nube expansiva de hojas y polvo, como un embudo gigante, barrió en forma de espiral el suelo, y una de las ráfagas batió la puerta del zaguán con la algarabía de una explosión de petardos.

—¿Si oyeron? —les dijo la vieja a los tucanes colocándose la mano en una de sus orejas mientras entornaba los ojos—; alguien acaba de entrar a la casa.

Angustias que se había dejado hacer, se zafó de los brazos de Carmen y abandonó el solar cojeando. A la altura de la puerta de la cocina se encontraba el padre Gonzalo que ya venía ataviado con la estola y el copón, la mujer no se detuvo y lo empujó con el hombro al pasar. De pronto, se paró en seco y alzando el bastón en dirección a la puerta de la calle dijo, en voz alta, casi gritando:

—Condenado Emiliano, casi que no te aparecés por acá. Me vas a tener que rendir cuentas. Esperame ahí bien quietecito, que ya voy. —Después se sacó un juego de llaves del bolsillo del delantal y abrió la pieza que había en frente del comedor para volver a cerrarla una vez adentro. Unos minutos más tarde salía por la sala.

—¡Ay!, otra vez está viendo a ... —El padre Gonzalo se echó la bendición mientras hablaba—. No importa, no importa, ¡pobre mujer!, si ella supiera...

Carmen contemplaba la escena desde el umbral de la cocina con incredulidad. Veía como Angustias discutía con la pared, pero al



mismo tiempo miraba al padre Gonzalo que divagaba buscando respuestas clavando la mirada en el cielo.

—Padre Gonzalo, ¿qué hacemos? —le dijo mordisqueándose los labios mientras se restregaba, nerviosa, las manos.

—Nada muchacha, nada. Esto dejémoselo a Dios por un par de días, ese es el tiempo que le dura a ella la ventolera de ese tal... mmm, bueno, no importa —le dijo, posándole la mano libre en el hombro y entregándole el llavero—. Venga mejor le muestro cuál es el cuarto donde usted va a dormir. Póngase cómoda y descanse hasta el almuerzo para que retome fuerzas. Es que las va a necesitar hija, las va a necesitar. ¡Y mucho!

2005

La casa de  
los tucanes

La casa de  
los tucanes



2005

Sodoma y  
Gomorra

# *Sodoma y Gomorra*

La casa de  
los tucanes



En algún lugar de un gran país  
olvidado construí  
un lugar donde no duermes el sol  
y al nacer, no había que morir.

Duncan Dhu, En algún lugar.

{ 990 }

*En algún lugar de un gran país  
olvidaron construir  
un lugar donde no queme el sol  
y al nacer no haya que morir.*

Duncan Dhu, *En algún lugar*

**2005**—Sandra, mientras usted arregla el mercado en la cocina yo me voy corriendito a la cacharrería de don Augusto a ver si me puede arreglar estas gafas. Es que ya no me las aguanto. —Se las quitó dejándole ver la pata remendada con cinta aislante—. Si acaba antes de que yo llegue, ¿me puede esperar? Me da un poco de reparo dejar a doña Angustias sola. Problemas no le va a dar, porque está en el solar con los pájaros y usted sabe mejor que yo que ahí tiene pa un rato largo. —No se preocupe, niña Carmen. Váyase tranquila que hoy en la tienda no hay mucho trabajo, así que no creo que me echen cantaleta por llegar un poquito tarde —le contestó la muchacha mientras terminaba de subir las bolsas al poyo.

Habían pasado pocas semanas desde que Carmen estaba trabajando en esa casa, pero a pesar de ello y de que en ese tiempo apenas había pisado la calle, le había cogido un cariño especial a la repartidora, quizá porque en apariencia la vida de la muchacha era muy parecida a la suya. Carmen lo supo por la misma boca de Sandra el día en que esta, desempacando el pedido, dejó caer un frasco de encurtido que se reventó contra el suelo. Un cristal grueso, pero filudo, se le clavó tan profundo en la palma que todos los dedos se retorcieron como los tentáculos de un pulpo. Cuando Carmen entró en la cocina y la vio doblada por la mitad, apretándose la muñeca para que la mano no saliera rodando de un momento a otro, y resoplando bajito igual que si estuviera sumergida en una cubeta llena de hielo, le pasó sus brazos de alfiler por los hombros y la acercó hasta la poceta. Sandra no tuvo tiempo de gritar cuando sintió que el agua del grifo le chupaba toda la sangre dejándole la mano vacía, porque en ese instante otro dolor solapó al primero. Le había jalado la punta del cristal de un tirón, sin miramientos. Entonces, antes de perder el sentido, creyó ver una boca desdentada que desde su palma se contraía burlándose de ella. Cuando se despertó estaba tirada en el suelo con la espalda recostada en la pared y ensopada de sudor. Tenía a Carmen de cuclillas en frente suyo tratando de envolverle la herida con una faja.

—Sandrita, esto no estanca. Mejor deme el teléfono de sus papás para que la vengán a recoger y se la lleven pa donde el doctor, a ver si allá son capaces de pararle este chorro de sangre.

—No se apure, niña. Hágame un moño bien fuerte con ese trapo y verá que la sangre se asusta, además, ya casi ni me duele —le dijo arañándose el delantal con la otra mano.

2005

Sodoma y  
Gomorra

La casa de  
los tucanes



—No sea terca, por Dios. Páreme bolas. Llamemos a su casa, ¿sí? Mire que no quiero cuidar a otro enfermo, no ve que no tengo cuerpo pa tanto —le dijo Carmen limpiándose el sudor de la frente después de señalar a Angustias, que a pocos metros se balanceaba en la punta de los pies mirándolas sin apenas parpadear mientras se arrancaba manojos de cabello.

—Es que vivo sola, doñita. Papás no tengo. Según me cuentan se me murieron despuesito de llegar yo a los cinco, ¡ya ni me acuerdo de ellos!, ¿sabe? Cuando los pienso solo se me viene a la cabezota un olor a oxido, parecido al que se siente aquí, usté también lo siente, ¿no? —Al hablar tragaba saliva tratando de que se le fuera la sed mientras estiraba el cuello de un lado a otro olisqueando como si fuera un perro, después continuó—. Y no sé por qué cuando me esfuerzo en recordar se me cruzan en las entendederas un montón de almohadas de colores que me tapan enterita sin dejarme salir, ¿más raro?

Desde ese día Carmen vio a Sandra de otra manera. Primero, porque sabía que estaba sola en el mundo como ella apertrechando la vida a punta de golpes. Y segundo, porque era la única persona joven que había visto desde que pisó el pueblo. Puerto Triste era un lugar envejecido que olía a naftalina y a cebolla. De eso se dio cuenta a los pocos días de llegar cuando al salir por primera vez de la casa y desandar el camino hasta la iglesia, se encontró únicamente con rostros arrugados de miradas duras, tanto que parecía que los años no solo los había maltrecho por fuera. Carmen, cada vez que se cruzaba con uno, se sentía pesada. Se sentía vieja también. Sin ilusiones y con ganas de morir. Viejo el padre Gonzalo, viejo don



Augusto, viejo César, el vecino de butaca, viejo el conductor, el cobrador y doña Angustias, viejos todos, menos Sandra y Chepe, pero este no contaba porque no lo había vuelto a ver. Por eso la muchacha era un espejo que olía a una mezcla de chicle, jabón y colonia de manzanas que le devolvía las ganas de vivir, tal y como se lo había prometido a su madre el día en que se murió.

No fue difícil dar con “El manitas”. Nada más llegar al parque divisó el cartel gigantesco con su nombre que colgaba de los balaustres del balcón colonial más florido que había en el marco de la plaza. A esas horas había poco movimiento en las aceras, la misa había terminado hacía un buen rato y solo se veía a unas cuantas mujeres recorriendo los puestos de fruta apostados alrededor de la fuente central para escoger el género. Si se aguzaba la nariz se podía percibir el tufo de algunos campesinos que desde temprano estaban empinando el codo a punta de buenos aguardienticos con naranja, y en la banca de piedra que estaba justo en frente de la puerta de la cacharrería estaba sentado un hombre, al que le temblaba hasta el pelo de lo mayor que era, discutiendo con un embolador.

—Que no hombre, ya le digo yo que no. Este pueblo se quedó grande pa las personas que somos. Un día de estos van a espantar de lo vacío que está por culpa de esos muérganos.

—Don Ambrosio, qué cosas dice —le interpeló el lustrador que sentado en una caja de mangos repasaba con un paño el zapato del abuelo—. Yo me recorro todos los pueblecitos de esta zona y le aseguro, por mi madrecita santa, que este es uno de los más concurridos. Si viera mi don cómo les ha pegado de fuerte la sanguina de esos bárbaros a los vecinos de por allá —dijo desviando la mirada



hacia las montañas que los cercaban por el sur, después prosiguió—, los que no están muertos se fueron despa-  
voridos pa la ciudad a pasar necesidades y los poquitos  
que se quedaron lo hicieron porque no tenían pa dónde  
agarrar. Algunos con su parcelita eso sí, pero cagados de  
miedo. Y ya le digo yo que pa vivir de esa forma es mejor  
estar en la barriga de los gusanos cien metros bajo tierra.  
—No me hable de sufrimientos, Mauricio, que estas calles  
arrastran un dolor muy verraco. Aún me acuerdo cómo  
corríamos por ellas, igualito que unas cucarachas tratan-  
do de que las botas de esos tipos no nos aplastaran, y  
ya ve, a pesar de los años todavía está la mancha de los  
pobrecitos que esa tarde no alcanzaron a correr bastante.  
Es que la sangre seca es muy testaruda y ni siquiera con  
límpido se ha querido ir.

Cuando terminó de hablar se restregó la nariz con el dorso de  
la mano mientras hacía aspavientos con los ojos para no llorar,  
de pronto vio a Carmen que se acercaba despacio con la mirada  
pegada al suelo. Cogió el periódico que tenía doblado sobre los  
muslos y lo sacudió un par de veces sobre la cabeza de Mauricio  
que seguía hablando a la vez que cepillaba el zapato que Ambrosio  
tenía sobre el atril.

—¿Si ve por qué le digo que corren tiempos malos, hom-  
bre? —dijo en susurros haciendo señas con la cabeza al  
embolador para que se girara—. Ahí viene la que vive aho-  
ritica con la loca. Con lo bien que estaba la vieja refundida  
en esa casa del demonio y va y se aparece esta mocosa para  
resucitar espantos que ya no vienen a cuento.

—¿Por qué habla así, don Ambrosio?



—Porque desde ese día que le estoy diciendo, la mujer esa y su marido nos trajeron la peste a Puerto Triste.

Créaselo, Mauricio, esa familia nos jodió la vida a todos.

Cuando Carmen pasó al lado de los hombres, la vergüenza le mordió el estómago. Aunque nunca los había visto, sintió sobre su rostro el peso silencioso de las cuatro pupilas. Por eso no fue capaz de saludar, ni siquiera fue capaz de levantar la mirada de los adoquines que había estado contando desde hacía muchas cuabras para matar el tiempo. Intentó imaginar a esos viejos recién levantados encaramándose sus calzoncillos largos a la altura del ombligo, pero el consejo de su madre de salirle al quite a la timidez no le funcionó en esta oportunidad. El cosquilleo del corazón y la calentura de las mejillas la obligó a acelerar el paso al mismo tiempo que se mordía el cabo de uña de uno de sus meñiques. Cuando cruzó el dintel de la cacharrería aligeró el peso de su cuerpo sobre el marco y aspiró profundo. El esfuerzo la hizo tambalear y aunque aún no se había levantado viento a pesar de las predicciones de lluvia que venían en la prensa, la falda de flores que le cubría las rodillas ondeo pasito, a media asta, con tantas arrugas que parecía que el duelo era por un dolor muy grande.

—En un momento estoy con usted. —El eco de una voz grave pero rugosa, que salía del otro lado de una cortina de bambú, se derramó por las paredes—. Terminó esto y salgo.

Carmen pareció aliviada de tener que esperar. Se enderezó. Se subió el puente de las gafas que despatarradas se asomaban al vacío desde la punta de la nariz, y apretando la billetera contra el pecho entró dejando atrás las miradas que como tiros la atravesaban toda.

Era un local pequeño, pero suficiente para el mostrador de madera sin lijar y una vitrina esquinera en la que don Augusto





ofrecía humidores, habanos, cajetillas de cigarrillos, mecheros y, al mismo tiempo, menaje de cocina. En ese momento no había ningún cliente, pero a Carmen le empezó a faltar la respiración a pesar de que allí podían caber de pie, sin hacinarse, media docena de almas. Ella estaba acostumbrada al olor afrutado de los puros que se fumaba cuando la ansiedad la devoraba por dentro, es más, le gustaba, pero el olor concentrado de las colillas que permanecían en el cenicero perdido debajo de unas revistas viejas le estaba provocando náuseas. Alguien había fumado hacía poco en ese lugar y, por la neblina espesa que enturbiaba el aire, ya podía tener un hueco enorme en los pulmones.

Al carraspeo y a la sequedad de su lengua le sobrevino la tos que se confundió con un martilleo enojado que salía por las hendiduras de la persiana. Si don Augusto no aparecía rápido se iba a morir por el ahogamiento, pensó. Por eso, de un mueble repleto de chucherías que había en la esquina del travesaño, cogió, con la intención de pagarlo después, un confite de menta para aclararse la garganta. Al dejar la envoltura sobre el mesón se dio cuenta de que en toda su superficie estaban escritos decenas de nombres propios a punta de tijeretazos o de algún material filudo apropiado para horadar la madera. Algunos estaban acompañados de unas fotos forradas en papel contac transparente. Cuando pasó las yemas de sus dedos por encima de esas palabras irregulares y deformes que estaban rotuladas con una fecha, siempre la misma: *3 de agosto de 1990*, las astillas de aserrín se le incrustaron en la piel. “Clemencia Henao C. – 3/8/90”, “Armando Gutiérrez M. – 3/8/90”, “León Escobar R. – 3/8/90”, “Glorita Martínez T. – 3/8/90”. Cada vez que avanzaba y que los arañazos de las virutas más daño le hacían, creía ver las letras moverse, retorciéndose como si pidieran ayuda.



Lo que más le llamó la atención fue que las pocas fotos tamaño carné que había esparcidas en toda la balda pertenecían a niños de no más de diez años. Ninguno de ellos se estaba riendo. Habían mirado a la cámara pálidos, con el labio superior tembloroso y las cejas fruncidas tratando de contener una pelota de lágrimas que estaba a punto de desbordar las cuencas. Entonces supo Carmen que ese mostrador no era un simple mostrador de cacharrería, era más que eso, era un cementerio de secretos atrapados en personas invisibles.

Escupió el caramelo en su mismo envoltorio y levantó las revistas para echarlo en el cenicero. Don Augusto había dejado de martillar y Carmen escuchaba sus pisadas cada vez más cerca. Al descargar las revistas leyó sin querer la fecha de su edición. Se habían publicado quince años atrás, justo el domingo después de la fecha labrada en la madera.

***Domingo, 5 de agosto de 1990***

**LA MASACRE DE PUERTO TRISTE**

***En el asalto cobarde de la subversión, una vez más los civiles ponen los muertos.***

*A pesar de sus macabras dimensiones, la masacre del viernes en la tarde, ocurrida en el poblado del suroriente de este departamento, conocido como Puerto Triste, les sonó a muchos ciudadanos como una historia mil veces contada. Una vez más, hombres armados a bordo de camionetas con cristales empavonados, entraron a sangre y fuego en una población que se disponía, como cada fin de semana, a celebrar tres días de esparcimiento. Había sido día de pago del jornal...*

— ¡Ah!, es usted! —dijo don Augusto colocándose un cigarrillo cargado de ceniza en la comisura de sus labios para poder sacudirse el polvo de las palmas—; ¿pa que soy bueno?

Ella dio un respingo al verse sorprendida. Lanzó una mirada de espanto al hombre al ver que se había acercado a un palmo de su cara.

—Quédese si quiere con una de esas —le dijo don Augusto de mala gana señalando el montón de revistas—, pa que se dé cuenta en manos de quien cayó al ponerse a vivir en la casa de los tucanes. Ahora, preste pa'cá esos lentes a ver qué puedo hacer, porque a eso vino, ¿no?

Carmen no entendió por qué razón el cacharrero le hablaba de esa forma: ¿es qué había alguna relación entre el artículo que había empezado a leer con la señora Angustias? Eso era casi imposible. La pobre mujer estaba cuesta abajo a pesar de no ser tan vieja. Hacía mucho rato que el olvido, igualito que una bestia, se la había llevado arañándole las entendederas y vaciándola de recuerdos. Una mujer así ¿a quién podría dañar?

—Oiga, oiga. —Augusto chasqueó varias veces los dedos pulgar y corazón a la altura de la cara de la muchacha—. ¿Se siente bien, señorita?, mire que si no quiere que se las arregle...

Ella no alcanzó a quitarse las gafas porque en ese momento se escucharon unos gritos alargados provenientes del parque. Primero se oyó un rumor: “don Augustooo”, pero en segundos, un coro desafinado de alaridos repetía ese nombre, “¡don Augustooo!, ¡Que nos volvieron a empapelar esos hijueputas!”



De pronto, unos rostros desconocidos irrumpieron en el negocio.

—Don Manuel, ¿qué es esa escandalera? —le preguntó el cacharrero al que encabezaba el tumulto.

—Casi nada, señor, casi nada. Mire usted con sus propios ojos lo que nos han dejado por todas partes. —Le extendió un papel arrugado que Augusto le arrancó con apuro de las manos.

—¡Maldita sea!, nos vamos a morir todos si logran meterse otra vez al municipio.

—Nos van a cazar como a patos, don Augusto, ahí lo dicen bien clarito. Cualquiera día de estos bajan del monte y nos revientan dizque pa'ajustar cuentas. Pero ¿con quién, ah?, ¿con una partida de viejos que es lo que somos todos en este pueblo? —dijo el hombre, ofuscado, repasándose la barba blanca que le colgaba como maleza. Después continuó—; ¿qué hacemos, hombre, que usted es el único que sabe pensar por aquí?

—Hay que hacer lo que no hicimos hace quince años. Si nos tenemos que morir que sea con las botas puestas, como quien dice. —Mientras hablaba Augusto pasó por debajo del mostrador en dirección a la puerta tirando la colilla al suelo—. Vámonos —les dijo.

—¿A dónde?

—A pensar cómo nos salvamos el pescuezo tomándonos un pocillo de tinto en el bar de don Justo, carajo. Dejen de temblar más bien que todavía no es tiempo de orinarse en los pantalones.



Cuando el alboroto se escuchaba a lo lejos, Carmen salió del local sin entender lo que había oído. La plaza estaba desierta, salvo por los tenderetes de fruta que, vacíos, esperaban a que sus dueños los levantaran. De regreso a su casa, empezó de nuevo a contar las figuras del adoquinado. No había caminado lo suficiente cuando, como alma que lleva el diablo, la vio acercarse.

—Sandra, que hace aquí, ¿algo pasó?

—¡Ay, doñita! —La muchacha tomó aliento doblándose por la mitad mientras se sostenía la barriga con todos los dedos—. Figúrese que la señora Angustias se esfumó de la casa.





*(...) hoy, que es un día como bajo la tierra, oscuro,  
como bajo la tierra, lluvioso, despoblado,  
con la humedad sin sol de mi cuerpo futuro,  
como bajo la tierra quiero haberte enterrado.*

Miguel Hernández, *A mi hijo*

**2005** Era el último entierro del día. El poco sol que había caído sobre las cabezas se estaba ocultando tras las montañas y la fresca de la tarde comenzaba a atizar fuerte. En el atrio, detrás del ataúd, esperaba una pareja de ancianos. Parecían los propietarios del muerto, porque no dejaban de llorar. A su lado, dos mujeres con mantilla negra repetían de memoria los pasajes de los misterios dolorosos mientras repasaban con apuro las cuentas de sus camándulas. Después de que el padre Gonzalo esparció el agua bendita con su hisopo de plata sobre el cajón y el pequeño cortejo empezó a desaparecer por la nave, Angustias cruzó la verja del cementerio.



No lo pisaba desde hacía quince años, pero en algún lugar de sus enmarañadas neuronas se quedaron atrapadas las razones por las cuales había ido allí. La plazoleta principal estaba desierta. Desde hacía meses, cuando la noche empezaba a apoderarse de Puerto Triste, las pocas personas que se quedaban llorando a sus muertos comenzaban a huir despavoridas por los estrechos corredores tapizados por un colmenar de osarios. Lo que las obligaba a desalojar el camposanto no era el miedo a las ánimas: de finados sabían de sobra desde hacía tiempo. El desalojo se debía,

en realidad, a ese viento encolerizado que todos los noviembre, a partir de las cinco de la tarde, chocaba contra las lápidas congelando el mármol y calando tan hondo los huesos que hasta los muertos sentían frío.

Angustias no había avanzado mucho cuando se apoyó en la estatua del señor caído que se elevaba como un oráculo en el centro de la placeta. Quiso seguir caminando, pero sus piernas necesitaban nuevas instrucciones. ¿Por qué había entrado a ese lugar tan triste? Intentó volver sobre sus pisadas: chocolate caliente con un par de buñuelos. Comida para tucanes. La visita de Emiliano cuando ella estaba alimentando a los pájaros. ¿Es que ella tenía pájaros? Después, ¿qué hizo?, ¡ah, sí!, el desayuno con chocolate caliente y un par de buñuelos. “¿Por qué no llegás, Emiliano, como me anunciás en tu carta?”. Un puro de tripa gruesa. “A mí me gusta fumar, ¿no?”, porque la saliva en ese instante le sabía a humo. Para estar segura quizá se lo tendría que preguntar al Emiliano que la conocía tan bien. ¡Eso era!, había salido a buscar al Emiliano. Hacía rato que él se había ido, “¿a comprar tabaco, tal vez?, ¡ay!, no me acuerdo!”. Seguro que a eso se había ido, pero ¿por qué no había regresado aún? Estaba claro, a ella le gustaba fumar, “¿no?”.

“¡Uff, Dios!”, eso no era lo que hacía en ese sitio, porque si no ¿a cuenta de qué tenía los bolsillos del vestido atiborrados de puros? Claro que, viéndolo bien, así era mejor, ya no tendría que preguntarle a nadie si a ella le gustaba fumar. “Entonces, ¿qué diablos estoy haciendo aquí?”. Se restregó las palmas en la falda varias veces, parecía que de tanto arrugarla quería sonsacarle por la fuerza una confesión. Empezó a mirar hacia todos los lados sin apenas girar la cabeza. No se atrevía a moverse a pesar de sentir un calambre en uno de sus pies que le atravesaba el cuerpo hasta



la coronilla. Se quedó quieta aguantando la respiración, no quería caerse en ese agujero enorme y alargado que estaba en el piso a pocos centímetros de sus dedos. Sabía que si se caía sus piernas no aguantarían el golpe. Era raro, pero de eso sí se acordaba. Estaba bien que los del monte le hubieran jodido la vida, al fin y al cabo el agua y el jabón le ayudaban a sobrellevar la vergüenza; sin embargo, las piernas eran otra cosa. Aprender a caminar después de aquello le había costado lo suyo y por añadidura, si no quería darse de bruces, la había obligado a depender de esa “cosa” de madera que parecía un lápiz muy largo. Si bordeaba al señor que tenía justo detrás, tan serio, tan blanco, tan enorme, se alejaría lo suficiente del hueco para seguir buscando “eso” que tenía que encontrar, fuera lo que fuere.

—Perdone si lo estoy molestando, señor, pero ¿a quién se le habrá ocurrido cavar semejante boquete? Mírese no más la cara, si hasta parece que está más asustado que yo.

—Con la punta de goma del bastón señaló el rostro de la estatua—. ¿No ve?, si está sudando y todo. Yo de usted me iba de aquí bien rapidito, porque los huecos son muy traicioneros, ¿sabe?, en cualquier descuido se lo pueden tragar a uno.

No entendía por qué el agujero caminaba detrás suyo cada vez que arrastraba las piernas. Le faltaba muy poco para alcanzar la esquina de ese escalón de piedra donde descansaba el hombre recio que no había dejado de atravesarla con su mirada, pero la arena que se le había metido entre los dedos, el filo del bloque clavado en su cintura raspándola toda y el desespero de la puntera de su bastón por apartar esa boca negra que amenazaba con

2005

En las  
profundidades  
del río Lete

La casa de  
los tucanes





comérsela, le ataban los pies enterrándolos bien hondo como raíces centenarias.

Sobre la superficie terrosa de la explanada un remolino de hojas secas empezó a levantarse. En cuestión de segundos, como casi siempre en esa época, se elevó tanto que las ramas de los laureles se trenzaron como si de un momento a otro, al son del ulular del aire, fueran a comenzar un corro igualito al del cortejo fúnebre que para ese entonces se confundía con la oscuridad del portón. Si no hubiera sido porque un coletazo de viento golpeó las mantillas de las dos mujeres que cerraban el desfile zarandeando sus débiles esqueletos, Angustias se habría quedado sin testigos de la batalla que libraba.

—Vicenta, pero ¿qué hacés? —le preguntó la mujer menos arrugada a la otra al ver que se agachaba en cámara lenta.

—No me regañés, Alicia. Mirá que se me reventó la camándula. Vení mejor ayúdame a juntar las cuentas porque si se me pierden mi amá se levanta de la tumba y no te imaginás la que se me arma —le respondió sacudiendo su mano temblorosa a la altura de la coronilla sin levantar los ojos de las escaleras.

—¡Ah!, qué pereza mujer. No sé cómo te las arreglás para quedarte siempre la última armando bochinche. —No había acabado de hablar cuando se percató de que Angustias estaba en medio de la plazoleta aporreando su sombra con el bastón mientras gritaba algo que no se alcanzaba a entender.

Alicia, ahuecando su palma se la puso en la frente a modo de visera y después de apretar el entrecejo, enfocó la imagen de ese

bulto que se movía despacio al lado de la estatua de Jesús. Hacía mucho tiempo que los ojos se le habían desgastado. Mirar a lo lejos era como espiar el mundo a través de una cortina de organza. Por eso no reconoció a la mujer que estaba horadando la tierra con la puntera del bastón. La imagen era espesa y aunque estaba llena de nubarrones, no pudo dejar de sentirse turbada. Se aferró a la barandilla central de las escaleras y comenzó a bajar tan rápido como sus pies enfermos se lo permitieron. Con la otra mano se subió el cuello de su suéter hasta taparse la garganta, y con la mantilla, que el viento ya le había arrancado, se tapó la boca para cubrirse del frío. ¿Y si era un doliente perdido en medio de ese ventarrón? No lo creyó posible, porque el muerto “de hoy” ya había enterrado a los suyos cuando lo de la masacre, salvo a sus dos hijos que lo estaban llorando con ganas en la misa. De un visitante tampoco se podría tratar, porque, a no ser que el entierro fuera tan tarde como el de ese día, nadie se atrevería a asomar las narices por La loma del olvido, a menos que el osado quisiera que una neumonía lo mandara corriendito a descansar en cualquiera de los nichos que esperaban impacientes en las bóvedas.

Le faltaban tres escalones para llegar a la terraza cuando se detuvo. De su mente se borraron todos los pensamientos, menos uno que se quedó batiendo sus alas como una mosca enredada entre las cortinas: se vio la noche anterior levantándose de su cama a altas horas de la madrugada para ir al baño. Su vejiga desde hacía mucho había decidido trabajar a medio tiempo. De pronto sintió la insistencia de unos empujones en la puerta de la calle. Aunque el sueño todavía le colgaba de los párpados y las gafas las había dejado encima del nochero, no dudó en mirar por el postigo. Al principio solo vio una mancha lechosa que, distorsionada, se

2005

En las  
profundidades  
del río Lete

La casa de  
los tucanes





movía cada vez que ella trataba de enfocar la acera, pero cuando el parpadeo constante le aplacó la mirada, sintió unas zancadas que a la carrera apretaban el asfalto. Después escuchó una voz grave, enfurecida: “yo voy por la derecha para aligerar. Usted quédese aquí y termine rápido”. En una fracción de segundo, cuando el oído había reemplazado a los ojos en la tarea de mirar, la cabeza de un hombre con pasamontañas se le apareció como un títere por el ventanuco.

El mismo miedo que sintió entonces lo sintió en esas escaleras. Le entró por la boca. Le secó la saliva. Empezó a deslizarse por la garganta. Y en esta notó un cosquilleo que lo estiró hasta el corazón. Ese miedo no tardó en llegar a las piernas y a las plantas de los pies, y, entre temblores y hormigueos, la paralizó entera. ¿Y si era uno de esos hombres sin cara que se habían pasado toda la noche vistiendo los postes y las puertas de las casas con pasquines repletos de insultos y amenazas? ¿Y si venían a deshacerse de los testigos..., de ella? No, no podía ser. Todavía el sol estaba quemando sus últimos cartuchos. Con luz los hombres de las máscaras no se atreverían a salir para causarles daño. Eso si se trataba de los mismos que habían atacado el pueblo en 1990, como creía don Augusto. Además, si no hubiese sido por la torpe de Vicenta, a esas horas estarían cumpliendo su papel de lloriquear al finado como siempre hacían cuando el padre Gonzalo las llamaba para engordar el funeral buscando que no se viera tan pobre. Si no hubiese sido por Vicenta ni siquiera habría reparado en esa persona que ya no agujereaba su sombra, sino que, doblada por la mitad sobre ella y con uno de sus zapatos en la mano, le lanzaba el brazo como una caña de pescar intentando, quizá, que alguien se lo arrebatara.

—Alicia, ¿vos si me estás escuchando?, con la rabia que me da que no me contesten —le dijo Vicenta que permanecía encorvada repasando los adoquines con las yemas de los dedos—. Guardame, haceme el favor, estas cuentas, porque ya no me caben en la mano, ¿sí? —Vicenta giró la cabeza y miró de reojo a la otra mujer esperando a que esta se moviera en su dirección—. Alicia, ¿es qué no me oís? ¿Estás bien? —Cuando logró incorporarse, las cuentas rodaron por sus dedos como una lluvia de granizo, pero esta vez no le importó.

Al comprobar que Alicia estaba lívida mirando fijamente a la plazoleta con la boca abierta, pero sin emitir sonido alguno, Vicenta dirigió su mirada a ese punto en el que su amiga se había perdido. Entonces arrugó un poco el entrecejo y tironeándose el lóbulo de la oreja como hacía cuando algo la inquietaba, reconoció a Angustias. No la veía desde hacía muchos años, desde que la locura y la vergüenza la encerraron en las cuatro paredes de la casa de los tucanes. Estaba más vieja, más gorda, más impedida, pero era ella. Era la misma mujer con la que, años atrás, había compartido, antes de que los cadáveres pavimentaran las calles, tardes de chismorreos alrededor de una partida de parqués. Pero hasta las mejores amigas dejan de serlo. Las personas que uno ama terminan yéndose o se termina yendo uno, porque, al fin y al cabo, nada dura para siempre.

La última vez que la vio fue allí mismo, en el cementerio: era sábado. El sol caía vertical sobre las cabezas. La multitud se desbordaba por la verja y por encima de los muros. Todos querían entrar a la misa, pero la iglesia estaba a punto de reventar. Un camino estrecho se abría entre la muchedumbre. A empujones, dos

2005

En las  
profundidades  
del río Lete

La casa de  
los tucanes



hileras de féretros —casi infinitas—avanzaban desiguales hacia el atrio sobre los hombros de los cargadores. El padre Gonzalo los esperaba allí con la homilía en la boca. Estaba tieso, igual que la estatua de Jesús sembrada en medio de esa colonia de hormigas; tenía las manos entrelazadas sobre la casulla de un morado urgente, como de luto, y con la mirada apolillada por los disparos de la víspera, aguantaba la tristeza que ese gentío sentía por sus muertos. A Vicenta no le habían matado a nadie, sin embargo, ese día no tuvo que plañir, porque sobraban los lloros que, como un reguero de pólvora mojada, explotaban a trompicones sin romper del todo el silencio del duelo. Esa mañana el pánico a que los del monte regresaran a ajustar cuentas mantenía el sufrimiento a raya en Puerto Triste.

Faltaba muy poco para que el primer ataúd alcanzara las escalinatas del atrio cuando el dolor sostenido se rompió como el cristal. Un ruido de trompetas se mezcló con el miedo y lo que era un réquiem interpretado por la banda municipal en honor a los difuntos, se convirtió en esas granadas invisibles que habían tumbado como fichas de dominó a los que en ese momento se querían despedir. Vicenta que estaba detrás del padre, dispuesta a abrir la puerta de par en par, se salvó de quedar atrapada en el remolino de gente enloquecida. Los gritos se escuchaban en todas direcciones y se solapaban con el estruendo que la madera provocaba al chocarse con el empedrado. Cuando los féretros partidos escupieron a los cadáveres o a los pedazos que quedaban de ellos, a Vicenta la bilis se le subió por la garganta. Y no solo porque esos muertos habían sido asesinados otra vez, sino también porque entre la turba, a contracorriente, Angustias había aparecido escarbando con desespero los despojos. Con las rodillas





flexionadas e inclinada hacia adelante, removía con su bastón las cabezas de trapo. La de los niños y la de las mujeres las apartaba con prisa y solo se detenía en la de los hombres jóvenes. Con su brazo libre las levantaba jalándoles el pelo hasta mirarles sus ojos cerrados. Su deformidad. “Emiliano, ¿sos vos?”, les decía y las volvía a lanzar al suelo como quien tira una piedra al agua.

—Vicenta, ¿a dónde creés que vas? —farfulló Alicia concentrando la mirada en su amiga que ya había bajado todas las escaleras y se dirigía hacia el bulto que ella aún no había podido identificar—. Mirá que puede ser peligroso, ¿y si nos matan por tu cabezonería?

—Dejá de decir bobadas, no ves que es Angustias. Más bien andá por el padrecito que él sabrá qué hacer con ella.

—Peor me lo ponés, Vicenta. Vos sabés que esa mujer está loca —le dijo mientras se golpeaba varias veces la sien con la punta de su dedo índice. Después continuó—; yo voy y traigo al padre y al mismísimo Papa, si vos querés, pero acordarte de lo que esa bruja le hizo a este pueblo, mejor vam...

—Andá, andá... —le dijo Vicenta dándole la espalda mientras se acercaba a la estatua del Señor caído, metiéndose el vuelo de la falda entre las piernas para que el viento no la desnudara.

Angustias no se dio cuenta de que Vicenta estaba de pie a pocos centímetros de su cabeza y aunque se hubiera percatado de ello tampoco la habría reconocido. Desde hacía mucho ya no veía a nadie, para ella las personas eran muebles y su realidad estaba hecha con retazos de fantasmas. ¿Cómo era posible que la hubieran dejado salir así de casa?, sus pies sucios estaban a punto de sangrar

y de los bolsillos de su batola se derramaban palos y hojas secas. ¿El padre Gonzalo no había encontrado a una persona que se encargara de su cuidado? Estaba casi segura de que así había sido, incluso creía haberla visto esa misma mañana en la cacharrería cuando varios vecinos fueron a buscar a don Augusto con uno de esos volantes con los que habían empapelado al pueblo.

“Angustias, soy yo, Vicenta, ¿te acordás de mí?” —le dijo quitándole la chancla que tenía en la mano y que estaba a punto de tirar al suelo junto a la otra. Después se la llevó despacio hasta el monumento y la sentó en el borde. Le puso las arrastraderas y le cubrió con su mantilla los hombros. Angustias no dijo nada, pero empezó a examinarse una mano girando la cabeza de un lado a otro. Primero la palma, luego el dorso, los dedos, las uñas, el brazo. Era como si quisiera comprobar que todo estuviera en su sitio. De repente, alzó la cabeza y miró fijamente a Vicenta, traspasándola. Abrió la boca varias veces antes de pronunciar palabras inconexas sobre su marido, un entierro y el secuestro de alguien. Vicenta sentía que las palabras se agolpaban en sus oídos y se juntaban en sitios equivocados. Quería recordar la historia de su amiga, pero habían pasado tantos años que eso era ya imposible. Quería compadecerse de ella, perdonarle lo que el pueblo no podía, ¿pero por qué reaparecía ahora cuando Puerto Triste estaba otra vez en peligro? No, definitivamente no tenía excusas.

Vicenta respiró hondo. Se arregló el pelo con las dos manos y se acomodó la horquilla que lo sujetaba. Después se metió otra vez la falda entre los muslos y empezó a desandar sus pasos hacia el atrio. No quiso despedirse de Angustias. Era mejor que siguiera siendo un fantasma igualito a esos que poblaban su cabeza. Entonces se acordó de su madre revolcándose en la tumba y empezó a recoger



las cuentas de su camándula otra vez. No supo cuándo Carmen entró en el cementerio con el alma pegada de un hilo. Tampoco vio a Sandra correr hacia la estatua mientras gritaba: “aquí está, niña, aquí está; ya la encontramos”. No quiso mirar, ¿para qué?

Durante un rato no se oyó sino el crujir de los laureles serpenteando contra el viento, y cuando ella pensó que Angustias ya se había marchado, la nostalgia le pudo más que la fuerza de voluntad y sosteniendo las cuentas entre sus manos se quedó mirándola, a lo lejos, cómo cruzaba la reja del cementerio del brazo de las dos mujeres. A lo mejor Angustias sintió los ojos de Vicenta pegados a su espalda o a lo mejor sintió que un pedazo de vida se le quedaba perdido entre esos muros, el caso es que se soltó con violencia agarrándose a los barrotes y, como si quisiera hacerle el coro a esa especie de tramontana, gritó lo más fuerte que pudo: “Vicenta, deciles que yo no tuve la culpa y Emiliano tampoco. Yo no lo encontré entre los muertos. Deciles que no tuvimos la culpa... ¡Uy!, Emiliano, por fin ¿dónde te habías metido?”.

2005

En las  
profundidades  
del río Lete

La casa de  
los tucanes



1990

La feria  
del tucán

# *La feria del tucán*

La casa de  
los tucanes



... el diablo pone el alma en las tribunas,  
y escucha el discurso de los muertos,  
y se arrebata con orgullo por la historia  
y se acerca con botizinos tecedores

{ 262 }

Fernando Cabral, El diablo es un señor.

*(...) el diablo pone el alma en las tribunas,  
y escucha el discurso de los muertos,  
se arrastra con orgullo por la historia  
y se acuesta con pobrísimos recuerdos.*

**Facundo Cabral, *El diablo es un señor***

**1990** Cinco fueron las campanadas que Angustias le escuchó al reloj de pared cuando se enfiló hacia la salida. Si no apuraba el paso no llegaría con suficiente tiempo para recorrer la feria de artesanías que la alcaldía había inaugurado en la casa de la cultura. El pueblo estaba de fiesta y la algarabía que se empezaba a escuchar a lo lejos era muestra de que esa noche sus habitantes no pensaban en dormir.

Aferró con fuerza el fuste de níspero de su bastón, se repasó el peinado frente a los vitrales de la puerta del zaguán y después de acomodarse las asas de la cartera en el hombro, salió de su casa. Recostada en el tronco de uno de los mamoncillos que bordeaban el parque de la esquina estaba Clemencia Suárez. Tenía un paraguas en la mano, un mohín en la sonrisa y una niña de unos cinco años que no paraba de jalarle con impaciencia la falda.

—Si creés, Clemencia, ¿qué con esta niña me vas a poder ayudar algo? —le preguntó Angustias sin devolverle la sonrisa.

—No se preocupe, doña, que ella se queda jugando afuera mientras nosotras entramos. —Tiró de la niña con fuerza escondiéndola detrás suyo—. Es que no tuve con quien



dejarla. El papá... ya sabe usted... está en el parque, y bueno, si hay fiesta encima... —La voz se le escuchó apenas, porque le temblaba tanto como ese mechón de pelo que no dejaba de enroscarse con el dedo índice sobre la sien—. De todas maneras no se apure, va a ver cómo ni se da cuenta de que viene conmigo.

—Más te vale, Clemencia, porque pagarte para que no me ayudés... —Y clavándole una mirada dura a la pequeña, trenzó su brazo al de la mujer y empezó en silencio a caminar a su lado.

Antes de que giraran a la izquierda tuvieron que parar un par de veces. Para Angustias era un tormento caminar sobre el empedrado. Solo tenía cuarenta años, pero sus piernas parecían de cien. Habían envejecido desde aquella noche que los del monte decidieron torturarla por negarse a hablar; por vivir cerca de la trocha y ayudar a los del otro bando. Las razones eran todas y ninguna, pero ¿qué más daba ya después de tanto tiempo? Lo cierto era que sus piernas no le respondían a menudo y menos cuando más las necesitaba.

No era una mujer fea. Debajo de esos pantalones y de ese suéter de cuello alto se podía apreciar todavía un cuerpo hermoso: senos grandes y erguidos, nalgas duras, anchas como melones, muslos fuertes. Una belleza que distaba mucho de su carácter y la pobre Clemencia lo sabía muy bien. Ella era la que padecía sus cambios de humor, su genio avinagrado. ¿Pero qué podía hacer?, necesitaba el trabajo. El único que había podido conseguir.

—Ve, Clemencia... esperate un ratico, ¿sí? —le dijo respirando a trompicones después de llevarse la mano al pecho para atajar al corazón—, caminá con más cuidado que vas a acabar conmigo antes de que lo haga este maldito dolor

1990

La feria  
del tucán

La casa de  
los tucanes



1990

de piernas —remató mientras recostaba la espalda en los barrotes de una ventana para descansar. Luego se abanicó la cara con una de sus manos e inspiró fuerte abriendo la boca como un pez en busca de burbujas.

La feria  
del tucán

Clemencia apretó los labios hasta dejarlos sin sangre. Los apretó contra los dientes queriendo detener el temblor sincopado del mentón. Miró a Sandrita que jugaba en la cuneta con dos piedras como si fueran esas muñecas de trapo que ella le había hecho con retazos de cobijas viejas. “¡Qué pesar de mi muchacha, si supiera la suerte tan berraca que le espera en este pueblo!”, pensó al levantar la mirada con tristeza y enterrarla en el callejón que estaban a punto de abandonar. Entonces comprendió que así era su vida, igualita que esa calle llena de fantasmas. Y es que, en ese momento, la cuadra en la que vivía Angustias estaba desierta, las ventanas de los frentes estaban sin luz y el claroscuro de la luna, que apenas se vislumbraba en el cielo, empezaba a apoderarse como un cáncer del blanco hueso de las paredes.

La casa de  
los tucanes

Llevaban caminando treinta minutos. Una exageración, porque en circunstancias normales el trayecto hasta la iglesia duraba un poco más de diez. El ambiente había cambiado de manera considerable desde que tomaron la vía principal hasta la plaza. Los colores fuertes y vistosos con que estaban pintados los frontones hacían juego con las pancartas brillantes, que amarradas a los postes de la luz se entrecruzaban por los andenes flotando en el aire como si fueran cometas. Parecía diciembre y no pleno mes de lluvias como lo era agosto: un mes sombrío que lo anegaba todo y azotaba los cerros con cielos encapotados y fríos. Pero esa tarde el tiempo parecía haberle dado tregua a Puerto Triste. Algunos habían sacado sillas a las aceras formando tertulia con los amigos;



otros, por el contrario, caminaban en romería hacia el parque donde los puestos de comida típica esperaban vaporosos.

—¡Amacita!, ¡amacita! —le gritó Sandrita a Clemencia brincando a su alrededor—, mire, si ¿ve?, los payasos sí vinieron. Ya armaron la tarima cerquita de la iglesia. Los payasos si vinieron, yo se lo dije —seguía gritando en medio de la calle, a dos cuadras de la plaza, sin darse cuenta de que varias camionetas pronto pasarían cerca al lugar donde ella estaba trayendo consigo al dolor y a la muerte como pasajeros.

Clemencia se soltó alarmada del brazo de Angustias. No le importó que la *mujer-piernas-de-mantequilla* se deshiciera sobre la calzada. De un salto empujó a su hija por el hombro tirándola a la otra acera. Unos hilillos de sangre empezaron a salirle a la niña por las rodillas y por la nariz. Y las lágrimas también le salieron, y el susto por los ojos. El mismo que tenía su madre cuando la rodeó con sus brazos y le acarició el pelo mientras veía como los camperos, en contravía, levantaban el polvo.

La música del Combo de las Estrellas desde hacía rato estaba saliendo de los altavoces que se descolgaban como racimos de las copas de los árboles, y que muy gentilmente el padre Gonzalo había cedido para la ocasión. Había niños corriendo de un lado a otro, jugando al “coge que te pillo” o cabalgando sobre sus caballos hechos con palos de escoba. Había mujeres que, abrazadas a sus hombres, vigilaban con una sonrisa a sus hijos y de reojo se dejaban robar un beso. Había abuelos que solo llevaban a cuestras las arrugas, porque esa noche habían dejado sus achaques perdidos entre las sábanas. Y estaban los campesinos. esos que traían las manos negras de trabajar la tierra y el cuero curtido por el calor. Estaban en las

1990

La feria  
del tucán

La casa de  
los tucanes



1990

La feria  
del tucán

La casa de  
los tucanes



cantinas bebiéndose el jornal que seguro hacía nada les habían pagado. Estaban todos y Angustias también, porque justo cuando las campanas de la iglesia empezaron a sonar dando las seis de la tarde, ella pisaba los primeros adoquines del parque principal.

La casa de la cultura estaba en una bocacalle que lindaba con la iglesia. Por su portón de cedro tallado salían y entraban lugareños cargados con paquetes artesanales. Del techo de tejas rojas colgaban materos rebosantes de *no me olvides* con colores variopintos y del balcón de madera, de un púrpura tan intenso como el de los aleros que le hacían sombra, ondeaba la bandera de la alcaldía a plena asta. Angustias y Clemencia ya llevaban dentro quince minutos recorriendo las habitaciones. Buscaban una percha de bambú pintada a mano adecuada a la alzada de los tucanes. Los pobrecitos desde hacía un tiempo se estaban peleando por apostarse en el brazo de un limonero que había en medio del solar. El problema era que el tronco estaba tan estrecho que no iba a aguantar el peso de los dos pájaros y pronto se partiría en dos.

Cuando estaba regateando el precio de la percha que le había gustado, un silbido largo y crespo atravesó el cielo y apuñaló el aire. El olor a óxido reemplazó al de la madera y al del fique de las artesanías. Las miradas de Clemencia y Angustias se amarraron por el susto mientras un hueco les devoraba el estómago. Un segundo más tarde, un ruido hizo temblar la tierra: las baldosas se desplazaron como fichas de dominó, las lámparas empezaron a zarandearse aporreando las vigas y en los toldos no quedó ningún objeto en pie.

—¡Por Dios bendito!, ¿qué fue eso? —atinó a decir el vendedor que todavía sostenía en sus manos el palo de madera.

Con la pregunta, el nudo de ojos se deshizo esperando una respuesta que los obligara a parpadear otra vez y, entonces, unas

risas bajaron corriendo por las escaleras de la casa. Eran risas de niños. Voces de niños que no dejaban de cantar con la misma ilusión que tenía Sandrita cuando brincó alrededor de Clemencia sin percatarse de que la muerte estaba a punto de arrollarla, “el cielo está bonito con sus luces de colores, que bonito luce el cielo, que bonito con sus dibujitos de colores”.

—¡Carajo!, me volvió el alma al cuerpo —dijo el tendero dirigiéndose a Angustias mientras se limpiaba su frente con el dorso de la mano—, eso es que ya empezaron con los juegos artificiales. Este año nos vamos a lucir con las fiestas, ¡se acordará de mí, doñita! —Y envolviendo la percha en hojas de periódico continuó—. Entonces ¿qué?, ¿se va a llevar esta belleza?

—Doña Angustias, venga un ratico afuera para que vea como se ve de bonita la pólvora alumbrando el cielo —le dijo Clemencia con un deje de agitación en la voz mientras estiraba los brazos para recibir el envoltorio.

—Un momentico, que todavía no estoy bien decidida le espetó a Clemencia queriendo tragársela con los ojos. Y señalando con el índice al señor continuó, y no me acose usted, porque si no, ahí sí es que no le compro nada.

—Luego, como si la cosa no fuera con Clemencia, remató—. Si querés anda vos primero que yo todavía tengo que arreglar unas cositas aquí. Pero eso sí, no te alejes mucho, que tampoco quiero que me coja la noche en la calle con semejante alboroto.

—Ay, doñita, gracias —y sin esperar respuesta de su patrona se enfiló por el pasillo hacia la salida—, ya vengo, pues, no me demoro nadita —dijo, frotándose las manos y

1990

La feria  
del tucán

La casa de  
los tucanes



mordiéndose la punta de la lengua mientras la emoción le achispaba el pecho—. Voy a buscar a Sandrita, ¡qué debe estar más contenta...!

Esas fueron las últimas palabras que Angustias le oyó decir antes de que otro cimbronazo sacudiera al pueblo.

—Pero... ¿qué diablos...? —preguntó un hombre asomándose por una de las ventanas que daba a la calle.

Angustias estaba sentada en uno de los bancos de madera que se vendían en el tenderete. Había caminado tanto que ya empezaba a sentir esos calambres que la postraban días enteros en la cama. “Pero... ¿qué diablos...?”, volvió a escuchar. Soltó su monedero que cayó de bruces dentro del bolso y dobló el cuello hasta toparse con los ojos desorbitados del campesino que, lívido, no dejaba de repetir lo mismo.

Tardó unos instantes en entender las palabras atropelladas de los pocos artesanos que quedaban dentro de esas cuatro paredes. Todo era confuso. El vendedor tenía razón, era la primera vez, por lo menos durante los nueve años que ella llevaba viviendo en el pueblo, que el alcalde inauguraba “La feria del Tucán” con un espectáculo de juegos pirotécnicos. Desde hacía tres semanas los pregoneros no daban tregua con sus megáfonos anunciando por las calles la novedosa atracción. Entonces, ¿por qué el rostro desenchajado de esos hombres?

Ella nunca había visto chocarse con las nubes a ningún volador, ni a las papeletas ni a las luces de bengala ni a las ruedas de fuego. Lo cierto era que nunca había visto a ninguno de ellos chocarse contra algo, pero sí había escuchado en la radio, en esos programas vespertinos *espantasoledades* en donde se habla de todo un poquito, que cuando la pólvora se revienta en el cielo, una lluvia de colores



se derrama comiéndose la oscuridad. Y que la gente, movida por el asombro, aplaude, aplaude mucho hasta que le pican las manos. Entonces grita y se ríe y pide que las explosiones no dejen de sonar alegrándoles los oídos y los ojos.

Pero en ese momento la cosa no pintaba nada bueno. O el locutor le había dicho mentiras tantas tardes atrás o en Puerto Triste las fiestas no habían empezado con buen pie.

—No me faltaba sino eso, que esté pasando algo y yo sin poderme mover de aquí —masculló entre dientes amasándose los muslos desde las ingles hasta las rodillas.

Y Clemencia ¿dónde se había metido? ¿Es qué pensaba dejarla sola? Se había tomado muy en serio lo del permiso y eso no se lo iba a consentir. “Qué se habrá creído esa condenada muchacha. Qué ni piense que le voy a pagar. ¡Me va a oír cuando la vea! Ni un peso me va a sacar de ahora en adelante”, resopló cuando intentaba desatornillarse del taburete.

“Están lloviendo tatuco<sup>1</sup> ahí fuera”, “nos van a matar a todos”, “¿por qué, Dios mío?, ¿por qué a nosotros?, ¿qué te hicimos, pues?”. Las explosiones eran muchas y muy seguidas. Cada vez que Angustias escuchaba una detonación las voces se esfumaban y un fogonazo entre blanco y amarillo le encandilaba la vista. ¡Pum! Personas corriendo se empujaban, se perdían debajo del dintel. ¡Pum! Los bombillos de las lámparas dejaron de funcionar, la luz venía solo de la calle, en cámara lenta, con temblores. ¡Pum!, ¡pum!, ¡pum! Unas manchas como amebas rojas sobre un fondo negro se abalanzaron sobre sus pupilas. ¡Pum! Se restregó los ojos con los nudillos, pero solo consiguió que las manchas cambiaran de

La feria  
del tucán

La casa de  
los tucanes



<sup>1</sup> Tatuco. Cohete artesanal que lanza la subversión colombiana desde la montaña pegada a un pueblo.

tamaño. ¡Pum! Una nube de polvo con cortezas de barniz le caía del techo, bañándola. ¡Pum! Carros frenando en seco muy cerca de allí. ¡Pum! Gritos de balazos, súplicas, insultos, más ráfagas, el sonido de cientos de botas machacando las piedras del piso. Las oía *chilguetear*, “¿pero si hoy no ha llovido?”, afirmó Angustias, a la par que intentaba tragarse un tarugo de saliva que se había formado en su garganta.

Le costó mucho levantarse y arrastrar las plantas de los pies. El miedo la atenazaba entera. Sabía que salir de allí era peligroso, ya lo había hecho una vez hacía mucho tiempo y sus piernas lo estaban pagando muy caro, pero quedarse dentro era peor. La incertidumbre y los fantasmas de su pasado podían empujarla hacia la locura, y loca ¿quién podría defenderla entonces?

El brazo le empezó a sangrar cuando llegó a la esquina. Sintió que se le quemaba. Los pellejos de piel se le habían quedado incrustados en el granito de la pared en la que se recostó para avanzar. Un olor ferroso le taponó la nariz. Miró la manga de su camisa para cerciorarse de que ese aroma agrio provenía de su propia sangre, pero no era así, apenas si salían gotas por los pedazos deshilachados de tela, sin embargo, el olor la empalagaba. Le trepaba por las fosas nasales como bejucos.

—¿Usted que hace parada ahí, vieja hijueputa? ¿No oyó la orden de mi comandante?, más bien jálele rapidito pa'l atrio sino quiere que le reviente la cabeza —le gritó un hombre extremadamente flaco al que le quedaba bailando el uniforme militar.

La boca del fusil estaba hirviendo. En el cuello sintió un ardor que la traspasaba, entonces se sobresaltó y la bayoneta le rasgó la piel. Los ojos de piedra del subversivo no dejaban lugar a dudas, o



caminaba o se moría allí mismo. No le fue difícil llegar al atrio, el hombre la llevó arriada a punta de insultos y empujones.

Sus piernas no la quisieron sostener más, la dejaron caer con brusquedad sobre el primer escalón. Cuando quiso darse cuenta, se vio rodeada por un grupo nutrido de mujeres que parecían mudas. Todas miraban al frente queriendo llorar, pero no podían. No debían. Esa era la orden. Apenas si se oía un murmullo quedo de voces rotas, “padre nuestro que estás en los...” y vuelta a empezar, porque cuando llegaban a la parte en la que Dios desde el cielo tenía que hacer su voluntad, la memoria les flaqueaba y les trababa la lengua.

A Angustias le empezó a faltar el aire cuando una tromba de agua se les vino encima. La suciedad de los zapatos calzados por esas piernas hacinadas se había convertido en el lodo que bajaba por los canalillos de la acera. Ese era el barro que le taponaba las fosas. Y también el olor a orines y a sudor. Las mujeres habían vomitado el miedo por todos sus orificios sin gritar. Esa era la orden “la que abra la boca, se muere” y ellas eran obedientes. Ya estaban curtidas de tanto obedecer en la vida, al fin y al cabo, los de las botas de caucho, creían ellas, no dejaban de ser hombres.

Se arrastró por entre ese manglar de tobillos hasta alcanzar el poste del único teléfono público que había en el parque. Cuando logró ponerse de pie, levantó la mirada y la clavó en la tarima en la que solo había campesinos amontonados, que, a diferencia de las mujeres, se encontraban de rodillas con la cara rosando el piso. Varios uniformados tenían acordonada la plazoleta. De vez en cuando, una descarga de fusil o el estruendo de una granada de fragmentación atravesaba el silencio acerado que se había apoderado del pueblo y era entonces cuando aparecía, tras la

1990

La feria  
del tucán

La casa de  
los tucanes



1990

cortina de lluvia, un subversivo arriando, como si fueran reses, a los pocos osados que habían intentado ocultarse.

El terror se le metió a Angustias por los ojos. Le estranguló el alma hasta dejarla sin respiración, igualito que al resto de las mujeres. Ya podía decirse que era una de ellas. Por fin era una de ellas a pesar suyo. Ya hacía parte de las muñecas de trapo de Puerto Triste. Lo que no podía imaginarse era que aquella escena dantesca que estaba presenciando podría empeorar. No se lo imaginó hasta que escuchó esa voz grave, pero pausada, que les hablaba desde todas partes, porque el eco la hacía rebotar contra los muros. Tardó unos minutos en ubicar su procedencia y entonces lo vio. Era ese guerrillero bajito, de piel morena, al que le seguía quedando grande el relicario del niño Jesús en el pecho. Y mientras él enumeraba, a punta de culetazos en la nuca, a los pobres desgraciados condenados a muerte, el recuerdo de Angustias viajó once años atrás hasta la madrugada en que, por última vez, había visto al Emiliano y a la niña.

La feria  
del tucán

La casa de  
los tucanes



# La danza de la gallina

Mezcla de un mundo  
de la cultura y la  
cultura. Sobre el  
arte de la danza  
de la casa de los  
tucanes. La danza  
de la gallina y la  
cultura de la casa  
de los tucanes.

Jorge Luis Borges, Caminito



{ 105 }

La casa de  
los tucanes

La danza  
de la gallina

2005

*Más vil un lupanar  
la carnicería infama la calle.  
Sobre el dintel  
una ciega cabeza de vaca  
preside el aquelarre  
de carne charra y mármoles finales  
con la remota majestad de un ídolo.*

Jorge Luis Borges, *Carnicería*

**2005** La gallina revoloteaba nerviosa de un extremo a otro del solar. Con las patas amarillas intentaba tomar vuelo, pero lo único que lograba coger altura era su cacareo agudo. En cada intentona, su cuerpo rechoncho se derramaba sobre los dedos deformes y un reguero de plumas cafés se iba entrelazando con la yerba. A veces caminaba hasta el chiquero, retorció el cuello hacia los lados y cuando estaba segura de que no había nadie que la molestara, empezaba a engullir trozos de maíz taladrando el cemento con el pico.

Carmen removió las ollas en la despensa. Sartenes y platos viejos estaban amontonados unos encima de otros. Por eso le costó coger el cazo que andaba buscando. El olor a madera enmohecida le atenazaba la nariz. Necesitaba respirar aire limpio. Sin recoger los trastes, se levantó como pudo, alzó la olla que le llegaba hasta las rodillas y empezó a caminar. Uno, dos, tres pasos. Al dar el cuarto, el peso del aluminio la venció. Un bombardeo de comida cayó sobre su cabeza y la lanzó contra las baldas. Las gafas rodaron hasta anclarse en la barbilla. Tardó unos segundos en recuperarse. Con su palma abierta se acomodó los lentes. Entonces fue cuando la escuchó.



Arrastró la olla hasta la poceta y la comenzó a llenar de agua, después se detuvo ante la reja del solar y sin apenas cerrar los párpados miró al avechucho. Era la primera vez que la gallina se levantaba para caminar, por eso la extrañeza de la mujer, por eso ni siquiera se movió cuando el agua empezó a inundar sus zapatos. Si hubiera sabido leer la mente de los animales se habría dado cuenta que el pájaro estaba presintiendo la muerte. Pero Carmen no sabía de augurios. La vida le había dado tantos palos, que, aunque ella no lo echara de ver, se había vuelto inmune a la tragedia. De pronto, los ojos viscosos de la gallina se chocaron de lleno con los suyos. Las plumas se volvieron alfileres y un cacareo hueco anudó sus barbillones. Cuando vio al animal frotar sus alas contra el vacío, desesperado, solo atinó a pensar que la maldita gallina estaba cansada de empollar el único huevo que había puesto en las dos semanas que llevaban viviendo juntas.

Carmen arrastró la olla hasta la pira que había construido en medio de la terraza cuando el ave se perdió por entre los guayabos y los limoneros mandarinos. Con la tapa abanicó la candela mientras cruzaba tacos de madera por el entramado. Las llamas empezaron a escalar tan rápido por el puchero que empezó a sudar. El calor se le adhirió a la piel como si fuera resina. Sabía que tendría poco tiempo para prepararlo todo, porque el agua no tardaría en hervir y porque, además, a Angustias no le faltaba mucho para levantarse y exigir el desayuno. Segurito tendría hambre después de gastarse todas sus fuerzas en el cementerio el día anterior. Una sensación de asco le congestionó las mejillas y se mezcló con la desazón que le producía cocinar para el almuerzo. Para las doce no estaría listo si no empezaba pronto. Angustias podría tener un ataque de furia al no encontrar el sancocho encima de la mesa a esa hora, y aunque



Carmen no existía para la vieja, en medio de su locura le podría causar daño.

A paso ligero se dirigió hasta el poyo. Necesitaba quitarse el hollín de las manos y espolvorearlas con harina. Había que empanárselas bien para que el pescuezo del animal no patinara en la palma. Había que apretar con fuerza las ancas contra el estómago porque si no el cogote no se partiría a la primera y, entonces, la carne se avinagraría igualito que cuando no se le quitaba la hiel al hígado. Eso era lo que le decía el abuelo a Sandrita y eso era lo que Carmen iba a hacer, porque según la muchacha lo que su abuelo decía siempre iba a misa. Si dejaba que el agua hirviera mucho rato, las plumas en vez de aflojarse se apelotonarían echando a perder el sabor de las presas. Eso Sandrita también se lo había dicho, porque recordaba que su abuelo con el primer hervor escaldaba a los pollos. Cinco minutos y a desplumar. Era un trabajo de precisión, por eso Carmen estaba tan nerviosa. Cuando abrió la reja del solar, en una de sus manos el candado empezó a bailotear. Se pasó el brazo por debajo de la nariz para enjuagarse el sudor que le perlaba el labio. Buscó con la mirada a la gallina, pero no la vio. Quizá había regresado a la caja de mangos que le servía de nido. ¡Ojalá!, porque cuando la gallina se apoltronaba en ella para empollar parecía de cera, entonces sería más fácil atraparla.

Ya iba a empezar a subir la rampa que daba al chiquero cuando un alboroto la paralizó. Los dos tucanes canoa habían saltado de la copa del guayabo desgajando algunas ramas por la fuerza de su vuelo. A Carmen apenas le dio tiempo de agacharse. Con un aleteo rápido empezaron a hacer piruetas encima de la cabeza de la mujer. Iban y venían atravesando el retazo de cielo con un canto fuerte y melancólico. “Teo te-de, teo te-de, te-de”. De pronto, se posaron

2005

La danza  
de la gallina

La casa de  
los tucanes



en una de las listas horizontales de la verja, retorcieron sus cabezas a un lado y al otro como si fueran de goma y acompañaron con un grito largo y sostenido la mirada, que también sonaba a súplica.

Carmen se puso la palma en la frente a modo de visera, porque el sol en esa dirección le daba de cara. “Pero ¿por qué? Pero ¿por qué?, ¿por qué?”, eso era lo que les estaba entendiendo a los pájaros y eso era lo que ella empezó a pensar después de ver a Angustias, más allá de la puerta de la cocina, saliendo y entrando de su cuarto. Estaba a medio vestir apilando en el suelo montones de objetos. Los tucanes enmudecieron un segundo como si quisieran que Carmen escuchara a la vieja, “¡Oh, Dios mío!, ¿por qué no lo encuentro?”. Entonces, la muchacha resignada comprendió que la gallina tendría que esperar.

\*\*\*\*



Estaba descalza. Llevaba la batola abierta hasta la cintura y uno de los senos se regaba rotundo por encima del brasier. Desde hacía rato sus piernas habían decidido no funcionarle más. Se había deshecho del bastón nada más salir de su cuarto para poder sacar las cosas de allí y arrumarlas por todas partes, le estorbaba para mantener el equilibrio. Pero con lo que no contaba era que, a diferencia de ella, sus piernas sí tenían memoria. Primero fue un hormigueo en la planta de los pies. “¡Dios, como pesan estas revistas!, si es que se lo tengo dicho al Emiliano: no me comprés más vainas de estas, mijo, que siempre es la misma cantinela, muertos y muertos y muertos”. Después, sintió que las rodillas se le quemaban desde las corvas, que le pesaban y la quemaban como si bolsas de vidrio derretido rebotaran contra los tendones. “¿Y estas revistas

que hacen aquí?, ahora donde voy a poner los paños, los cojines, las sábanas...”. Entre tartamudeos leyó las letras grabadas sobre el liencillo: E&A, “y estas... ¿cómo es que se llaman? Lo tengo en la punta de la lengua. En fin, ¿qué diablos hacen estas... bordadas en mis sábanas?”. Y de pronto llegó la rigidez. Las piernas se volvieron troncos secos y ya no pudo moverlas. Se apoyó en un cesto de mimbre que yacía volcado a dos palmos de la mesa del comedor y se dejó caer sobre las prendas sucias. Ya no se acordó de las revistas, de las sábanas, de los cojines. Empezó a saquear la ropa que saltaba por encima de su cabeza. Cogió las faldas. Las desabotonó y les dio la vuelta a los bolsillos. Encontró zurullos de pañuelos de papel, viruta de lápiz y granos de maní, pero nada. Cuando terminaba de revisar cada vestido lo lanzaba contra el suelo y vuelta a empezar.

Resopló hondo mientras se hurgaba los dientes con la uña de su dedo índice. El aire avinagrado que salió por la boca levantó los mechones de pelo que caían sobre sus ojos. Metió la mano en el *reblujo* que la rodeaba y sacó lo que creyó era un gorro de baño. Estiró la goma y se lo puso dejando la frente limpia. Con la mirada recorrió la estancia considerando en qué lugar debía continuar la búsqueda. Junto al marco de la puerta vio un baúl deslustrado, sin tapa. Sin pensarlo dos veces se arrastró hasta él. Cuando llegó, el sudor le empapaba la espalda y las axilas. Apoyó su costado en las tablas y avanzó la nuca hacia el interior del cajón carcomido. El olor a naftalina la empujó hacia atrás. Aturdida se llevó la mano a la cabeza. Palpó el gorro. Era suave, “qué raro”, pensó. Más raro aún le parecieron los dos agujeros enormes que tenía la tela a la altura de sus orejas, pero de eso se preocuparía después, si se acordaba. Empezó a enroscarse jirones de pelo en su dedo hasta arrancárselos. Era lo que siempre hacía cuando se sentía perpleja y al parecer le





sucedía muy a menudo, porque en su cabeza los pelones empezaban a arreciar.

Lo intentó de nuevo. Esta vez empezó a sacar todo lo que había en el baúl. Las baldosas no tardaron en llenarse con camisas almidonadas de hombre ya amarillentas. Con juego de llaves, recortes de periódicos, cuadernos viejos, fotografías, resmas de papel escrito. Si no lo encontraba sentía que iba a morir, pero ¿qué estaba buscando? No importaba, ya se acordaría cuando lo viera. Se acercó a la cara un carriel de cuero. Apretándolo fuerte con las dos manos le hundió la nariz para que el olor le hablara. Como si fuera la primera vez que le echara un vistazo se quedó mirándolo absorta. “*Emiliano tiene uno de estos, ¿verdad?*”. Y cuando lo iba a abrir, ella empezó a volar. El carriel se escurrió por sus muslos y de los bolsillos secretos rodó un camafeo con marco de plata que Angustias no vio. Sentía una presión en sus brazos y sus pies parecían avanzar con pesadez por el batiburrillo de objetos. “¡Todas estas cosas se mueven solas!”, musitó incrédula. Esperaría a que su cuerpo se detuviera para volver a buscar. Sintió cómo su mano empuñaba el bastón, cómo sus piernas la llevaban hasta la silla en la que solía sentarse para comer. Sintió, antes de alcanzarla, un quejido que le nubló el pensamiento, giró la cabeza y vio a los dos tucanes apostados en la reja del solar. “¡Pobrecitos míos!, eso es que tienen hambre”. Minutos después, encaramada en uno de los tabiques del chiquero, escogía cuidadosamente de un balde vacío que estaba a sus pies frutos imaginarios que les ofrecía a los pájaros. Para entonces ya no recordaba que antes estaba buscando algo.

\*\*\*\*

Carmen no tuvo tiempo de lavarse las manos. Atravesó la puerta del solar a paso ligero y se precipitó hacia el pasillo. Como pudo, sorteó las tumbas de los objetos olvidados y con las manos agrietadas empezó a levantar a Angustias por las axilas. Las rodillas no la aguantaron, así que se sentó en el borde del baúl que yacía abierto al lado de la mujer y con esfuerzo trabó los tobillos por detrás de sus patas de hierro. Era como estar sentada sobre el filo de un hacha. Por un momento dudó en soltar a la vieja, y es que no se veía capaz de liberarla de esa cárcel de trebejos moviendo ambos cuerpos a la vez.

Carmen era mucho más joven que Angustias, pero las carnes se le habían consumido tanto que la fuerza de sus huesos se estaba evaporando como el agua caliente. Sin embargo, enterró bien hondo sus dientes en el mentón, retuvo el aire en sus pulmones y cerró los ojos hasta que las arrugas de sus párpados se los tragaron. “¡Uno!”, empezó a contar. Colocó las plantas de los pies en el piso sobre la ropa amontonada. “¡Dos!”, dejó que las axilas de Angustias se deslizaran hasta los pliegues de sus codos y amarró los dedos huesudos alrededor de los cucos que la anciana tenía puestos en la cabeza. “¡Tres!”, muy despacio se levantó.

Después de que la sangre volvió a sus mejillas, empezó a escudriñar el comedor de hito en hito. El bastón no podía estar muy lejos y sin él, sería imposible sacar a Angustias de allí. Tardó en encontrarlo, no porque estuviera lejos, sino porque estaba tumbado en el suelo con el mango recostado en el zócalo. Unos recortes de periódico y unas fotografías cuarteadas, llenas de lamparones, lo habían escondido. Estaba a punto de atraerlo hacia ella con la puntera de su zapato, cuando un mordisco en el gemelo impidió que su mano lo atrapara con éxito. La reata de un carril





curtido le había fustigado la piel. Al tensar la pierna para mitigar el dolor, el bastón quedó bailando en los pliegues del delantal. Por inercia, Angustias lo cogió y con él empezó a golpear de manera impaciente las baldosas.

Junto al bolso, Carmen vio un camafeo ovalado enmarcado en un cordón grueso que parecía de plata. Estaba enredado en una cadena ennegrecida tal vez por los años. A través de los nudos del fino cordel se dejaba ver una fotografía que le llamó poderosamente la atención. ¿Dónde la había visto antes?, le era familiar esa cara, pero el ardor en la piel y el esfuerzo que estaba haciendo por no caerse al suelo con la doña, no la dejaban pensar por el momento.

Cuando Angustias dejó de moverse como un péndulo al empuñar el bastón contra el piso, Carmen empezó a guiarla en dirección a la mesa del comedor. Ya era la hora del desayuno, la temida hora del desayuno, porque la vieja era insaciable con la comida. Repetía las veces que hiciera falta mientras tuviera un plato lleno delante de sus ojos. Un plato, dos platos, tres... “Es que no me van a dar de comer hoy, ¡carajo!”, cuatro, cinco, hasta que la mesa se llenaba de trastes sucios repletos de migas y su cerebro de una bruma espesa que le ganaba el pulso al estómago, entonces ahí era cuando la comida se hacía invisible. Pero a Carmen eso no le importó en ese instante, había males mayores que resolver. Y mientras hundía sus manos en el antebrazo de Angustias, pensó que la parva le serviría de entretenimiento mientras ella lograba arreglar aquel caos que la mujer había dejado tras de sí, después ya se las arreglaría como pudiera para quitarle la comida de la boca.

Estaban a medio camino cuando el codo de Angustias se clavó en las costillas que se transparentaban por la tela de la camiseta de la muchacha. Carmen paró en seco dando un traspié que casi la

manda al suelo. Al recobrar la compostura y acomodarse con las yemas de los dedos las gafas en el puente de la nariz, vio cómo el bastón se elevaba en dirección al solar. Angustias se había parado para hablarle a los tucanes que aún no habían detenido su canto. Era inútil sentarla a la mesa, la señora ya había decidido a donde ir.

Lo primero que hizo Carmen después de dejarla en el solar alimentando a los pájaros, fue acercarse al baúl para recoger el camafeo. No estaba abierto como lo había visto antes, lo más seguro era que con sus pisadas lo hubieran cerrado. Lentamente se agachó, sintió un cansancio en los riñones que la alejaron lustros de sus 35 años. Se sintió tan vieja como la mujer que cuidaba y más vieja que su madre a la que nunca conoció joven. Por un momento dejó de ser Carmen y se convirtió en Trinidad, siempre con el pelo cano, siempre arrugada, siempre achacosa. Por eso se arrodilló descargando el coxis sobre sus talones. Necesitaba descansar. Ya no tenía glúteos con que protegerlo. Por eso cuando escuchó el crujido de un cristal al romperse, supo que durante un buen rato levantarse le sería imposible. El dolor en la cintura la amarró al suelo, la electrizó entera, ya no le quedaba sino esperar y lo hizo, escudriñando el contenido del baúl.

Tomó el camafeo con la mano izquierda. Era tan pequeño que al cerrarla no se hizo daño en la palma. El broche de la tapa se había engarzado en los nudos de la cadena, así que empezó a jugar con ella en el telar de dedos para poder abrirlo. Al mismo tiempo, comenzó a hacer montoncitos con los papeles desperdigados. Por alguna parte tendría que empezar a organizar. Iba a meter esas columnas de recortes de prensa y revistas en el baúl. Era la primera vez, en el tiempo que llevaba trabajando en esa casa, que Carmen podía acceder a los secretos que escondía el cuarto que comunicaba





la sala con la habitación de la dueña. El baúl siempre había estado bajo llave, jamás lo había visto como no había visto nada de lo que se encontraba en ese lugar. A lo mejor esa era la oportunidad de conocer a Angustias realmente.

Cuando las marcas de polvo fueron dejando ojeras en el piso, una corriente de aire azotó la puerta de la cocina. El susto se le atropelló a Carmen en el cuerpo y con rostro apurado dejó caer la quinta torre que estaba a punto de coronar. Los ramalazos que desde hacía rato estaban asaltando su cintura no la habían dejado concentrarse en el contenido de los papeles, pero todo cambió en un momento. De una de las revistas salió volando un fajo de recortes de periódicos atado con una cinta negra parecida a la que se colocaban en el antebrazo los hombres de pueblo en señal de luto. Los pedazos eran desiguales, pero tenían una misma fecha: 4 de agosto de 1990. Y hubieran pasado inadvertidos si no fuera porque en todos había una misma imagen: un campero verde militar carpado parqueado junto al atrio de la iglesia. Del volco, un hombre vestido con pantalón camuflado daba un salto a la calle. En la cabeza llevaba una cachucha con las mismas vetas que tenía la tela del pantalón y de un poncho blanco, que le cubría el tronco, se veía la punta de un fusil apuntando al cielo. Era imposible distinguir su rostro, pero eso no fue lo que más le impresionó a Carmen, en realidad lo que le causó desconcierto fue la imagen de otro hombre, en segundo plano, que dentro del volco, en cuclillas, asomaba la cabeza por fuera de la carpa negra.

Vestía de manera idéntica al primero, salvo por un sombrero de ala enorme que cubría su frente. En los cinco recortes alguien había pintado con marcador rojo un círculo grueso alrededor de la cara que, a diferencia del que estaba saltando, miraba fijamente a la

cámara como si quisiera que alguien lo reconociera. En la boca del fusil se apoyaba su barbilla y sobre esta descansaban las puntas de un bigote a parches que delineaban unos labios grandes y carnosos.

Durante unos segundos, Carmen sintió que su cuerpo se quedaba vacío, que ya no estaba en él sino dentro del retrato. Un espejo. Los pómulos prominentes del hombre, sus cejas oscuras y pobladas, su nariz ancha, su piel oscura pero curtida, su hoyuelo en la mejilla que la cicatrizaba entera, hasta las gafas redondeadas, todo, empezó a ser suyo. Pero ¿por qué se sentía así? ¿Qué tenía ese hombre que la intrigaba tanto? ¿Por qué esos artículos de prensa estaban escondidos? ¿Tendrían algo que ver con el camafeo que se resistía a abrir? ¿Tenía que ver con la enfermedad de la señora Angustias, quizá? Repasó cada una de las páginas de periódico buscando respuestas: “Decenas de muertos dejó ayer ataque de la subversión en Puerto Triste”, “Ataque presuntamente subversivo a pueblo del suroriente deja alrededor de un centenar de víctimas: 78 muertos y 32 heridos”, “La historia se repite, los civiles ponen los muertos en una guerra que no es la suya”, “El dolor por la masacre de Puerto Triste no encuentra alivio”, “La cámara de un sobreviviente capta la imagen de los responsables de la masacre: Denuncie para hacer justicia”. Entonces recordó los nombres que estaban tallados en el mesón de la cacharrería de don Augusto y un escalofrío le atravesó la columna hasta los pies.

Recogió los recortes con la mano libre y cuando se los estaba metiendo en el bolsillo del delantal, el broche del camafeo cedió por fin a la par que el dolor de su cintura. Muy despacio se levantó del suelo aferrando la joya entre sus manos como si fuera de porcelana. No quería que se trabara otra vez, así que cerró el baúl y se sentó sobre él para observarla con tranquilidad. Todavía sus



huesos estaban entumidos y temblorosos, si se ponía a caminar era muy probable que el camafeo se le cayera perdiéndose entre el desbarajuste del pasillo. En esas estaba cuando unos chillidos de dolor se escucharon por toda la casa. “¡Dios mío, la señora Angustias!”, pensó nerviosa. Se había entretenido mucho rato en un asunto que no tenía nada que ver con ella y, entonces, la culpa empezó a metérsele por dentro. Ya iba a levantarse cuando vio que por la puerta de la cocina la gallina salía trastabillando. A su paso se llevaba revuelos de papel y camisas almidonadas. De un salto, Carmen se levantó. Un grito quiso salirle por la boca, pero se quedó atragantado en la garganta. El animal avanzaba borracho, sin cabeza, derramando las vísceras por el cuello. Caminó hasta caer exhausto a unos centímetros de sus pies. Ella se quedó mirando el cuerpo inerte del ave y después levantó la mirada hacia la cocina. Entonces la vio. Angustias estaba bajo el marco de la puerta. De su seno, un reguero de sangre caía al suelo, y de su batola abierta hasta la cintura y del cuchillo cebollero que pendía de una de sus manos. Miraba al frente y se reía, pero sus pupilas estaban muertas como las de esa cabeza que sostenía entre sus dedos. Ahora la señora tenía dos cabezas, pero ninguna le servía.

Carmen tragó la poca saliva que le humedecía la lengua. Sin pensarlo se encaminó hacia la anciana para ayudarle, pero no se dio cuenta de que el camafeo se le había caído de la mano y yacía abierto, de par en par, junto al carriel. La mujer de sus pesadillas estaba extendiendo los brazos como si esperara a alguien.



# De regreso a la Pachamama

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes

(...) ענב חס כאלל כל כתונסר סוקוקע כל גלפזחיס  
כסמזכס קפחזח למ חזמלמל ענב סקדדחזכ,  
חס גמכזח לס כתונסזכ כל קמכזחמלמ  
חס כמללמזחז גמזחל כל קדדחזכ מל כדחזחז.  
ענב זכ לטמזחזכזכ נסלמ למ למחלכזחז  
נמזחלס כל כתונסר זכ קלמזכ כסח זע קדדחזכ,  
ענב חזל ענונמזחזמל לזמזחזכזכ כח למ חסכזכ  
U חמ זחזחזכזכמל כמזכזכמל מל זחזחזכזכ"ס



(...) *Que no calle el cantor porque el silencio  
cobarde apaña la maldad que oprime,  
no saben los cantores de agachadas  
no callarán jamás de frente al crimen.  
Que se levanten todas las banderas  
Cuando el cantor se plante con su grito,  
Que mil guitarras desangren en la noche  
Una inmortal canción al infinito”.*

Mercedes Sosa, *Que no calle el cantor*

**1990** Un canto lastimero sacudió las hojas de los árboles y se elevó. “Teo te-de, teo te-de, te-de”. Entonces, buscando un cobijo donde guarecerte, porque las balas cruzadas te mordían los talones, levantaste la mirada por encima de las cabezas-racimo que se desgajaban por el adoquinado. No fuiste una de las que pensó el miedo de los otros contra las puertas de las casas. Esas que se entreabrieron apenas, para tragarse de una dentellada a los que lograron colarse antes de que se escuchara el portazo sordo. Sin Sandrita no ibas a buscar escondedero. Primero la tenías que encontrar, después de eso verías como hacerte invisible y como hacerla invisible a ella, sobretodo. La danza de las copas te detuvo. No podías dejar de mirarlas, ¿te acuerdas? Era como si estuvieran llorando desde dentro. “Mal agüero”, pensaste. “Teo te-de, teo te-de, te-de”, era un dolor intenso, un dolor que había empezado a mezclarse con el último aliento de los puertotristences.



\*\*\*\*

*Lleva muchas noches soñando con los juegos pirotécnicos. Ignacio Torres le había dicho, no hacía mucho, mientras intentaban cazar*



lagartijas en el recreo para quitarles la cola, que segurito los vestidos de los payasos harían juego con esas medusas de colores que siempre se derramaban por las nubes después de cada explosión. Eso se lo había oído decir el muchacho a su papá, y este se lo había oído decir a los de la radio, “que son gente de mundo, no como nosotros”, había sentenciado el viejo. Y más tarde estaba su hijo Ignacio sentado ante Sandrita que lo miraba con ese asombro ciego de sus cinco años, imaginando un calidoscopio en el cielo mientras su amigo, con sus palabras, le mostraba un universo de colores igual a las figuritas de tonos variopintos que de manera simétrica formaban su cobija de retazos.

La niña se levanta muy temprano de la cama sin esperar a que Clemencia la zarandee como de costumbre. Su cabello desordenado le tapa los ojos. Por eso nadie puede ver que todavía tiene pegado a los parpados esas medusas chispeadas que Ignacio, de segurito, también vio mientras dormía. Cuando sale del baño lleva puesto un vestido que hace juego con ese sol anaranjado y relampagueante que se está desperezando detrás de las montañas. No viste el uniforme almidonado que en el colegio Los Cipreses la obligan a llevar. Uniforme-fantasma. Uniforme de preso. De un preso que ya es fantasma. Un fantasma sin cabeza, sin brazos, sin piernas.

Muda y sola, como ese muñeco de trapo que cuelga de un gancho en la pared, toma la decisión de no ir a estudiar, ya le explicará a la seño Caro por qué “no fue” cuando le pregunte. ¿Perderse a los payasos?, ni boba que fuera. Reírse hasta que le pique la barriga con esos señores de nariz roja y zapatos gigantes. Eso es lo que hará y para eso, hay que prepararse como le dijo Ignacio.

—Pero, hija, ¿por qué está vestida así? — le dice Clemencia con vos ronca cuando la niña entra a la cocina. Continúa mientras se limpia las manos en el delantal—, más bien camine y se cambia a ver si logramos llegar antes de que toquen la campana.

Pero Sandrita de un salto se sienta en un taburete medio destartalado que está junto a la nevera destartalada también. Se hunde en el cojín mullido mientras mueve su nalga, como una licuadora, buscando acomodo. Luego pone sus brazos en jarra y clava los ojos negros en los ojos negros de su madre. Ojos redondos. Ojos desvalidos. Ojos de caucho, porque el caucho es un árbol que llora. Y tongoneando la cintura le dice que ella prefiere mil veces que la señorita Caro la regañe parándola de espaldas contra la pared durante un tiempo largo. Que no la deje salir al recreo para hacer montañitas y castillos con la arena de esa piscina “llenita de arena” que hay en la arboleda. Que ella prefiere eso, “mil veces, amacita”, a perderse la función de los gigantes fabricarisas con nariz de manzana.

—Amacita ¿a qué hora se va pa’la casa de misia cocodrilo?

—La pregunta se ahoga por un golpe de viento que entra por la ventana azotando los aleros—. ¿Me lleva?, ¿sí?, pero la espero sentadita en el murito de la entrada porque la doña me da miedo, y después nos vamos a ver a los payasitos. —Aplaude como si estuviera amasando arepas en el aire.

Clemencia no contesta. Se resigna. Igual solo quiere ver a su hija feliz, aunque sea por un día, porque ella es una niña triste. Una niña huérfana de un taita que sigue vivo. Él, desde hace mucho, no la echa de ver. No la quiere. No la ha querido nunca. Cuando nació llegó borracho apenas Clemencia hubo parido. Destapó el envoltorio que estaba empollándose debajo de la axila de la mujer con un aleteo acompasado, y su rostro se desfiguró de rabia. “¿dónde está su pipí, carajo? Ni pa eso servís, vida hijueputa”.

\*\*\*\*

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes



## Un mes cualquiera de 1969 en algún lugar de Medellín

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes



¡Cuando se va de culo no hay barranca que a uno lo ataje! Eso es lo que dice la mamá cada vez que le salen las cosas patas arriba. ¿Y no ve, primo? fue hasta que quebramos esa porcelana. Sí, sí, la de pajaritos azules, la que ella cuida tanto. ¡No diga que no, mijo!, que usted no fue capaz de agarrar la pelota cuando se la lancé pasito. ¡Porque fue pasito, primo!, no venga ahora con el cuento de que fue tanta la fuerza con que se la tiré que por eso el balón se chocó contra sus dedos como una piedra y que por eso rebotó tan alto que cayó sobre los pobres animales. Venga más bien y me ayuda a pensar, primo. Usted siempre ha sido más avispa que yo. Dije avispa. ¡Lávese los oídos!, *a-vis-pa-o*, no más inteligente. No crea que le estoy diciendo inteligente y me quedo tan ancho. Más avispa sí, porque usted se las sabe todas, y si no, acuérdesse cuantas pelotas ha toriado de la tía. ¿Se acuerda cuando le dio dizque por saber si la cabeza del primo Sebas era igual de dura que los cocos de las palmas de la finca? “No te preocupés, Lázaro. Vos le tenés la cabeza con las dos manos y apretás bien fuerte pa’ que no se mueva mucho, no vaya ser que el clavo se tuerza y le chusemos el ojo”, eso me decía usted bajito. Y sí, primo, pa que, pero la cabecita del Sebas resultó bien dura. Y quien creyera, de lo avispa que usted era se salvó del regaño esa vez, porque caramelió al Sebas con ese mantecado de las tres leches que tanto le gustaba y por eso el hombre no lo aventó con la tía. ¡Claro!, ¿dígame si no?, un mes a punto de mantecados gratis, ¡ni que fuera bobo el Sebas de no aceptar ese trato! Eso sí, al pobre lo castigaron una semana sin salir a la calle dizque pa que aprendiera a no treparse como un mico a los árboles. “Vos, culicagao, no tenés siete vidas como un gato. O es que te querés partir la crisma un día de estos y poner a los papás en vueltas”. Y

chupó el pobre primo, mientras usted seguía como si nada, entonces él se paraba en el balcón a mirar como todos jugábamos pelotica envenenada mientras se le iba derritiendo la paleta entre los dedos.

Usted es muy vivo, primo, pa que hablamos pendejadas, y por eso ahora necesitamos hacer algo antes de que venga la mamá. ¿Que qué, primo?, ¿que usted ya está grande y que eso pasó hace mucho? ¿Eso es lo que me está diciendo?, ¿¡ah!?, ¿lo estoy escuchando bien? No joda, Jacinto, no va a escurrir el bulto tan fácil. Mi mamá me mata si encuentra a los benditos pajaritos decapitados y yo lo mato a usted después, por torcido y por sapo. Y no es que me importen esos hijueputas pájaros, la verdad, pero con la mamá hay que andarse con cuidadito, usted sabe, y si no, mire esta cicatriz tan verraca. Todavía me acuerdo de la parrilla de las arepas pegada a la mano, de mis gritos atravesando las paredes y de sus ojos fríos atravesándome a mí y diciéndome mudos que no lo volviera hacer y yo sin acordarme qué hice mal, porque el dolor no me dejaba pensar siquiera. Me mordía, me mordía mucho.

Por eso es que le estoy diciendo que agarre las cabezas y los cuerpos, porque nos vamos pa'l solar. ¿No me oyó, primo?, sí, pa'l solar. Y los enterramos en la fosa. No me abra esos ojos, primo, como si usted no quebrara ni un plato. No crea que el único avispaio de la familia es usted. La tumba está debajo del árbol de mangos. Me demoré mucho cavándola, pero me quedó tan bien hecha, que el que pase por ahí solo verá un tapete bien planito de tierra. Hasta ahorita nadie se ha dado cuenta y eso que ya lleva días. La hice el día en que cumplí los quince.

Ese fue mi regalo, el único. Y me lo hice yo. ¿Sabe por qué nadie se ha dado cuenta?, porque el Plumas nunca olió mal. La mamá cree que se escapó. Es que era un gato muy andariego el condenao, ¿sabe? Él siempre se escapaba, pero volvía culicontento al otro día,

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes



y yo no podía con eso, primo. Se pavoneaba delante de mí como diciéndome que él si podía salir y hacer lo que le diera la gana, porque era el preferido de la mamá. ¡Pobre Plumas!, no crea que no me dio pesar, pero él no se dio cuenta cuando le abrí la barriga para que no explotara debajo de la tierra mojada, porque él era capaz de explotar solo para hacerme dar una pela de padre y señor mío. Por eso lo marié primero y después escuché un *miau idoquedado* mientras lo rajaba entero, ¡pobre Plumas, sí!, ¡pobrecito!, por lo menos ya va a tener compañía. Apúrese más bien.

\*\*\*\*

**1990** Cuando hace un rato te tiraron bocabajo no sabías cuanto tiempo había pasado desde que saliste de la casa de la cultura. Recuerdo que cuando le preguntaste a la doña si quería acompañarte un momentico al parque para ver el cielo alumbrado por la pólvora que creíste ya empezaba a chocar contra las nubes, por dentro rezabas para que te dijera que no. No querías empañarle la felicidad a Sandrita llevando con vos al cocodrilo. Pero no te dio tiempo de nada. Apenas pisaste la calle un ventarrón de cuerpos corriendo en todas las direcciones te sacudió. Al principio solo oías gritos. “No nos maten”. *Pum*. “¿De dónde salieron estos tipos, Dios?”. *Pum*. “¡Mi hijo!, ¿dónde está mi hijo?, ¡Hilariooooo!”. *Pum*. “¡pa’l parque, guerrilleros hijueputas!”. *Pum*. “¡Esa casa está abierta, déjenos entrar, por favor!”. *Pum*. “¡Nos están cazando como a cucarachas!”. *Pum...*

A mí nunca me gustó esa ropa que te pusiste esa mañana. Yo te dije cuando te estabas vistiendo que te iba a dar frío, que parecías una puta, una de esas fulanas que se sientan en el quicio de la cantina del pueblo esperando a que sus favores se chupen el jornal de los hombres. ¿Y vos que dijiste mientras te mirabas al espejo?, nada.



Solo te acomodaste sobre los hombros los tirantes torcidos. Soplaste con fuerza, en señal de que me callara y te dejara de atormentar las entendederas, el mechón que solía derramarse como un resorte sobre tu sien. Luego te pusiste a pensar en la cara que pondría ese marido bueno para nada que te gastás cuando se diera cuenta que los ojos de los vecinos alargarían sus dedos encallecidos para tocarte entera por donde él no lo ha hecho desde hace mucho. Reíste, o eso creí yo al ver esa mueca medio triste que se formó en tu cara.

Pero ¿ves cómo yo sí tenía razón? Fue un error no tratar de buscar cobijo en una de esas casas en las que se apiñaba el miedo de los paisanos. Eran chinchas cazados por escarabajos mierderos que con sus cuernos de acero y polvorín iban armados hasta los dientes. Vos no habías visto a esos soldados que vestían de camuflaje con botas de un caucho duro y grueso, y sucio por el pantano de las trochas y los retenes ilegales en las fronteras del pueblo. Es que era más importante encontrar a Sandrita. Por eso ibas y volvías al mismo sitio, porque tu miedo no era el mismo que transpiraban los otros. Tu susto, ese que te chuzaba el vientre como si las púas de un erizo se clavaran hasta bien adentro, rompiéndote, era porque Sandrita estaba sola, acurrucada en alguna parte, suponías, temblando como cuando los espantos se le aparecen de noche y no la dejan dormir. Y es que no hay peor sensación que la de sentirse abandonado. “Pobre Sandrita, creará que no voy a volver”, pensaste. Por eso te detuviste en seco cuando de los árboles escuchaste ese llanto. Primero creíste que era la niña, pero cuando entrecerraste los ojos mientras recibías empujones desde todos los costados, aguzaste el oído, “Teo te-de, teo te-de, te-de”, y cuando finalmente estabas a punto de descubrir que era el mismo canto de los tucanes de la casa de doña Angustias, sentiste un golpe seco en la nuca que te nubló la vista y te hizo dormir.

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes





Una explosión sacudió el mismo corazón de la plaza. Abriste los ojos cuando se empezó a desperdigar la polvareda y el suelo empedrado estaba dejando de remecerse debajo de tus rodillas por la granada que había acabado de estallar. Te dolía todo el cuerpo. Y tu camisa de tirantes estaba delante de vos: derramada en el piso con heridas de muerte, nadando en un charco profundo que formó la tromba de agua que estaba cayendo. “¿Por qué no me escuchaste, Clemencia, cuando elegiste la ropa?”, te volví a repetir, pero ahora bajito para que no se dieran cuenta los uniformados. Esos que bajo el ruido de sus botas, de sus gritos y de sus insultos, hacían que un escalofrío recorriera las espinas dorsales de los presentes. “Confesá pues, gran hijueputa, ¿cierto que sos la amante de ese guerrillero de mierda? ¿Sos la amante de alias Machete?, te preguntaba ese hombre bajito mientras te aplastaba la cabeza con su suela. Pero no era solo tu cara la que estaba aprisionada. No entendías que estaba pasando. Tus pezones empezaron a sangrar cuando el cascajo los raspó. Tiritabas. “Decí donde está el machete, ¿dónde está escondido?”. “¡No sé de qué me está hablando! Señor, no me mate. ¡Tengo una hija!”. “¡Con qué no sabés!”, y entonces sentiste una mano de lija sobre tu hombro. Sentiste la dureza de unos dedos sobre el trozo de piel tan descolorido que parecía bañado en límpido y que los tirantes de tu camisa habían ocultado del sol unos minutos antes. Y sentiste una bofetada en tu cara después. “Claro que sí sos una guerrilla, mirate las marcas de la mochila”, fue lo último que escuchaste. Y antes de que ese cielo pálido se volviera a congestionar de truenos y relámpagos con sabor a pólvora, sentiste el peso del cuerpo de aquel hombre sobre tu espalda. Te cogió un matojo de crespos y te levantó con brusquedad la cabeza. Tus ojos se clavaron en las escalas del atrio. Entonces la viste por un segundo. Doña Angustias mirando

hacia la tarima, desencajada. Y sin que pudieras decir lo que querías decirle, “cuídemela, doñita”, él te pasó su brazo fuerte y oscuro por el cuello y “nos” jaló duro para atrás. Después te quitó los calzones y te atravesó entera por la vagina con el cañón de su trabuco “para que aprendás a no dejarte meter el chimbo por aquí de cualquiera de esos guerrilleros comunistas”.

\*\*\*\*

### *Un día cualquiera de julio de 1990 en algún lugar del suroriente Antioqueño*

Oíste Tuso, decile al Fósforo que los ponga a gritar más fuerte, porque desde aquí no los estoy escuchando bien y pa'l frente no necesitamos maricas. Pero antes vení y oí conmigo. Decime si todos se están dejando las güevas en los pulmones: “Soy un contraguerrilla y en mi pecho llevo el odio contra las guerrillas comunistas. Quiero venganza, mucha venganza. Quiero sangre, mucha sangre para calmar mi sed”. ¡¿Ves que no?! Andá y decile al Fósforo que si no lo hacen bien no pueden pasar a la otra fase del entrenamiento, porque si así es empezando no quiero ni imaginarme luego. Todos hemos aprendido así, ¡vos sabés! Esta vida es de un compromiso muy verraco, si no, esos comunistas de mierda acaban con el país. Y Puerto Triste está lleno de esos hijueputas. Por eso necesitamos sacarlos de allá.

¿Qué por qué estamos metidos en esta vaina? ¡Ahhh!, verdad que vos no sabés! Si al primo Jacinto no lo hubieran matado como a un perro delante de mis ojos, esta lucha no hubiera empezado para mí, ni para vos tampoco. No te he contado nunca esa historia,

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes



1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes



ya que me acuerdo. Todavía no te habíamos tenido tu mamá y yo. Eso fue hace quince años en la finca de tus abuelos. Ese día me salvé porque Dios es muy grande, por eso llevo siempre este relicario del niño Jesús en el pecho, para no olvidarme que el de arriba me ayudó entonces, pero también me cagó la vida dejando que el Jacinto se muriera a manos de esos hijos de perra. Mirá pues te cuento...

Me quedé rezagado dentro de la casa tomando de la caja fuerte una plata para pagar el jornal a los trabajadores. Es que era viernes. Entonces le dije al Jacinto: “Adelantate, primo, que yo ya te alcanzo. Y decile a los muchachos que me esperen que hoy no se van sin la paga”. “Pero no te demorés, Lázaro, que sabés que todos están muy ganosos de unos buenos guaros en el pueblo”, y eso fue lo último que le oí decir antes de que saliera. Entonces no pasaron más de cinco minutos cuando escuché un primer disparo. Me agaché y agarré la pistola que siempre llevaba en el cinto, por eso de que ya habíamos recibido la visita de algunos pidiéndonos contribución para la causa de no sé qué güevonadas, gateando me asomé por uno de los aleros de la ventana que estaba entreabierto. Jacinto estaba en el suelo. Bocarriba. Se estaba tapando con sus manos un chorro de sangre que le salía del estómago. Varios hombres con fusil lo rodeaban y uno de ellos le decía que era para que aprendiera, que uno no se podía robar la plata de los pobres y que las tierras eran del pueblo. ¿Ahhh? Que esa tierra ya no era más de él, “ni de ningún hijueputa oligarca como vos, ¿oíste?”. Que tenía 24 horas para irse bien lejos, con lo puesto, porque si no, volverían y eso no le iba a gustar. “Primo, *usté es muy avispao, acuérdese*”, era lo único que yo atinaba a pensar. Eso mientras trataba de acordarme de alguna oración que nos ayudara. Pero no me acordé de ninguna,

por eso se la tengo cazada a Dios. “No responda, primo, no responda, por Dios. No respon...”. “¡Váyanse a la mierda, partida de malparidos!”, le oí decir a Jacinto y después un sartal de ráfagas sordas y el cuerpo del primo chapaleando. Un segundo más tarde era un muñeco lleno de agujeros por todos lados ahogándose en una gelatina roja que a borbotones enmelotaba la manga. Por un rato los soldados se quedaron quietos. Eran diez o quince. Luego lo empezaron a patear para cerciorarse. Y cuando el saco de arena no se movió, se fueron sin siquiera voltear a mirar. Aquella mañana. Y al día siguiente. Y al otro. Y todas las semanas de ese mes y de los que siguieron, me juré que el primo sería vengado. Y el primo de todos los primos muertos a manos de esos malnacidos. Por eso. Tuso, es que empezamos con esta vaina, para defendernos. No se le olvide nunca.

\*\*\*\*

**1990** *Al caer la noche. Diciembre del año de la muerte de Jacinto. Las reuniones de los dueños de las fincas en casa de los Ramírez Echeverry, los propietarios del muerto. Los puntos de vigilancia por turnos en el borde de la carretera a Medallo. El aprovisionamiento de viejas carabinas de caza heredadas a veces. Los primeros disparos de resistencia. Los troncos de los guayabos como testigos de la compra de armas de dotación militar. El aroma dulce de la fruta. Las puertas de cedro cerradas con candado y aldabón. El camuflado reemplazando las ruanas para el frío. Las uñas pintadas de negro como un amuleto. El entierro del primo. La primera vez que se hizo el ritual con el canto de adiestramiento para la muerte. Los caminos para desaparecer entre la manigua. Al caer la noche empezó la guerra.*

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes





**1990**—¿Dónde está mi mamá?, doña Vicenta. Ella me dijo que vendría conmigo a ver los payasitos. Vaya dígame que venga. Vaya dígame —le dice Sandrita mientras trata de zafarse de la mano de la mujer retorciendo la muñeca entre su palma como si fuera de goma.

—Sandrita, quédese quieta. Venga juguemos un ratico mientras ella viene por usted y la lleva al parque y se totean de la risa debajo de esas serpentinas que están estallando contra las nubes. —La estrecha contra su pecho grande mientras le besa la frente y le limpia los goterones de llanto que se derraman por sus mejillas. Luego le susurra al oído—. ¿Sí oís, mi niña? Ya empezó la fiesta. ¡Shhhhh!, escuchá la bulla. Todos están de lo más de contentos ahí fuera. —Arrastra las palabras al mismo tiempo que desvía hasta la ventana sus ojos desorbitados. Los clava en los cristales. Contrae el gesto como si un calambre le estuviera electrocutando la cara cuando la cabeza de un hombre se estampa contra el vidrio casi rompiéndolo, cuando el rostro de ese extraño, como una espora, se empieza a deslizar a trompicones empalando, con la mirada estática y vacía, los ojos de la doña antes de perderse detrás del alfeizar.

La niña se sobresalta por el cimbronazo. Los travesaños de la ventana contienen la fuerza del golpe que ya no se oye. “Hay que esconderse”, piensa Vicenta. Entonces se agacha mientras el dolor de sus articulaciones se desparrama por sus piernas. Apoya la palma de su mano izquierda sobre su rodilla mientras con la

otra envuelve la espalda de la niña y la repliega hacia delante. Hay varios cojines esparcidos por el suelo, porque aún Vicenta no ha tenido dinero para comprar los muebles de la sala. Lo único que tiene es esa banqueta rústica, hecha con el tronco de un árbol de pino, en la que hasta hace unos segundos estaba sentada. Ella sabe que su artrosis no le va a perdonar que dejara el asiento, pero no puede permitir que los gritos asustados que se escuchan a lo lejos y esos otros gritos, los gritos que escurren odio en cada letra pronunciada, que se entierran como alfileres en los oídos, lleguen a tocar con sus tentáculos pegajosos los oídos de Sandrita. Ni los gritos ni esa estera de sangre que dejó la cabeza sin cuerpo que acaba de escurrirse por el parteluz de los aleros.

La tristeza de la señora Vicenta es tan grande que se clava en la piel de la pequeña Sandra, en su risa perdida, en su inocencia que solo oye globos reventar en el cielo y gritos de júbilo por los dibujos de luz en las nubes. Es tan grande su tristeza que la hace llorar hacia dentro, pero nunca tanto como para permitir que, en vez de medusas de colores y risas de payasos, Sandra se dé cuenta que ya solo podrá jugar con los sobrevivientes, “si es que los llega a haber”, piensa la vieja. Que se dé cuenta que hoy mataron a su mamá solo por buscarla a ella. Que la dejaron morir mientras se enroscaban como serpientes alrededor de su cuerpo desnudo. Cuerpo de pies sucios por el polvo, por el barro agrietado y reseco, mientras el pueblo entero la miraba.

—Hagamos una casita con los cojines y las mantas. Va a ver cuando estemos dentro lo bonito que se verá el techo. Hágase de cuenta, Sandrita, hágase de cuenta. Será como una noche de esas en las que el cielo está atestado de estrellas titilando como cocuyos —le dice alcanzándole a

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes



la pequeña un cojín vestido con una funda de fique rojo, tan áspero que le sirve a la pequeña, que ya se ríe, para poner los cimientos de ese nuevo hogar.

Por cada latigazo que se escucha a lo lejos rasgando el aire: un cojín. Por cada balazo explotando contra las cabezas de los hombres acostados en la cancha de fútbol donde está el tablado de la fiesta: un cojín. Por cada vozarrón diciendo “guerrillero hijueputa, ahora si vas a aprender de lo lindo” que se cuele por el resquicio de la puerta de la calle: un cojín. No han pasado más de diez minutos cuando la primera hilada de ladrillos, unidos por su canto, ya está en su lugar.

—Mire, mire, doña Vicentica. Esta casa está llenita de colores, igualito que las medusas que el Ignacio dijo que habría hoy en el cielo —le grita por debajo de un amasijo de cojines que está esculcando para empezar a construir el aparejo de las paredes.

Vicenta apenas si le hace una mueca forzando una sonrisa. Está sentada en el suelo, junto a la banquetta, con su mano derecha apoyada en la viga de las patas y la otra sobando los muslos que le ladran de dolor. De pronto siente tras de sí unos golpes rudos en el entrepaño de la puerta. Se alarma. Su cara se retuerce otra vez por el pánico. Hunde los dientes en el labio inferior hasta dejarlo albino y mira a Sandrita que se ha quedado a medio camino con un cojín redondo en el aire entre el amasijo de almohadones y la casa. La mujer la mira y se lleva el dedo índice a la boca, y le dice pasito que va a ver quién es, que a lo mejor es el Ignacio que quiere ayudarle a fabricar la casa de colores. Entonces la niña asiente con la cabeza y descarga el cojín redondo sobre la juntura de dos adobes de pepas rojas que hacen esquina en la fachada.



Toc, toc, toc. “Un momento que ya voy”, es lo que atina a decir ante la inclemencia del sonido en la madera. Sus hombros tiemblan mientras apoya las palmas en el asiento del taburete para ponerse de pie. Transpira. Su cuerpo esta molido. Le duele. Cuando se levanta cree que no será capaz de caminar, porque un corrientazo le atraviesa las piernas hasta la cintura. Respira hondo y da un paso, luego otro y otro más. Es como si los pocos metros que la separan de la puerta fueran un castigo, porque la brea caliente que arroja cada una de sus pisadas la quema por dentro.

—¡Abra ya o le tiramos la puerta, maldita sea!

—Sí, sí, ya voy. —Atina a balbucear antes de colocar la mano en el pomo y girarlo.

Un hombre pone su cara sobre la cara de ella, tan cerca que Vicenta puede contarle las caries que se comen a pedazos los dientes de esa boca que expulsa un hedor a queso rancio.

—No la mandamos pa la casa a descansar, vieja estúpida. ¿Por qué no ha llevado la comida que pidió el comandante? —le espeta el hombre salpicándola de saliva mientras le cuña la boca del fusil debajo del mentón—, el Cura es muy nervioso y si se impacienta con usted... —Remata enarcando las cejas y torciendo la boca formando un mohín de desprecio.

—De-deme diez minuticos. Es que estoy sin luz, mire usted. —Señala con la punta del dedo índice el cabo de vela que está a punto de apagarse sobre la mesa del comedor—. Pero de seguro que en diez minuticos yo preparo algo y... —Acata a decir antes de que el hombre la empuje con la culata del arma haciéndola tambalear. Antes de que le cierre la puerta en la nariz sin quedarse para oír

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes



que volviera después por la comida, porque a ella le es muy difícil caminar.

Cuando el corazón deja de rebotar dentro de su pecho, se gira en dirección a la cocina no sin antes mirar al centro de la habitación buscando a la niña. “Ojalá no haya escuchado nadita, ojalá no la hayan visto”, piensa. Mira en todas direcciones y solo ve cojines formando dos torres desiguales e inclinadas cubiertas por una manta de retazos a modo de dintel. Sus ojos son del tamaño de todo lo que ve. De pronto, a gatas sobre las baldosas, Sandra como una equilibrista trata de colocar un cojín cuadrado sobre la estructura. Lo toma por las esquinas. Con la punta de la lengua aprieta una de las comisuras de sus labios, mientras va depositando despacito la bolsa de tela sobre los tabiques de espuma de la casa de muñecas. Vicenta, al darse cuenta de que la niña sigue indiferente, vuelve a distraer la mirada regresando a sus pensamientos tristes, y triste se dirige a la cocina a inventar comida con lo poco que tiene en la despensa.

No se acordaba de por qué ella estaba en su casa y no en el atrio con las otras mujeres hasta que sintió los golpes en la puerta. Ahora lo sabe. Cuando todas estaban apiñadas en las escaleras, uno de los verdugos vestido de militar sacó una lista. “¿Quién es Berta Ruiz?”, “¿dónde está Ramona Pérez?”, “¿Silvina Fernández, salga ya!”, “también Carola Martínez” y “¿Vicenta Jaramillo?”. Demacradas y con el corazón en la boca, como si fueran la misma mujer repetida, fueron alzando la mano para después bajar hasta el terraplén donde él se encontraba. La mirada del hombre les dolía en el fondo de los ojos. Parecía amarrada con cabuya a la mirada infinita e inmóvil de ellas. Cinco en total. Cinco que creyeron estar muertas sin morirse. Cinco que fueron enviadas a cocinarles mientras ellos no dejaban



títere con cabeza, “*porque matar da hambre, y aquí ya hay mucho muerto*”, eso fue lo que les dijo.

Solo se escucha el fuego crepitar en el fogón. El burbujeo del hogao en la sartén. La vieja ya no oye a la muerte usar su guadaña a lo lejos. Esta absorta en sus pensamientos ajena a la bacanal que la Parca ha organizado en los callejones. Nadie, a diferencia de Vicenta, puede presenciar el silencio que ahora pesa sobre los objetos. Sobre las arepas que se tuestan hasta quemarse en la parrilla. Sobre los ojos de grasa que la vigilan desde el fondo de la cacerola. Sobre los cojines que tratan de jugar al equilibrio ante los constantes empujones de Sandrita. No existe nadie para ver ni para oír, por eso ese silencio no es real. Sin embargo, mientras se quema las yemas dando vuelta a las últimas arepas que hace nada sacó de la nevera, posa su recuerdo en la camioneta apostada a una cuadra de su casa cuando bordeó el atrio después de la orden que se había desplomado sin ninguna advertencia sobre sus hombros. Del volco carpado de un verde militar salían varios hombres rastrillando sus botas en la tierra, como un tropel de leones. Eran garras clavadas en el asfalto. Ella se detuvo porque no tenía por donde pasar. La calle era empinada, angosta y torcida. Se secó el sudor que le bajaba por el cuello con su palma y apretó los dientes mientras trataba de calcular el espacio por el cual escabullirse. La lluvia no daba tregua. De pronto, los hombres se desprendieron del grupo y empezaron a rodearla, pero sin detenerse como si supieran que ella era inmune, por ahora, a la mordida de sus fusiles. Tensó los músculos y empezó a rezar. Sintió cómo las cabezas de todos estaban casi tocándose. Y les olía el orín de sus pantalones sucios cuando la rozaban con los codos que apretaban la culata de los fusiles contra sus caderas.

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes



Pudo avanzar cuando escuchó las pisadas precipitarse y perderse detrás de las esquinas. Cuando el estampido no era más que una sombra repetida corriendo de un lado a otro, a lo lejos, como una mancha verde. Agilizó el paso y empezó a huir. Despacio. En cámara lenta. Empezó a huir de los disparos en las calles, de la vorágine de gritos que se ahogaban por la lluvia, de las palabras que con carbón estaban escritas en los frontones de las casas: “por sapo”, se leía. Empezó a huir y alcanzó el parachoques de la camioneta. Entonces creyó reconocer al Emiliano. Estaba a punto de saltar a la calle. Era su turno. Solo se veía su rostro oscuro de cejas pobladas parapetado en una armadura de gafas redondas que ocultaban una mirada triste, escuálida. Una mirada de ojos grandes y lacrimosos que gritaban como si un alambre hubiera atravesado su parte blanca y húmeda. Solo lo había visto un par de veces en una de las fotografías que Angustias guardaba con celo en la habitación contigua a la suya. “Está muerto desde hace mucho”, le había dicho ella, al mismo tiempo que ponía bocabajo, de un solo golpe, el portarretrato sobre el chifonier.

Pero esos pómulos prominentes, esa piel oscura pero curtida, ese hoyuelo en la mejilla que la cicatrizaba entera, no podían ser de otro, ¿o sí? ¿Él era responsable de esos sonidos de dolor que se colaban entre los cuerpos de la gente que estaba en el parque? Que se colaban entre los cuerpos amarrados de las mujeres por sus plegarias de camándulas invisibles en los escalones de la iglesia. Entre los gritos de miedo que salían en forma de vómito y orines por sus orificios, los de ellas y los de sus hombres que en el suelo participaban en una rifa para morir, porque se acordaba Vicenta que “el que abra la boca, lo mato”, así les había dicho otro que bien podía ser el que la estaba atravesando entera de tanto mirarla. Y a



partir de ese momento, los movimientos de ambos se dividieron. Solo quedaban en esa calle cada uno. Tan distintos, pero tan iguales por compartir un secreto que ninguno sabía que el otro podía intuir. Él, lentamente, se bajó del volco, le dio la espalda a ella y llevó las dos manos a la carpa abriéndola de un tirón. Descolgó el fusil de su hombro y lo descargó en el suelo, después se frotó la nariz con los huesos de los dedos, respiró profundo y sin mirarla le dijo “espere ahí sin moverse, esto hay que hacerlo rápido antes de que se den cuenta”. Inclino medio cuerpo en el interior de la camioneta y agarró con las dos manos un bulto grande, pero no tanto como para que lo hiciera con esfuerzo. Ella dio dos pasos hacia atrás buscando la forma de bordear la camioneta por el otro lado, pero sin dejar de tener la vista fija en él por si las moscas. Lo vio girarse lentamente. Lo vio sonreír, indulgente, mirando aquello que estaba en sus brazos. Lo vio acercarse de una zancada hasta ella. Sus labios ya estaban inmóviles. Si ella hubiera extendido el brazo habría podido tocarlo. La miraba de manera distinta, como rogándole. No le dijo nada, pero la obligó a recibirle lo que cargaba. Cuando ella se dio cuenta de quien se trataba, se dejó hacer.

La casa huele a quemado. Una arepa tan negra como el carbón se retuerce en la parrilla. Del maíz ya no hay ni rastro. Vicenta se alarma y el corazón, como si estuviera haciendo pesas, empieza a acelerarse. Le duele por el esfuerzo. Está fatigoso, pero quiere correr. No tiene reloj donde mirar la hora. “¿Ya será la hora?”, se pregunta. En esto sentirá los golpes en la puerta intentando derribarla. Los golpes del Cura con su relicario del niño Jesús de Praga en el pecho. Ya no mandará al que le obedece. Vendrá él en persona y tomará las riendas. A Vicenta no le importa que la comida no esté terminada, lo que le importa es Sandrita. “¿Y si ya

1990

De regreso a  
la Pachamama

La casa de  
los tucanes





sabe que ella está ahí?, ¿qué en el volco no está ese bulto dormido de rizos largos y cara de ángel?, ¿qué tal que el Emiliano (porque es Emiliano, seguro que es el Emiliano), se haya arrepentido?”.

No se da cuenta cuando la noche se aparta de la claraboya de la cocina y da paso a una luz de cobre que se posa sobre los objetos silenciosos de la casa. Tan silenciosos que ella no escucha ni a Sandrita. Entra en el pasillo a ver si la ve y siente tres golpes en la puerta de la calle. Siente la turbulencia de su respiración. “Ya están aquí”, se dice. Un pensamiento oscuro le cruza por la mente como una ráfaga: Sandrita. Su muerte. La muerte de Sandrita y la de ella también. La muerte de las dos. Un pensamiento tan negro como esa arepa que ya es ceniza: “La muerte de las dos”, repite. De Sandrita sobretodo. Avanza en dirección a la puerta. Espera a que vuelvan a tocar. Intenta pensar como es ese hombre que está al otro lado, intenta pensar qué le va a decir a él para que no se la lleve. ¡Pobre Sandrita!, perder a su mamá y perderse a ella misma en una misma noche. Piensa en como él empujará el paño de madera y entrará a la fuerza tumbándola. Pero en vez de eso, escucha una voz que la conmina desde afuera. No se imagina que es el padre Gonzalo que le viene a avisar que hace un par de horas los uniformados habían abandonado el pueblo. No se imagina que esa voz es del hombre que cuidará a Sandrita hasta volverla mujer. Que será quien se la lleve lejos, pero lejos de los brazos de la muerte. No distingue la voz, pero sabe que debe confiar, y entonces quita la aldaba y gira por fin el pomo mientras su mirada encuentra la cabeza de Sandra, en una esquina, por fuera de la casa de cojines. Sus ojos están cerrados. Duerme plácida boca arriba con una sonrisa dibujada en su rostro. Eso es que por fin está viendo las medusas de colores en el cielo como Vicenta se lo prometió.



*Así como del fondo de la música  
brotaba una nota  
que mientras vibra crece y se adelgaza  
hasta que en otra música enmudece,  
brotaba del fondo del silencio  
otro silencio, aguda torre, espada  
y sube y crece y nos suspende  
y mientras sube caen  
recuerdos, esperanzas,  
las pequeñas mentiras y las grandes  
y queremos gritar y en la garganta  
se desvanece el grito:  
desembocamos al silencio  
en donde los silencios enmudecen.*

Octavio Paz, *A mi hijo*

**2005** Terminó agotada después de recoger todo el desastre que había causado Angustias. Primero intentó durante un buen rato quitarle el cuchillo que llevaba en la mano, pero cada vez que Carmen hizo el guiño de cogerlo, la vieja lo apretaba tanto que la hoja ensangrentada parecía cobrar vida mientras la cabeza de la gallina se columpiaba desde la cresta en la otra mano de la doña queriendo por segunda vez enfrentarse a la muerte. Después, cuando por fin pudo desarmarla y echar la cabeza del avechucho en la basura, le limpió la sangre y las plumas que la cubrían entera, la acompañó a la cama y le sobó el pelo como a un bebé hasta que concilió el sueño. No fue fácil, porque Angustias no se dejaba hacer. Desde hacía tiempo, bañarla, ponerle la ropa y peinarla era una batalla campal. Tres veces tuvo que cambiarle el camisón porque no era, sino que Carmen hubiese terminado de abotonarlo para que Angustias ya tuviera media docena de sus botones en la boca. “¿Quién es usted?, ¡déjeme!, ¡no me toque!”, le gritaba mientras la muchacha luchaba por terminar la faena y acostarla por fin. “Cálmese, doñita. Soy la Carmen, tranquila, tranquila”, le contestaba ella, pero era como hablarle a





una pared. Los gritos no paraban, no paraban nunca, y esa noche no fue la excepción.

Antes de irse a acostar, Carmen volvió a meter en el cuarto secreto todas las cosas que Angustias había desparramado esa tarde por el corredor. Arrastró el baúl a la pieza y solo dejó por fuera el camafeo ovalado enmarcado en ese cordón grueso de plata y el cerro de recortes en donde aparecía la foto del hombre misterioso que le era tan familiar. Los colocó en la mesita del vestíbulo para echarles una mirada en la mañana cuando las entendederas supieran como interpretar esa nueva información que le había llegado sobre la dueña de la casa, y se fue a dormir, o a procurarlo, porque la imagen de la gallina trastabillando sin cabeza por el pasillo se le aparecía cada vez que intentaba cerrar los ojos. Además, Angustias tampoco la dejó amodorrarse. Deambuló como alma en pena hasta altas horas de la madrugada, como si el esfuerzo de haberle quitado la molleja al pajarraco la hubiera puesto a dar coces contra las paredes.

No habían pasado más de dos horas, cuando el bombillo de su cuarto empezó a languidecer y su luz a parpadear hasta fundirse con un chisporroteo seco. La noche se le vino encima y el claroscuro solemne de la luna inundó de sombras quebradas el mobiliario. Parecía que el cielo hinchado de tanta oscuridad estuviera escupiendo espantos que se balanceaban desde las estrellas hasta el alicatado de los tabiques. Entonces su corazón empezó a correr pendiente arriba, y ella con el susto envoltado en el estómago se deslizó por el colchón y se cobijó hasta las orejas, porque siempre había oído que era por ahí, y por la boca, por donde empieza a meterse la muerte.

De pronto, el ruido de unas puertas batiéndose contra los marcos apagaron todos los sonidos de la noche. *Plas, plas, plas*, era lo que se

sentía una y otra vez. Sobresaltada buscó con desespero las gafas de latón que estaban sobre la repisa y enderezó su cuerpo despacio, y despacio se alejó de la cama. Era una noche cerrada y no corría el viento, ¿cómo era posible que las puertas en coro estuvieran haciendo tanto alboroto? Empezó a caminar en dirección a la entrada de la pieza y sintió de nuevo el peso del miedo, pero ahora en sus pies desnudos. Le temblaban sus dedos flacos cuando agarró el pomo frío. Un grito se le atragantó en la garganta quitándole el aire al abrir de par en par la puerta, porque la vio en frente suyo, a un palmo de narices, recostada en la juntura de la viga, pero arrastrando el pie derecho hacia delante y hacia atrás como si estuviera barriendo el suelo. La mirada la tenía clavada en un punto incierto del entrepaño y con la palma lo tocaba, pero en falso, porque sacudía en el aire la mano como si este fuera quien le hubiera abierto. “Por fin llegaste, mijo”, la oyó decir, y creyó ver una sonrisa dibujada en su cara, pero en un ir y venir, el gesto se le endureció volviéndose más pálido y desenchajado. De su boca, que parecía una grieta, salió una voz vieja, desgastada por el uso, como un crujido, que escupió pasito: “decime Emiliano, ¿dónde está la niña?”.

Carmen trató de cruzar el umbral sin rozar a la señora. Y es que a esta, se le agriaba el humor no más tocarla cuando estaba viajando a través del tiempo, entonces se agitaba y empezaba a voliar insultos y golpes contra todos esos espíritus que poblaban su mollera, y la joven, aunque estuviera hecha de carne y hueso —más de huesos que de carne, la verdad sea dicha— no era sino eso, un espectro que recibía todos los coscorriones, y a pesar de las maromas para esquivarlos, su cuerpo terminaba aflojándose y sin remedio se doblaba entero como si fuera un muñeco de trapo con el que jugar. Y es que el padrecito le había advertido cuando le dio

2005

Noche de  
fantasmas

La casa de  
los tucanes



el trabajo, que a la pobre mujer no se le podía llevar la contraria, así que no tenía más remedio que aguantar los varillazos, al fin y al cabo no eran para ella y eso la consolaba. Pero esta vez no fue así, tuvo cuidado de no acercársele mucho, no fuera a ser que de verdad si se hubieran metido los ladrones y ninguna de las dos contara el cuento, sin embargo, cuando pasó por un costado, un tufo con olor a cebolla la hizo tambalear hasta el límite del equilibrio y por poco, se lleva por delante a su patrona.

Una vez en el corredor, miró hacia el fondo en dirección a la cocina. Todas las puertas que ella misma había cerrado con aldabón antes de irse a dormir, estaban con la boca abierta, y la ventana de la sala tenía sus alerones desplegándose como si fueran las alas de un vampiro. Una nube cargada se mantenía suspendida sobre la cuadra y amenazaba entre los barrotes con romper a llorar. De pronto, un resplandor como un calambre iluminó la casa y todo se vio en blanco y negro igual que en el negativo de una foto. Entonces la vio arrodillada en medio del vestíbulo, abrazando el bastón contra su pecho, casi desmadejada, parecía que se hubiera ido de bruces, y movía los labios como si le estuviera hablando a alguien.

“Santo Dios, cómo llegó usted por allá, doñita”, gritó Carmen mientras apuraba el paso, primero en dirección a la sala para cerrar a cal y canto la ventana por la que, enroscadas, se estaban colando las anguilas del cielo y después, hasta donde estaba Angustias. Había que ayudarla a ponerse en pie y llevarla de nuevo a la cama.

\*\*\*\*

*Decime no más, Emiliano, decime no más, ¿por qué es que se te ocurrió irte pa'l monte?, ¿por qué es que nos dejaste solas a las dos en*



esas honduras de la tierra donde estaba el ranchito? Mirá lo desgüaletao que estás y lo flaco. ¿Qué no es flacura?, vos que es lo que te has creído, ¿qué yo ya no tengo ojos pa mirate bien? Por culpa de ese hijueputa enano que me revolcó durante días y días en su cambuche me quedé baldada pa caminar, pero de las vistas sigo como una quinceañera. Aunque esperate. Yo mejor me pongo estos... mmm... estos... Ahhh, estas cosas redondas en los ojos pa mirate bien, pero ya te digo yo, que la cara la tenés chupadita chupadita, y de la papada ni hablemos, mirá cómo te cuelga ese pellejo largo y carrasposo igualitico que una piedra pómez, solo se te conservan esas pupilas verdes que te hacen tan vos, pero de resto la trocha te tragó entero. Como a mí, como a la niña... mi niña, mi ni... mi... ¿Dónde está mi muñequita de porcelana?, ¿qué se hizo?, ¡shhhhh!, cierre los ojos y no los abra hasta que yo le diga, que así el juego se pone mejor, tápese los ojitos como si las manitas fueran unas caracolas. Sí, así, como si estuviéramos jugando a la cu-cú, tras-tras. Yo le digo, mi cielo, cuando los puede abrir, todavía no, aún no, que esos hombres no se han ido, pero ya se van a ir y entonces...y en-ton-ces... ¿Quién es usté?, ¿por qué me agarra tan duro?, no me coja que me hace daño. Me va a desnucar. Su cuerpo tiene tantos pinchos que los brazos y los senos se me están agrietando harto, ¿y ese palo?, ¿por qué me está metiendo ese palo por las nalgas? Ya voy, no me haga nada, no le haga nada a mi hija, conmigo lo que quiera, pero a ella... Ya vengo, mi amor, estese quietecita y siga así con los ojos cerraditos, no los abra que ya vengo, yo ya... ¡Ah!, pero si sos vos, Emiliano, ¿cuándo fue que llegaste, pues?, ¿qué me estás diciendo?, ¿qué me avisaste en una carta que venías?, ¿estás seguro? yo no me acuerdo, y vos sabés que yo tengo muy buena retentiva. No me toqués todavía. Ni un pelo me toqués, que ya no tenés derecho. Esperate, esperate un trisitico que me atraganté al verte. Estate quieto, ¿no te estoy diciendo que te esperés? correte pa'llá que aún sos un desconocido. ¡A ver!, ¿qué era lo que te estaba diciendo?

2005

Noche de  
fantasmas

La casa de  
los tucanes



*Ah, sí, la carta. La-cart-ta. Oíste, casi no recojo esa carta del suelo, en ella me dijiste que llegabas a las seis, ¿entonces qué pasó? Mirá el reloj. ¿Dónde diablos te habías metido? Yo aquí esperándote como una boba. Te he estado buscando por todo el pueblo y nada, ni el padre Gonzalo me pudo dar razón de vos. ¿Razón?, ¿razón de qué? ni idea, de dónde te estás inventando esa palabra. Yo no he dicho eso: ra-zón, ro-zar, ra-ce-ro, re-cién, ro-ta. Yo sigo rota, mirame, como vos, ¿por qué no me dijiste que estabas tan flaco? Mirá como se te sienten las... las... ¡Ah!, mirá como se me fue la paloma, ya no sé qué es lo que se te siente tan chuzudo. Eso, eso es, ves que vos si sabés: las costillas, las costillas tuyas se me están enterrando en la pechera mientras te abrazo, ¿por qué era que no me querías abrazar? Y pa que sepás, no te quiero soltar porque hace mucho que te fuiste pa'l monte y me dejaste sola. Me quedé sola, me voy a quedar sola, estoy sola con la niña, solas en esta trocha perdida en la manigua, ¿cómo así que te vas a ir, Emiliano?, ¿cuál es el apuro de irte y para dónde, si se puede saber?, mirá que del susto se me va a caer esta pila de trastes y son los únicos que tenemos. Vení mejor yo me apoyo en la puerta mientras me contás de donde salió esa ventolera y cómo se la explico a... ¿a quién se la tengo que explicar?, ¿explicar qué?*

\*\*\*\*



Carmen se agachó y trató de levantar a la doña mientras hablaba bajito, tan bajito que era difícil entenderla. Colocó sus brazos por debajo de las axilas de ella y tiró como si eso fuera suficiente para hacer palanca. Pero la mujer no se movió. La madrugada se había robado sus recuerdos y su voluntad. Divagaba, o eso fue lo que pensó Carmen cuando se acercó tanto que un vaho caliente y agrio le empañó los lentes con palabras que volaban como aviones de

papel chocándose sin rumbo contra los cristales. La voz se le sentía honda, parecía que le saliera del fondo del pecho sin necesidad de que la boca la mantuviera abierta. La vieja apenas movía los labios, pero la muchacha sabía que no le estaba hablando a ella sino a esos fantasmas que la visitaban casi a diario. “Venga, doñita, ayúdese un poquito y sigue con la visita en su cuarto. Aquí se van a tullir de frío”. La cabeza de Angustias giró hasta que su mirada pareció chocarse con la mirada de la joven, la mantuvo un instante como un fa sostenido, y cuando ya parecía que iba a reconocerla, sus pupilas duras y áridas la traspasaron entera, y como volutas de humo se pusieron a danzar hasta abrazar a esas almas invisibles que desde hacía rato Carmen tenía ganas de conocer.

“Yo no soy ese Emiliano, doña Angustias, soy la Carmen, venga, ¿sí?”, le dijo cuando los dedos angulosos de la señora empezaron a trenzar surcos en los pómulos de la muchacha mientras le preguntaba con voz queda: “¿por qué no me dijiste que estabas tan flaco, Emiliano?... ¿Cuál es el apuro de irte y para dónde, si se puede saber?... Que no me toqués, Emiliano, estate quieto”. Entonces, Angustias trató de evitar que la levantara dándole un bastonazo con la puntera, pero Carmen ya la tenía bien agarrada por detrás desde la cintura, así que cuando el bastón asestó el golpe delante de las rodillas secas y achacosas de su dueña, esta ya estaba siendo arrastrada hasta su cuarto. Rígida. Con los talones descansados sobre las baldosas y la falda levantada hasta los muslos. Sus ojos vidriosos clavados en la techumbre y el bastón atornillado contra el pecho. Parecía como si ella estuviera esperando que él alargara sus brazos de madera y la abrazara también. Porque no era un bastón, era el Emiliano que había vuelto por fin.



La dejó sentada en el borde del colchón balanceando las piernas y con la cabeza mirando en dirección a la pared cuarteada donde estaba clavado un teléfono antiguo. Parecía un ahorcado pendiendo de una viga, amoratado, con el auricular encajado en la estructura de metal como si fuera la lengua del muerto. Era una niña. Angustias era una niña a la que los pies le quedaban suspendidos en el aire. “Vicenta, ¡por fin llegaste!, vení, vení que las piezas de este parqués están que se mueven solas”, le oyó decir Carmen cuando ya estaba fuera de la pieza. “Ya tiene otra visita”, pensó. Todavía con el corazón saltándole en el pecho por el esfuerzo, empezó sin demora a tirar de los picaportes hasta sentir el eructo de la madera de las puertas, sobre todo el de la entrada principal y el de la reja del solar, no fuera a ser que la doña y los tucanes decidieran pisar la calle traspasando los muros de esa casa fantasmal que hacía esquina donde todos se condenaron a pudrirse hacía muchos años.

\*\*\*\*\*

*Dejame sola, Vicenta. No me preguntés más. No pegué el ojo en toda la noche. Y la pierna me duele más que nunca, mirá que esos hijueputas me dejaron todo el rato en el atrio, parada, sin poderme recostar en ninguna parte, viendo cómo acababan hasta con el nido de la perra. ¿Cuántos se murieron?, ya ni sé. Perdí la cuenta. ¿Y todo por qué?, pues porque la Clemencia me dejó sola comprando esa maldita percha para los tucanes, ¿y volvió por mí la muérgana?, pues no, no volvió, ¿cómo te parece? Y es que la muy boba se dejó confundir ayer por la moza de no sé quién, de un tal Machete, creo, o eso al menos dijo ese hombre endemoniado. Sí, sí, ese mismo. Yo lo reconocí con solo mirarlo a los ojos. ¿Y vos como sabés*



de él?, ¡bueno, tampoco es que me importe mucho! A lo que iba, ¡dizque la moza de ese Machete!, un guerrillero de seguro, porque qué más podría ser si no, o al menos eso dijo ese tipo cuando le aplastó la cabeza con su suela gruesa y mojada, y lo volvió a repetir cuando se sentó en su espalda y la despescuezó como a un pollo enjaulado, porque enjaulada estaba la pobre, como todos en el pueblo, pero ella más, con sus senos sangrando y su pelo cubriéndole como barrotes los ojos. Y me miró entre las rendijas que dejaban sus mechones ensortijados; me miró, Chenta, con unas pupilas ahogadas e inmóviles, y yo sé que me estaba pidiendo que cuidara a esa muchachita. Segurito me estaba pidiendo eso, pero vaya usted a saber dónde se metió la niña, ¿Sandra, cierto?, y la verdad, bastante tengo con cuidarme a mí misma como para salir a buscar lo que no es mío.

¿Por qué me estás zarandeando, Vicenta?, me voy a marear. Mejor juguemos esa partida de parqués y nos tomamos el algo con chocolatico caliente, si vieras qué bueno está. ¿Qué no estás para jugar?, ¿que si no me importa lo que está pasando en el pueblo? Pues no, no me importa, es que alguno se merece que a mí me importe, se lo buscaron, eso se veía venir. Yo ya pasé lo mío hace tiempo y eso es suficiente. No sigás mangoniándome. No ves que no te entiendo así. Hablá despacio y déjame quieta a ver si te escucho por fin. ¿Emiliano?, ¿vos porque me estás preguntando por ese señor?, ¿ya no te he dicho que está bien muerto desde hace mucho? Estás temblando, mujer. Sentate más bien y explícame clarito, pero muy clarito, de que estás hablando. No grités. Dejá de gritar, por el amor de Dios, que me zumban los oídos. ¡Ay, perdoná que te de una cachetada!, ¿te dolió mucho?, pero es para que te calmes. Eso, así, mirame a los ojos y hablá, pero sin moverte. Chenta, Chentica mía, no jodás con eso. ¿Qué me estás diciendo?, ¿qué ese era el Emiliano? Imposible, ese tipo no podía ser mi Emiliano. Esperate un trisitico, ¿o sea que vos sabés dónde está la niña?... ¿Ya te dije que Clemencia me pidió que la cuidara?, esperate yo te cuento.





Cuando Carmen llegó de nuevo a la habitación de su patrona, la madrugada se le vino encima. Era negra, absoluta. Entonces se apoyó contra el muro a unos metros del catre mientras se acostumbraba a las sombras que se posaban como medusas sobre la piel de su cara, después se volvieron transparentes. y segundos más tarde las formas empezaron a reflejarse en sus ojos. Pero no la de la vieja. Ya no estaba. Sobre el colchón descolorido y ahuecado solo había una cobija mal doblada simulando un cuadrado irregular, en el que una cruz de virutas de periódico atravesaba la tela como en un tablero de parkués. Desconcertada empezó a escudriñar los rincones sin moverse, la respiración se le volvió difícil y un zumbido de moscas le empezó a taladrar la sien, y es que pensar en salir a buscarla por el pueblo la aterraba. Ya había tenido suficiente dos días antes cuando la encontró en La loma del olvido, golpeando la tierra con su bastón mientras hablaba con la estatua de Jesús. Sandrita y ella casi no la logran llevar a su casa. Se volvió pesada, un bloque de yeso, como si la fatiga de esos adversarios invisibles se le hubiera metido tan adentro que hasta caminar se le había olvidado.

De repente, la mirada de Carmen se hundió en la pared donde colgaba el teléfono antiguo. Y ahí estaba la doña, tan pálida que se confundía con el color crudo del revoque. Sin descolgar el aparato estaba dando vueltas sobre sí misma mientras se enredaba el cable en el cuello. “¿Por qué me estás zarandeando, Vicenta?, me voy a marear”, era lo que le escuchaba decir. “¿Quién sería esa tal Vicenta?”, se preguntó, mientras se incorporaba para ayudarla. Sus pasos rebotaron sobre las baldosas, pero se detuvieron a medio camino cuando escuchó unos golpes en la puerta de la calle

y unos gritos que se filtraron por el resquicio de la del zaguán. Era un sonido continuo, agudo, como si un pájaro carpintero estuviera haciendo el nido en el tablón. “¿Y ahora qué?”, atinó a decir mientras las aspas de su corazón giraban con la velocidad de las paletas de un helicóptero. Ya iría a mirar, pero primero tenía que sacar a Angustias de esa planta trepadora en la que se había convertido el cordón del auricular. Era como si el cable hubiese adquirido vida propia, porque ya no solo estaba en su cuello, también se había enroscado como una serpiente sobre su pecho y sobre sus brazos haciendo ver a la vieja igual que a una momia. Carmen concentró toda su fuerza en deshilvanar los listones de alambre, pasando la cabeza de la mujer por debajo de ellos como si uniera los puntos en un tejido de crochet. Poco a poco, Angustias fue recuperando los gestos de sus brazos, pero su rostro en frente del rostro de la muchacha seguía duro, sin expresión, ido. Parecía no verla, al menos a Carmen no la veía. “Habla despacio y déjame quieta a ver si te escucho por fin”, susurró sujetando a la otra mujer por los hombros mientras le traqueaban los huesos de los suyos como si fueran de vidrio, entonces Carmen empezó a zafarse despacio para no hacerle daño, de pronto, el timbre del teléfono rasgó el silencio. Parecía el aullido de un moribundo. “¿Qué está pasando esta noche?, ¡todo está al revés, aquí nadie llama nunca!”, fueron las palabras que se le atoraron en la garganta. Mudas. Siempre había pensado que el teléfono era una reliquia, un recuerdo de familia que permanecía colgado en el muro como un adorno. Alargó el brazo para contestar, pero Angustias se le adelantó asestando una palmada al artefacto. “No grites. Deja de gritar, santo Dios, que me zumban los oídos”. Y mientras la caja de metal empezó a bailotear como una muela a punto de caerse, el

2005

Noche de  
fantasmas

La casa de  
los tucanes



auricular se derramó por la pared apagando el sonido férreo hasta convertirse en el eco de un tren a la distancia.

\*\*\*\*

Noche de  
fantasmas

La casa de  
los tucanes

No me sigás, Vicenta. Ya te dije que no puede ser verdá eso que me decís. El Emiliano puede ser lo que sea, pero un asesino, nunca. ¿Dónde fue que lo viste ayer, según vos? ¡Imposible!, no seas bobá, yo estuve todo el rato parada en el atrio y ninguno de esos hombres se le parecía. Yo me hubiera dado cuenta. Claro que me hubiera dado cuenta. Mi Emiliano jamás mató a una mosca mientras vivimos juntos. ¿Cierto, Emiliano? Decile, decile, mirá que cree que estoy loca. Yo sé que vos nunca estarías en el mismo bando que el Cura, porque entonces serías un demonio igualitico a él. No te quedés callao, hombre, decí algo. Fijate que esta mujer me está comiendo el oído a punta de cuentos y no sé qué más decirle. ¿Qué amiga sos vos, Vicenta? No levantés infundios que te vas a quemar en los infiernos con tanto embuste. Preguntale vos misma, ahí lo tenés. Miralo. ¿Sí le ves la cara? la tiene chupadita, chupadita. Y de la papada mejor ni hablemos. Oíste, Emiliano, mirá como te cuelga ese pellejo largo y carrasposo, igualitico que una piedra pómez. ¿Por qué es que te demoraste tanto en llegar? En la carta me dijiste que venías a las seis y mirá la hora. ¡Aaay!, no me grités, Vicenta, que no estoy sorda. Espérese señor, ya lo atiendo a usté, no se me vaya, quédese quietecito ahí que ya vuelvo. ¿cómo me dijo que se llamaba? Emi..., ¿qué él no estaba en el parque?, ¿qué por eso no lo vi?, ¿de qué camioneta me estás hablando? San-dri-ta, San-draaa, ¿quién es Sandrita?, ¿la niña de Clemencia? ¡Ay, sí, pobrecita la Clemencia!, la bobá se dejó confundir con la moza de ese tal Machete, ¿te conté? Y ahí pagó el pato, como todos los otros que estaban siendo fumigados en el tablado. Uno, dos, tres, cua...



pum... cayó el primero. Cinco, seis, siete, ocho... ¡pum!, cayó el segundo. Y se numeraban, y se caían. ¡Pum, pum, pum! Era como ver marranos sacrificados pa un diciembre, y nosotras, inmóviles, atragantándonos con su dolor, “¡la que lllore se muere, malparidas!”. El olor a sudor se nos metió bien adentro en la nariz cuando el miedo empezó a escurrirse como babas por nuestro pellejo. Y el olor a excrementos, y a jugos gástricos, y a sangre coagulada. Esos hombres chillaban en medio de la lluvia contra unos enemigos invisibles. Guerrilleros nos decían. Y maltrataban a los vivos y a los muertos dándoles golpes y más golpes con la culata de los fusiles, o con sus machetes, o con las suelas de sus botas, como la suela de la bota del Cura sobre la espalda de la Clemencia, como si quisiera hundir su cadáver en el barro, hacerlo barro, y entonces una fila interminable de gusanos saldría de la tierra, y como recaderos de la muerte se treparían por los cadáveres esparcidos por todo lado, por el cuerpo desnudo de la pobre Cle..., ¡Ay!, Emiliano, decime que no es cierto, ¡qué vos no estuviste ayer aquí!, ¡qué estás muy muerto y muy enterrado desde hace mucho! ¡Vicenta!, andate más bien y no volváis nunca, no te quiero ver más en la vida. Sos una mala amiga. Sos como todos en este pueblo, bien merecidos se tienen a sus difuntos. ¿Para qué es ese periódico? Dejá de ser grosera, no me lo tirés a la cara. Vení. No te vas. ¡Vení, Vicenta, haceme el favor!, no me dejés con la palabra en la boca. Oíste, no azotés la puerta que me la desangarillás y se vuelan los tucanes. Largate, entonces, como querás. ¡Qué?, ¡No puede ser!, Emiliano, vení, decime que no sos vos este que aparece en esta foto: ¡Vicentaaaa!

\*\*\*\*

Cuando Carmen por fin logró acostar otra vez a la doña, se atrevió a asomarse a la calle para averiguar de dónde provenía

2005

Noche de  
fantasmas

La casa de  
los tucanes





ese ruido que la tenía tan nerviosa desde hacía rato. Antes de abrir el postigo primero y el entrepaño después, aguzó el oído sobre la madera. Los sonidos que taladraron los listones habían desaparecido y ya no se escuchaban voces. Cuando finalmente dio vuelta al picaporte y la puerta cedió, el alba se le abalanzó como un contorsionista sobre su cara, por eso se levantó el cuello de la batola para cubrirse del sereno y flexionó los brazos hasta formar dos ángulos rectos sobre su abdomen. Con la palma izquierda empezó a frotar su antebrazo derecho con tal fuerza que de él, y de un momento a otro, unas llamas enormes saldrían para calentarla. Tanteó el terreno con sus primeros pasos sobre la acera angosta. Bajo sus pies descalzos no solo crujía la gravilla del adoquinado, sino también un montón de recortes de papel de los que chorreaba un río de tinta negra y roja perdiéndose por la cuneta. No supo qué decían, porque las letras ya no formaban palabras sino un reguero de trazos difuminados que le hablaban en otro idioma. “Esto no puede ser nada bueno”, pensó la muchacha. Y es que cuando había visitado la cacharrería de don Augusto para que el hombre le echara un vistazo a sus gafas, escuchó a varios viejos contar asustados cómo esa madrugada, cuando el gallo había cantado para darles los buenos días, las cuadras habían amanecido infestadas de pasquines. De eso hacía ya dos noches, pero parecía que había vuelto a pasar. Entonces respiró hondo y frunció el ceño. El olor a disolvente le empapó las fosas. Clavó la mirada en las fachadas pálidas del frente y se percató de los papeles que colgaban en los marcos de las puertas y ventanas. Esos no lloraban como los que yacían entapetando el asfalto. Desde tan lejos solo veía una T gigante que cruzaba el pico de la M como si fuera una cruz. Se retorció sobre sus talones igual que una hoja que empieza a

quemarse por la esquina y se quedó mirando hacia la puerta de la casa de Angustias. En ella no había un pasquín como en las otras. Había un grafiti que parecía pintado por un niño. La misma M atravesada por una T y, junto a ellas, una amenaza:



Muerte a los traidores: Más tarde que temprano pasaremos cuenta de cobro a su complicidad.

Entréguelos, si no, aténganse a las consecuencias

**Dignidad por Antioquía**

Eso mismo debían escupir esos pasquines del otro lado de la calle. “Muerte a los traidores” dirían también. ¿Traidores?, ¿de qué diablos se trataba todo eso? En ese pueblo solo había un sartal de viejos que no podían ya con sus almas, ¿a qué traidores se estaban refiriendo entonces? Hacía mucho Carmen había entendido que ese país en el que le había tocado nacer estaba destinado a ser destruido por la guerra, pero habría deseado que ese momento llegara más lejos y más tarde. Solo quería sentir el corte limpio y preciso de la tripa gruesa de un habano mientras el aroma del capote prieto en sus dedos la inundara toda. O el vuelo recortado de los tucanes de la señora buscando con sus trinos la comida en la copa de los guayabos y en las de los limoneros mandarinos que había en el solar. O el sabor del tinto recién hecho en las mañanas y en las noches. Pero esos pasquines estaban acabando con sus esperanzas y era muy probable que jamás volviera a tener todo eso si las amenazas se cumplían. Era un país de lobos. Y los lobos cazaban en grupo a sus presas. Puerto Triste estaba sentenciado. Estaba pensando en eso cuando sintió dentro de la casa unos gritos.

2005

Noche de  
fantasmas

La casa de  
los tucanes



Con dos zancadas llegó hasta el zaguán, empujó la puerta y la vio en medio del pasillo junto al barandal de caoba que bordeaba el corredor. Estaba en frente de la banca de madera arrastrando una cobija que colgaba de su hombro derecho. “No me sigás, Vicenta. Ya te dije que no puede ser verdá eso que me decís”. Zarandeaba el pedazo de tela que hacía ondulaciones en el aire, como si esta contestara a sus alaridos. “¡Imposible!, no seas boba, yo estuve todo el rato parada en el atrio y ninguno de esos hombres se le parecía. Yo me hubiera dado cuenta”. De pronto cuñó el bastón contra la silla, dejó caer la manta sobre los rombros del suelo en un surullo y empezó a tocar el helecho que tenía justo en frente. Lo tomó con sus dos manos como si lo acariciara. “Preguntale vos misma, ahí lo tenés. Miralo. ¿Sí le ves la cara? la tiene chupadita, chupadita”. Entonces, las pocas hojas que estaban en pie empezaron a caer. Eran plumas que volaban hasta desfallecer junto a la cobija que formaba un montículo como si debajo se escondiera alguien. Quiso moverse, salir corriendo y, por enésima vez en esa madrugada, tratar de que Angustias se calmara llevándola a dormir. Pero el cansancio se le dejó venir como un derrumbe en la montaña. No había duda, era la noche de los encuentros en una casa donde, quizá, el único fantasma era la misma Carmen.

Se concentró en acompasar la respiración, tensó las piernas temblorosas y apoyó la palma de su mano en el vano de la puerta del zaguán para mantener el equilibrio. Necesitaba cobrar fuerzas para lidiar de nuevo con Angustias, pero mientras sus ojos la escrutaban vigilando con un nerviosismo seco, sin pestañear, que no se hiciera daño, la dejó hacer. Por un momento se imaginó que la vieja no estaba tan loca, que el mundo real era el suyo. Se imaginó cómo sería nombrar a los objetos no por lo que son sino



por lo que uno cree que son. Hablar con ellos, sentirlos. Una vida propia en la que podría escoger los recuerdos y a quién recordar, en donde no hubiese dolor, ni tristeza ni despedidas. Ella construiría su propia casa y dejaría entrar solo a los que la hicieran feliz, a los que no la abandonaran. Tendría las llaves de las habitaciones, de la cocina, del vestíbulo, del cuarto de atrás. Cada cosa, cada mueble, cada aparato que estuviera allí le pertenecería. El alma de todos los que la visitaran. La comida. Los sueños. Las palabras. El tiempo en el reloj.

Unos golpes le arañaron sus tímpanos y la devolvieron a un presente que le pesaba demasiado. Se aclaró la garganta y solo atinó a decir “¡cuidado!”, cuando vio cómo la mujer había cogido el bastón y estaba moliendo a palos el aire, la banca, las baldosas. “¡Cuidado!”, repitió. Era como si esa palabra, al pronunciarla, le ampollara la lengua y las plantas de los pies, porque no fue capaz de articular otra que detuviera a la vieja, y menos alguna que la hiciera moverse. “Y se numeraban, y se caían. ¡Pum, pum, pum!”, eso decía Angustias, mientras usaba el bastón a modo de fusil, es lo que conjeturó Carmen, porque cada vez que blandía el palo en cualquier dirección, un ¡pum! salía de la boca de su patrona como un misil. Carmen quería preguntarle con quién se encontraba, pero seguía callada, expectante. Cambió de posición descargando el otro hombro en el travesaño contrario de la puerta y fue cuando sintió un escalofrío que le atravesó la nuca. En ese momento creyó que una ráfaga de aire había cerrado con brusquedad el portón y que a eso se debía esa tiritera que le estaba erizando la piel. Un hormigueo le entumeció los músculos y una sensación de vacío le perforó el estómago. Su mente se nubló con pensamientos sombríos y sintió miedo. Entonces supo que en realidad no estaban





solas en esa casa. Y que además de ese Emiliano y de esa Vicenta, había llegado alguien que segurito la doña no quería ver.

Uno de los bastonazos levantó las hojas de los helechos que yacían junto a la cobija. Como un equilibrista atrapó una de ellas en el aire con la puntera. Por su peciolo la condujo hasta las baldosas aprisionándola entre las juntas. “¡No puede ser!, Emiliano, decime que no sos vos, ese que aparece en esta foto. ¡Vicentaaaa!”. Angustias maceraba el haz de la hoja mientras movía la cabeza de un lado a otro como si así se esfumara su desesperación. Carmen no entendía de qué foto estaba hablando, pero tenía que ser de alguien importante. En la cabeza de la señora las cosas no eran lo que eran, sino que eran lo que ella creía. Una luz plomiza cruzó el patio y se posó sobre la mujer vieja. El alba había llegado y retazos de sol cubrieron sus pies. Empezó a temblar mientras levantaba su cabeza clavando la mirada en el vacío. “¡Que hace usted aquí! Váyase, no se acerqué más”. Los resortes de su desespero se soltaron de repente, era como si alguien la rondara. Ruidos callados hicieron llorar a las paredes, porque las paredes parecían destilar murmullos, y sus ojos empezaron a llorar también, y le entró frío, y también a Carmen. No había duda de que no estaban solas, ¿pero por qué la señora se ponía así? Todos los fantasmas estaban hechos con el mismo molde, ¿qué tenía este de distinto? “No me haga otra vez daño. Yo voy con usted, pero a la niña no la toque, déjela ahí, con sus ojitos cerrados, déjela ahí”, suplicaba. Fueron rezos interminables que no quería soltar; de pronto. enderezó el cuerpo y lo arrastró hasta tocar el zócalo de la pared con su espalda. Aflojó la tensión de las extremidades y un gesto infantil le transformó el rostro como si fuera otra persona, y levantando las palmas de sus manos como si sostuviera en ellas algo, dijo: “¿por qué carga ese relicario del niño Jesús en el pecho?”.

# Los emisarios de Dios

2005

Los emisarios  
de Dios

La casa de  
los tucanes



Para la familia, para  
la casa de los tucanes,  
y para todos los que  
quieren vivir en paz  
y armonía, esta es  
una obra que les  
ofrecemos con  
orgullo y amor.

Marta Gómez, para la familia

{ 161 }

*Para el viento, un ringlete  
pal'olvido, un papel,  
para amarte, una cama  
para el alma, un café.  
Para abrigarte, una ruana  
y una vela pa'esperar,  
un trompo para la infancia  
y una cuerda pa'saltar.  
Para la guerra, nada.*

Marta Gómez, *Para la guerra nada*



**2005** Cuando tocaron la puerta, Carmen sintió unas punzadas desagradables en el estómago. No había podido dormir. A decir verdad, solo había pegado el ojo un par de horas después de que Angustias desapareciera bajo sus cobijas al despuntar la mañana. No necesitó mucho tiempo para saber que la señora ya no tenía compañía. Se había quedado quieta, sentada en el suelo, con la cabeza gacha y entrelazando, en forma de tejido, los dedos de las manos. Su semblante era como el mar en calma. Un oleaje sereno en el que la somnolencia era turbada solo por un respirar sordo y cadencioso. Fue cuando ella la levantó suavemente y la condujo a su pieza para que descansara. Después, muy lentamente, deshizo los pasos hasta su cuarto recogiendo por el camino el reguero desperdigado por la casa durante la noche. Y alcanzó a llegar a su cama y a tirarse como una piedra sobre el colchón. Su cabeza daba vueltas. Giraba como un remolino. Ni siquiera se quitó las gafas, ¿para qué?, si eran su otra mitad y entera pensaba mejor, porque era lo único que hacía, pensar y pensar en lo que había pasado aquella madrugada. Si unía los pedazos estaba segura que armaría como un rompecabezas la vida de Angustias y de Puerto Triste, pero ¿por dónde empezar?



No supo cuándo concilió el sueño, pero no fue por mucho. Desde el día en que llegó a Puerto Triste la pesadilla de la mujer desnuda no la asaltaba. Despertó intranquila poco antes de que tocaran la puerta. Tenía la imagen de esa mujer grabada en su retina saliendo de una casa destruida por las balas, renqueante, con el pelo enredado, una blusa de hombre sin planchar y los calzones pringados de un engrudo seco. Los golpes no cesaban. Si no iba a abrir pronto, tirarían la puerta sacándola de sus goznes. En ese momento dio gracias de que su habitación estuviera a un paso del zaguán, de lo contrario no hubiera sido capaz de hilvanar sus pasos por el corredor hasta alcanzar el pomo. No era sino mirar al fondo para sentir que la cocina estaba en la cola del mundo.

—Padre, ¿qué hace usted aquí?, a la patrona le toca la comunión mañana.

—Sí, hija, ya sé, ya sé —le dijo el cura empujando la puerta con un golpe suave mientras se abría camino escaleras arriba sin voltearla a mirar. Parecía tenso—. No cierre la puerta, muchacha, que Vicenta está al caer.

—Buenos días, buenos días —le dijo la anciana deteniéndose en el umbral mientras recuperaba el aire y el temblor de sus manos se aplacaba en la jamba, luego remató—: ¿el padre Gonzalo ya está aquí?

Carmen se quedó mirándola con los ojos muy abiertos, tratando de descubrir en esa voz, en cada arruga, a la Vicenta que había estado en su casa horas atrás, porque seguro era la misma Vicenta de la doña, ¿quién más podía ser?, la cosa era que estaba vivita y coleando, ¿cómo era posible?, ella siempre había creído que los muertos y los espantos eran una misma vaina. Habitantes de las profundidades

de la tierra. Pero esta aparición estaba de este lado y ahora mismito traspasaba la puerta del zaguán en dirección al vestíbulo.

—¿Sí vio padrecito las pintadas en la puerta de la calle?

¡Mmm!, ya le dije yo que a ella no la iban a dejar quieta.

—Pero no creo que él se atreviera a venir aquí, esto tiene que ser otra cosa. Además, no estamos seguros de que ese desgraciado esté buscando escondedero en el pueblo —le dijo casi en susurros, como si quisiera que Carmen no lo escuchara, después se persignó varias veces por si el insulto lo hubiera oído Dios y continuó—, esperate que ahí viene, ahora seguimos hablando. —Se enfiló hacia la muchacha sin dejarla cruzar el umbral del recibidor en donde estaban y la interrogó carraspeando primero—.

¿Cómo sigue Angustias? Vicenta me dijo que antier la encontró perdida en la Loma del olvido...

Carmen frunció el ceño desconcertada porque no recordaba haber visto a nadie cuando fue por la doña al cementerio. Entonces sin responderle al padre, giró su cabeza en dirección a la vieja que estaba figoneando el vestíbulo como si buscara algo. Pasaba las yemas de sus dedos sobre las mecedoras, los cuadros, la mesa de mimbre, los portarretratos, las matas. Era como si estuviera comprobando que la superficie de las cosas no tuviera polvo, pero en realidad estaba recordando aquellos días en que fue parte de la casa. Cuando esas cosas le pertenecían también, porque Angustias y ella eran dos caras de una misma moneda. Eran amigas. Lo fueron alguna vez. Un alma repartida en dos cuerpos que se habían encontrado para caminar juntos, pero que juntos se dejaron ir con la fuerza de un soplo. Pudo más la rabia que el cariño y, simplemente, perdieron las dos. “¿Usté estaba ahí, doñita?”, le





preguntó Carmen devolviéndola al presente de un sobresalto y borrando de un tirón la tristeza de su cara. “Entonces, ¿conoce a la señora Angustias?, con razón”, dijo esto último mientras asentía varias veces con movimientos cortos de cabeza y se ruñía la uña del dedo índice hasta dejarla a pocos milímetros de la cutícula. El sacerdote levantó las cejas y abrió los ojos, tanto que pareció que estos iban a empezar a rodar en cualquier momento cuesta abajo por su sotana, y cuando iba a empezar a preguntar a qué se estaba refiriendo Carmen, Vicenta se le adelantó, no solo ubicándose a dos pasos del párroco dándole la espalda, sino inquiriendo a la muchacha para que se explicara.

—Es que si vieran que noche me dio la patrona. Hace casi nadita vino a conciliar el sueño. ¡Y luego ese mensaje en la puerta que me eriza la piel de solo acordarme! Es que de verdá ya no me tengo en pie —les contó con una voz arrastrada como si le pesara la lengua. Tomó aire, se acomodó las gafas una y otra vez sobre el tabique de la nariz y prosiguió— y segurito que ahora que se despierte empieza otra vez la romería de gente haciendo visita como en la madrugada, y padre... —Suspiró hondo botando todo el aire igual que un globo que se revienta, y concluyó—: Yo creo que no voy a tener cuerpo pa tanto. ¿Por qué no intentamos mejor encontrar a ese tal Emiliano, no les parece? —les dijo a ambos con una voz de súplica—, se ve que la doña Angustias lo quiere, y entonces él podría ayudarme a cuidarla...

—¿Qué visitas? Explicate mejor, hija —le dijo el cura con un tono de exasperación y una sensación de náuseas en

el cuerpo producida por el hecho de pensar en tener que buscar el paradero de Emiliano.

—Mire no más: como siempre estuvo aquí el tal señor Emiliano. Hasta ahí no me pareció la cosa extraña, a ese señor siempre lo menciona. Pero ayer fue distinto, porque también estuvo usted. —Levantó la cabeza y enflechó la mirada hacia Vicenta, que por la impresión casi se va de bruces—. Y me pareció que peleaban muy fuerte... creo que porque usted le estaba diciendo que ese Emiliano era culpable de no sé qué cosa, y la doña le decía que eso era imposible, que no dijera mentiras, y entonces después de muchos irs y venires, de que la señora se paseara por la casa hablando con los helechos, la cobija, su bastón, las paredes, usted se fue. Tiró la puerta. Es como si antes de irse le hubiera dejado unos periódicos o unas fotografías en esos periódicos, porque ella no hacía sino gritar y decir que ese de la foto no podía ser él. Y lo llamaba y le preguntaba y volvía a gritar. Y yo, padre Gonzalo, no sabía qué hacer. Y de pronto, ese otro llegó, y ahí sí fue que la señora se transformó todita. Ya no estaba enojada. Estaba trasfigurada por el pánico. Era como si hubiera visto al mismísimo diablo. Decía que no le hiciera más daño, ni a la niña, ¡y vaya usted a saber cuál niña!, ni idea padrecito, ni idea, y se orinó del susto. Como sería la cosa de brava, que se orinó enterita, ¡cómo le parece! Y como un animalito enjaulado se sentó quietecita en el suelo, recostada a la pared, como si alguien la hubiera castigado prohibiéndole moverse.

—¿Quién llegó, Carmen? Además del Emiliano y de Vicenta, ¿quién más estaba en la casa? —le preguntó el pa-





dre con los ojos cerrados mientras se hacía masajes en las sienes con ambas manos.

—Un hombre que tenía un relicario del niño Jesús en el pecho, al menos eso dijo la señora. —Le indicó Carmen desde la mitad del corredor mientras se dirigía a la cocina—. Espérenme no más, que ya les traigo tintico caliente pa que se entonen que la mañana está muy fría, padrecito.

El padre hizo una inspiración profunda. La casa olía a azúcar quemada y a café recién hecho, y con el ceño fruncido susurró expulsando de las orillas de su pensamiento todas las ideas que crecían enredadas como hojarasca. “Si estuvo aquí anoche es porque ya se murió, y si se murió, entonces esos pasquines ya no importan, ya esa gente no tiene motivos para meterse al pueblo”. Relajó los músculos, concentró su mirada en la vieja que lo observaba extrañada tratando de entender lo que acababa de escuchar y después de un breve silencio, le dijo, “Más bien movete, Vicenta, y vamos a buscar quien nos ayude a quitar esos papeles de las puertas y a tranquilizar a los paisanos, a ver si no siguen prestando oído a lo que dicen. Todos se van a volver locos. Aquí ya no hay nada más que hacer”, y empezó a caminar hacia la puerta del zaguán mientras pensaba como averiguar qué era lo que había pasado esa madrugada. Porque algo había pasado, de eso estaba seguro. Quien le podía dar las respuestas no era fácil de encontrar, siempre andaba recorriendo la tierra con otros tanteando los terrenos y mostrando su poder. Era mejor buscarlo cuando nadie se diera cuenta para evitar chismes y malos entendidos. En esas estaba cuando fue sorprendido por Vicenta que le impidió el paso metiéndole por los ojos unos recortes de periódico, “miré padrecito lo que me encontré encima de esa mesa. Estas son las fotos que le

entregué a la Angustias la última vez que la vi. ¿Y si luego es verdad que esa muchacha se empeña en buscarlo?, ¿qué tal que le dé por revolver el avispero?”.

El suelo del vestíbulo pareció abrirse al cura debajo de los pies y sintió cómo los vitrales de la puerta del zaguán empezaban a caerse como piezas de dominó. “Entonces era cierto que Carmen quería buscar al Emiliano”. Trató de acompasar la respiración y erguir las piernas que estaban bailoteando como un flan, luego se concentró en los papeles. “Pero si yo pensé que Emiliano ya no era un problema. Si se dan cuenta que yo...”. Debía ocuparse de Emiliano y del otro “Cura”. Nadie podía enterarse. ¿Quién le iba a creer?, ¿nadie en el pueblo lo perdonaría? Y la verdad, él ya no sabía si merecía ese perdón. Vio que la muchacha estaba saliendo de la cocina con una bandeja en sus manos y en ella dos tasas de tinto humeante. Entonces como por arte de magia, los recortes se deslizaron por el interior de su sotana con voluntad propia. “Padrecito, ¿se van a ir sin tomarse el tinto?”, alcanzó a decirle cuando estuvo a su altura. Sus pupilas se encontraron, pero él pudo controlarlas sin que llegaran a dilatarse, luego se cuidó de no retirar la mirada demasiado pronto, levantó la mano derecha en el aire para dibujar una cruz, y mientras sentía el carraspeo de las hojas sobre la tela mojada, le dijo: “Sí, Carmen, es que ya casi es hora de la misa”.

\*\*\*\*

2005

Los emisarios  
de Dios

La casa de  
los tucanes



## *Desde alguna parte de Antioquia, noviembre de 2005*

Señora Adelina Echeverry, señora Margarita Arango, señor Francisco Ramírez Arango:

*Amada familia:*

Estoy muy lejos y hace mucho que no estamos en contacto. Las cosas no han sido fáciles. Lo saben de sobra, porque lo han vivido en carne propia como yo. No sé cuánto tiempo me queda entre ustedes cumpliendo esta misión, pero ante este Niño Jesús que en el pecho siempre me acompaña, quiero dejar algunas cosas claras para cuando ya no esté. La lucha ha sido dura. Muchos años han pasado desde que el primo dejó este mundo. Desde que dejó como legado ponerme, ponernos a vos, Tuso, y a mí, en el camino de la entrega desinteresada a nuestro país. A eso es a lo que me he dedicado todos estos años, a liberar al pueblo de la mano sanguinaria y cruel de esos guerrilleros bandidos que a punta de cuentos chinos han querido hacerse pasar por héroes de los pobres. ¡Cuánta mentira hay en todo ello! Pero ya estoy cansado, no porque haya dejado de creer en la causa, sino porque manos negras han empezado a manchar los principios que nos hicieron nacer aquel diciembre de hace tanto tiempo. Empuñamos las armas para defendernos del atropello de los opresores y de sus cómplices, y en eso solo puede cifrarse nuestro esfuerzo. No en acabar con los inocentes, y mucho menos en utilizar nuestra institución y nuestra bandera para hacernos ricos sirviendo de fachada al comercio de la droga. ¿Cuándo nos convertimos en narcotraficantes?, me he preguntado, ese no es el camino. Por eso lo he estado pensando y voy a saldar mis deudas con la justicia. Ya he iniciado los acercamientos con algunas autoridades para arreglar con ellas las cuentas. Aunque no lo crea y no esté convencido que



haya hecho las cosas mal, no es un secreto para nadie que algunos no ven con buenos ojos nuestras acciones militares y no entienden los motivos por los que hemos tenido que sacrificar a muchos o por qué muchos han tenido que pagar con sus vidas las confabulaciones con los subversivos. La historia es sabia y nos dará la razón. Pero hijo, y acá va mi primera petición, cuando seas el comandante en jefe de los nuestros, ¡de todos!, y yo deba dejar las filas, no permitás la disidencia. No somos traficantes, somos libertadores. Que eso no se te olvide, mijo, que no se te olvide.

Como no sé si nos volveremos a ver, porque presiento que estoy en peligro por estas cosas que pienso, quiero dejar en las manos de todos ustedes, y a consciencia suya, mi voluntad respecto del destino de mi pequeño patrimonio familiar. Repártanlo entre mis herederos de la siguiente manera: la finca “El Tomate” corresponde en su totalidad a usted madrecita para que no tenga apuros cuando yo ya no esté. Y cuídese mucho, que usted es una santa. La finca “La Jacinta”, herencia de mi primo y donde esos malnacidos lo mataron como a un perro, se la dejo por mitades a mi mujer Margarita y a vos Pachito, así como los dos apartamentos que están en la ciudad y que están bajo la administración del único amigo que he tenido en la vida y que es asistente urbano de la familia desde los tiempos de papá. Ustedes saben quién es. Y finalmente, la finca “Tiro mocho”, donde está la escuela y de la que sos dueño, Tuso, del 50 % y yo de la otra mitad, queda toda para vos, pero si la querés vender, ya te digo yo que no tengo inconveniente alguno, ya se buscará otra sede pa'l entrenamiento. La manigua es muy grande. Ahora bien, el ganado y los bártulos de cada finca, pues le toca a quien se va a quedar con cada una, claro, para que así no haya problemas, porque ustedes saben que cuando el muerto se va al hoyo los vivos no salen de la pelotera, y eso es lo que yo quiero evitar, porque hombre precavido vale por dos, como quien dice.



*Una copia del presente testamento queda en manos de ustedes que son los garantes y herederos, y otra se la mando a mi asistente en la ciudad.*

*Los quiere,*

*Lázaro Ramírez Echeverry,  
c.c. 8'251.222 de Medellín*

Los emisarios  
de Dios

\*\*\*\*

La casa de  
los tucanes

Margarita llegó al cambuche en horas del almuerzo. Llevaba varias semanas sintiendo rondar la muerte por la casa. No la veía, pero un olor a crisantemos le trepanaba la nariz desde que despegaba el ojo hasta que lo volvía a cerrar en la noche. La carta de su marido había llegado en un sobre sin remitente días atrás. Alguien lo deslizó por debajo de la puerta echando a correr después. Al leerla la mujer supo que no volvería a ver a Lázaro con vida, porque la organización no soportaba que se hicieran tratos con los chulos y menos para malograr los nuevos negocios. El Tuso se enojó mucho por más papá que fuera el jefe. Traidor era traidor, y si se iba de la lengua había que dejársela de corbata. Esas eran las reglas.



Para no ponerla en peligro, Lázaro había decidido hacía muchos años que su mujer no viviera con él en la montaña. Con el objeto de no levantar sospechas, Margarita vivió primero en la ciudad, y cuando empezó a hacerse mayor decidió trasladarse a la finca “La Jacinta”, ubicada en una vereda de Puerto Triste para estar más cerca de su esposo y de su hijo. Los frentes que ambos comandaban operaban en la región. De esta manera, Lázaro, que ya no tenía las

mismas fuerzas de antes, podría visitarla de manera más continua sin tener que desplegar tantos dispositivos de seguridad como cuando iba a Medellín. La última ocasión en que Margarita lo vio fue un mes antes de que recibiera el testamento. Él había llegado al caer la tarde. Al principio no lo reconoció porque estaba vestido con una ruana y un sombrero de ala ancha que le cubría las facciones. No había huella de su uniforme militar. Se había dejado crecer la barba y tenía el rostro increíblemente seco y estirado. “¿Cómo le va, mujer?”, le dijo con un gesto tan inexpresivo que Margarita, sin más, lo dejó pasar sin abrazarlo por primera vez en la vida. Adentro Lázaro parecía alterado, tan nervioso que en lugar de cenar tomó del bifé una botella de aguardiente y se zampó un trago grande. “¿Qué le pasa, mijo?, ¿por qué está tan inquieto, si se puede saber?”, le replicó ella, “yo no es que entienda mucho de sus cosas, pero puede desahogarse conmigo, usté sabe”, le dijo mientras se mordía los labios esperando la reacción del hombre. Él recibió la frase inclinado sobre la mesa del comedor con la botella en la mano. Giró la cabeza, se echó para atrás y le soltó de repente: “creo que me van a matar, y creo que fue el pachito el que dio la orden”.

Por eso cuando Margarita por fin decidió enfrentar a su hijo, ya se corría la voz por el pueblo, al que ella bajaba cada miércoles para hacer mercado, que por allá en el monte había traidores. Se conminaba a los puertotristeros a no encubrir a nadie y se advertía de las consecuencias que acarrearía cualquier intento de ocultación del enemigo. Nadie sabía de los nexos que la unían a esos hombres que años antes habían acabado con la paz de sus calles, por eso la consideraban una más en la tragedia: “sí vio doña Tita, amanecemos empapelados otra vez”, “pa colmo, doña Tita, uno de ellos anda segurito por el pueblo buscando escondedero





a peso y lo van a cazar como a una mosca, y al que se lo tope de frente también. Ahora verá que uno es el de malas”, “imagínese, doña Tita, que...” , y así iban y le contaban una y otra vez, y ella suspiraba profundo como si le preocuparan los lugareños, pero la verdad era que sentía, con cada palabra dicha, una punzada que la clavaba en la tierra, una punzada que le arrancaba de un tirón las cuentas de sufrimiento de esa camándula invisible que cargaba en el pecho desde el día en que su Lázaro le dijo que la vida estaba en el monte.

Tomó de la cocina de su casa un cuchillo para defenderse por si su hijo intentaba matarla, pero después decidió que no era necesario, que él no se atrevería, o al menos no delante de sus hombres. “La madrecita de uno es sagrada”, eso es lo que se decía dentro de las filas, y lo que en muchas oportunidades le escuchó decir al Tuso cuando la encontraba llorando en la cocina después de que su papá la había molido a golpes. Así que se plantó en frente del portón de madera y preguntó por el comandante. Dos guardias, armados hasta los dientes, no la dejaron entrar a pesar de saber quién era. Mientras uno de ellos se perdió en el interior de la casa para informar de su llegada y recibir instrucciones, otro la requisó de los pies a la cabeza tocándola más de lo necesario. El ayuno de mujeres era muy verraco. Sus senos y el olor a manzana verde de sus genitales lo hizo excitarse. La bragueta se le puso dura, y cuando la arrinconó contra un árbol y le empezó a subir la falda con su palma caliente y callosa, el otro hombre que estaba cruzando el umbral de la casa, gritó: “ya puede pasar”.

No tardó mucho en encontrar a su hijo, estaba en el patio de la finca, sentado en la fuente de piedra que se erigía en el centro como si fuera un trono. Con una mano sostenía un cigarrillo recién

prendido y con la otra apoyaba una pistola 9 mm en su muslo derecho mientras escuchaba a uno de sus hombres decirle algo en secreto. Era el mismo que la había tratado de violar minutos antes. Ya no valía la pena echarlo al agua, El Fósforo se le había adelantado. El Tuso la miraba con ojos de acero, como si en ellos no quedara un rescoldo de esa devoción que sentía por su mamá cuando era niño. “Mi princesa” le decía entonces, “usté, mamá, siempre será mi princesa, y ese hombre no la va a volver a tocar nunca, de eso me encargo yo. La voy a cuidar toda la vida, ¿me oye?”, le repetía una y otra vez. Pero ahora sus ojos no parecían tener memoria, eran los ojos de un león, y su boca, y sus garras. “¿Qué hace aquí, mamá?, ¿no le tengo prohibido que se asome por estos lados?”, le espetó como si estuviera rompiéndole los tímpanos a culletazos. Ella no lo escuchaba. Un sudor pegajoso le empezó a temblar por la nuca, abrió la boca y comenzó a rezar mentalmente. “¿Dónde fue que enterraste a mi Lázaro?”. Francisco se quedó mudo. Abrió los ojos y se quedó mudo con la ceniza quemándole el pantalón. “¿No seas desgraciado y decime dónde está?, por eso era que estaba tan triste tu papá, ¿morir a manos de su propio hijo! Por eso era que estaba buscando donde esconderse y vos sabías que en el pueblo nadie iba a ayudarlo. Lo acorralaste como a un perro. ¿Quién te avisó que estaba en La Jacinta? Sos como Caín. Sos el diablo, Francisco, sos el puritico diablo”.

El Tuso seguía sin moverse. Levantó la cabeza y con una mirada dio la orden. El hombre se acercó a Margarita, la tomó por el codo y la empujó hacia la puerta. Pero ella hecho raíces. Entonces El Fósforo tuvo que pasarle el brazo por el pecho amarrándola a su costado, y la arrastró hasta la salida mientras ella pataleaba intentando soltarse. Francisco se quedó paralizado viendo la



situación, en alguna parte de su corazón esa mujer seguía siendo su princesa. De pronto, su mano se aflojó y dejó caer la pistola que rebotó en el suelo empedrado soltando un tiró que chocó contra un cristal. El estruendo de la pólvora quedó rebotando en sus orejas, pero no tanto como lo último que escuchó, a la distancia, de su madre: "...y que te quede bien clarito, cuando me vayás a matar a mí no te atrevás a meterme una bala por la espalda como los cobardes, hazelo con un cuchillo, pero me lo metés por la vagina porque por ahí fue que yo te tuve".

\*\*\*\*



Vicenta se había marchado hacía rato. El cura estaba solo en la sacristía. Sentado detrás de su escritorio con los codos apoyados en el tablón y las yemas de los dedos sobre su boca. Los recortes de periódico que había tomado de la casa de Angustias se hallaban esparcidos sobre la mesa. En ellos la cara de Emiliano, con ademanes tristes, lo observaba. La silla chirrió sobre las baldosas cuando la corrió para ponerse de pie, estaba demasiado tenso para sostenerle la mirada a ese muerto que le pesaba en la consciencia. "Porque está muerto, ¿no?", era su muerto y el del cacharrero. Para don Augusto ese sí era un difunto que le pertenecía, también a las aguas del río que desde hacía mucho lo había reclamado amarrándolo en el fondo. El caso es que ya buscaría la forma de disuadir a Carmen. La pobre muchacha no tenía por qué pagar las culpas de otros, ya bastante tenía con cuidar a la señora.

El timbre brusco del teléfono lo sobresaltó. Lo dejó sonar cuatro veces. Después, el silencio. Y antes de que pudiera contar hasta cinco, como una explosión, volvió a repicar. Entonces supo



quién estaría al otro lado cuando levantara el auricular. Las manos empezaron a sudarle y la boca se le secó tanto, que en la lengua se le depositó un sabor ferroso que lo quemó por dentro. Tomó la bocina en cámara lenta y suspiró hondo antes de poder decir algo. “¿Ya está hecho?”, fue lo que preguntó. “Soy hombre de palabra, padre. Ya no tiene de qué preocuparse”, le respondió una voz grave después de hacer una pausa que él creyó eterna. “La consciencia es lo que me preocupa, pero eso es cosa mía y de nadie más”.

Semanas atrás en mitad de la homilía llegó a la iglesia un hombre que jamás había visto. Se sentó en la última banca y no se quitó el sombrero como todos los demás al ingresar en la casa de Dios. El extraño no parecía rezar, solo lo miraba fijamente escrutándolo debajo de sus gafas oscuras. Después de que el cura tras cada “oremos” invitó a los feligreses a levantarse, ese hombre no se puso de pie ni una sola vez. Cuando se acabó la misa y todos los demás ya se habían marchado, él se incorporó, se estiró el suéter de lana, relajó las muñecas, se echó una mochila vieja sobre los hombros y, acto seguido, después de meterse las manos en los bolsillos de su pantalón, empezó a caminar en dirección al padre Gonzalo. “Buenas las tenga, padre, podemos hablar”. No era una petición, y de eso el cura estaba seguro. Así que, sin responderle, le indicó con los ojos el camino a la sacristía. Entraron. El hombre no buscó asiento. El sacerdote sí lo hizo, como siempre detrás del escritorio, se pasó la palma de la mano por la cara hasta convertirla en un bozal, y por unos segundos se quedó pensativo el tiempo necesario para darse cuenta que esa visita no le traería cosas buenas. “Hable hombre, ¿qué pasa?”. Un sobre de manila salió de la mochila del extraño y aterrizó como una bomba en mitad del pupitre. Tumbó el cáliz y las vinajeras que el capellán no había alcanzado a



guardar en el sagrario. “¿Qué es esto?, preguntó el padre Gonzalo mientras destapaba con un cortapapel la cubierta. “Eso es para que siga salvando almas, ese es su trabajo, ¿no?”. Le dieron ganas de sacar el contenido y echarle un vistazo, pero tenía dudas de cómo reaccionaría con lo que encontrara. El extraño apoyó sus manos en el respaldo de una de las sillas que estaban dispuestas para los visitantes y se inclinó hasta quedar a unos centímetros de la cara del clérigo: “necesitamos su colaboración, padrecito, y este pueblo también”. De pronto sacó de su bolsillo un papel que desdobló y clavó en la mesa con el cortapapeles que el cura había dejado allí momentos antes. “Mírelo bien y no se le olvide esta cara. Averigüe dónde está escondido y avísenos. Hágalo por el bien de su gente”.

Antes de que el hombre hiciera girar el picaporte de la puerta para salir de la sacristía, el padre Gonzalo atinó a decir “¿por qué lo están buscando?”, tenía la sensación de estar cometiendo un crimen. El quinto mandamiento sería quebrantado otra vez. Sus manos estaban manchadas de sangre. La sangre de Emiliano era una tinta indeleble que corría por su piel atormentándolo, y ahora le pedían que lo hiciera de nuevo. Pero él podía negarse, a un sacerdote no se atreverían a hacerle daño. Diría que no, que se buscaran a otro. Entonces se levantó. Cogió la foto y el sobre para devolverlos, pero en ese instante el hombre se giró sobre sus talones y como si fuera una sentencia, apuntó: “cuando todo esto termine recibirá el doble. Piense no más que está entregando a un judas. Mire, padre, mi comandante El Tuso le manda a decir que él sabe que usted no quiere que pasé otra vez lo mismo que pasó hace 15 años en este pueblo, y que usted también sabe reconocer lo que les conviene. Con esa platica puede hacer milagros. No se haga de

rogar, que esas cosas no nos gustan. Que esté muy bien, padrecito. Ya tendrá noticias nuestras”.

Por eso cuando aparecieron los primeros pasquines supo lo que tenía que hacer: había que encontrar al hombre de la foto. En el pueblo no se podían enterar que estaba ayudando a los mismos que habían convertido a Puerto Triste en un caserío de espantos. Todos confiaban en él y si sabían de sus tratos con los del monte lo más seguro es que el rio tendría un nuevo habitante. “Padre, la señora Margarita viene a confesarse cada miércoles. Pregúntele a ella por su marido”, eso le dijo El Fósforo cuando irrumpió de nuevo en la estancia, como un animal rabioso, para decirle lo que antes se le había olvidado. “Pregúntele, y si quiere no lo haga por nosotros, hágalo por esos muertos que no quiere volver a ver”. ¿Entonces el hombre de la foto era el esposo de Margarita?, ella siempre bajaba sola al pueblo y jamás hablaba de su vida privada en público. Cuando iba a la iglesia, pecados menores se atoraban en las paredes del confesionario: “padre, he tenido pensamientos sucios”, “padre, quiero que se pudra en los infiernos la Matilde”, “padre...”, pero de su marido ni una palabra. El día en que Carmen encontró a Angustias en el cementerio, Margarita se apareció en la Sacristía a media mañana. No era miércoles. Por eso el padre se extrañó al verla sacándolo de sus cavilaciones. Ella entró con el semblante descompuesto y una tembladera en las manos, como si de un momento a otro fueran a partirse en pedacitos. “Hija, ¿qué tiene?”, le dijo ayudándola a sentarse en una de las poltronas que se hallaba recostada a la pared. “Padre, lo van a matar. Lo van a matar y yo sé que el tiro de gracia se lo va a dar ese demonio. Y yo lo parí, padrecito, yo lo traje a este mundo, yo soy culpable de que me lo maten”, y rompió a llorar todas las lágrimas que



durante años llevaba retenidas muy adentro. Esas que no derramó después de cada paliza que recibió de Lázaro. Esas que se quedaron agarrotadas en sus ojos después de cada muñeco que su marido y su hijo regaron por la trocha. Esas que estaban secas debajo de la piel de una mujer dura. De una mujer a la que vida y la mala suerte le torcieron el destino cuando la guerrilla mató a Jacinto como a una rata. El sacerdote supo con sus palabras que le estaba hablando del hombre de la foto; el corazón le empezó a saltar hasta los dientes. Era su oportunidad. Ya lo tenía. El pueblo podría salvarse.

“Mañana mismo le hago llegar con uno de mis hombres un sobre igualítico al otro. Y estese tranquilo, cura, que hizo lo correcto”. Antes de colgar fue lo que le dijeron. Seguro lo habían encontrado en los alrededores de la finca de Margarita, escondido como un topo en algún agujero mal cavado en la tierra. Eso era lo que les había informado después de que la mujer se marchara de la iglesia con el alma cocida al pellejo. “Dios lo tenga en su santa gloria”, y se santiguó tres veces. Sacó de la última gaveta de su escritorio la fotografía del otro tal Cura. Sin mirarla la rompió. Y después guardó bajo llave los recortes de periódico donde el Emiliano continuaba mirándolo con abatimiento.



# El juicio

1999

El juicio

La casa de  
los tucanes



"No plegamos por las glorias de las  
piedras que se van a hundir  
las glorias de las piedras."

Julio Cortázar, El juicio

*No pregunto por las glorias ni las nieves,  
quiero saber dónde se van juntando  
las golondrinas muertas.*

*Julio Cortázar, El interrogador*

**1999** El padre Gonzalo metió entre el fajín negro que rodeaba su cintura el sobre que Angustias había dejado encima de la mesa del comedor. Luego recogió el surullo de papel que Sandrita había sacado de la nevera en forma de carta minutos antes. Quería estirarlo para leerlo y así confirmar lo que ya sabía. La hoja estaba helada como quedó él al leer el remitente. Un fantasma había vuelto, y de fantasmas él padrecito sabía mucho. Era un frío distinto, un frío que se le metió bien adentro trepanándole los huesos. Era tan frío como lo fueron esas cavas del anfiteatro improvisado donde habían apilado a los muertos aquella madrugada de agosto nueve años atrás. Donde los habían apilado dentro de bolsas de basura, porque ya no cabían en la cancha de fútbol en la que se armó la tarima para esos payasos que nunca llegaron.

Pensó que el frío era por el aguacero que en la víspera había azotado al pueblo. ¡Pero qué lejos estaba de la verdad! Lo que se avecinaba para los puertorristences, si es que se enteraban, era peor que una pesadilla. El frío de la carta era el frío de los muertos que cubrían las calles desde hacía años. Era el frío que se sentiría cuando la mano del que los mató, callosa por segar la trocha de las



montañas, volviera a empuñar con sus dedos largos y gordos, con las yemas gordas de los dedos, el fusil de la muerte.

Esa mano era la mano de cada uno de los hombres de verde camuflado. Unas manos que como garras alcanzaron un día los cuerpos indefensos de los pobladores, clavándose tan profundo que sus figuras aprisionadas contra el suelo solo fueron un montón de carne sebosa desparramada por entre la tela de sus vestidos. Era la mano que le ordenaría a los lugareños un “corre-ve-y-dile” que el sacerdote no estaba dispuesto a permitir. “Un hombre movido por el miedo no se queda callado, padrecito, reacciona, porque el remordimiento es muy verraco. Mire toda el agua que ha corrido y, aun así, apenas llega la noche empiezo otra vez a oír como berrean los muertos en mi cabeza. Por eso, que ni se le ocurra a esa gente volver por acá, porque ahora mismito es que empiezan a voliar los tiros desde toiticos laos. ¡Óigalo bien, padre, este miedo ya tiene dientes!”, eso es lo que le decían en el confesionario día sí y día también. No, definitivamente, tenía que evitar que Emiliano regresara. Así que guardó dentro del copón la pelota de papel que con la carta había formado la palma desmemoriada de la doña. Una hostia más para perdonar los pecados de Puerto Triste: los pasados y los futuros.

No la escuchó cuando ella volvió a repetir sin voltearlo a mirar siquiera, y aun con la falange superior de su dedo índice sobre los labios: “padre Gonzalo, ¿a qué no sabe quién vuelve al pueblo?, no se lo va a creer. ¡Mmm!, ave María, nadie se lo va a creer”. No la escuchó porque no estaba preparado para escuchar, no estaba preparado para que el Emiliano regresara. Empezó a respirar un aire pesado, estancado. Entrecerró los ojos como si estuviera oteando el horizonte. Y el alma se le remangó en el pecho provocándole un



vacío de caída libre sin arnés. Y apretó el estómago. Y después, en su rostro de piedra se dibujó una sonrisa triste. Una grieta deforme y alargada por donde se escapaba un pasado que esa maldita carta traía de regreso. La memoria ya no le pertenecía, se distorsionó por el paso del tiempo y por lo que él quería recordar, como si elegir los recuerdos asegurara hacerle un guiño a la historia. Se distorsionó por cuenta del miedo, de la culpa, de la impotencia. Ya no sabía hasta dónde llegaban las imágenes que sus ojos vieron ese 3 de agosto de 1990 y hasta dónde las imágenes que inventó desde entonces tratando de recordar lo que les pasó aquella noche.

La mujer seguía parada en medio del corredor entre la mesa y la puerta de su cuarto mirándolo a él con unos ojos muy abiertos que no parpadeaban. Ojos de mirada perdida que lo atravesaron entero, que se columpiaron en el vano de las cuencas y se perdieron en el ángulo de las cosas como si el cura fuera invisible. Y su sotana. Y su estola. Y su copón también. Era una mujer repentinamente sola que estaba en mitad del pasillo mirando al silencio, o el silencio mirándola a ella para tragársela de un mordisco.

Él había tomado una decisión, aunque no había nada que decidir y él lo sabía, porque no podía parar los acontecimientos que como un torniquete apretaban la herida abierta de su alma piadosa. Aun así, después de que en un solo movimiento —un impulso llegaría a pensar más tarde— su mano atravesó el aire, empujando la corriente, cortando bloques de aire seco como si fueran maleza tupida, y se abrió camino hasta el brazo de Angustias y metió con fuerza sus dedos por debajo de la manga del saco de lana que lo cubría y alcanzó con las puntas de sus dedos, de las yemas de los dedos, la piel flácida de ella. Después de que el golpe del papel de lija de la carne contra la carne hizo que ella cambiara el gesto y

1999

El juicio

La casa de  
los tucanes



volviera por un instante de su viaje por el mundo de las sombras al que lentamente se estaba trasteando, y se quejara de dolor cuando las uñas del padre Gonzalo se enterraron como brocas en su extremidad. Después de que su cara contraída por el dolor siguió los pasos de la cara contraída de él, pero por la rabia. Después de que la mano del padre, sus uñas, dejaron de ser pernos y se soltarán cuando de un golpe ella cayó encima de la silla del comedor donde aún había migas de la parva del desayuno. Después de que él quiso deshacer los pasos y no culparla del regreso de Emiliano y evitar que siguiera pasando lo que estaba pasando y fingir que todo estaba bien, que él solo debía darle la comunión y marcharse donde otro enfermo como ella, “porque Angustias es una pobre mujer enferma y yo un cura, su cura, ¡y un cura cuida a sus feligreses!”, se dijo. Después de eso se quedó parado en frente de la doña con la mirada pétrea de un verdugo, esperando que pasase lo que pasó: la confesión de la fecha exacta del arribo de Benítez al pueblo.

\*\*\*\*\*

### *Horas más tarde en la sacristía*

—¿Está seguro padre de lo que está diciendo?, mire que con esas cosas no se juega —dijo Vicenta entre suspiros mientras dejaba en el armario donde el padre guardaba las casullas para las misas, la mantilla de luto que como plañidera usaba en los entierros

—Decime Vicenta, vos que lo conociste, porque eso me has dicho, ¿cierto? —El padre Gonzalo hizo la pregunta mientras se movía por la habitación a modo de peonza



como si estuviera afinando las losetas del piso, de pronto paró en seco, clavó la mirada en la mirada atónita de la vieja y continuó con voz grave—. ¿Vos creés que se atreverá a volver después de lo que hizo?

—¡Solo eso nos faltaba, padre! —dijo mientras se persignaba—, pantalones sí tiene que tener el condena para darse una vuelta por estos lares. ¿Qué quiere que le diga? Lo vi una vez o dos, en fotos, y lo conozco de lo que Angustias me contaba cuando éramos buenas comadres, ¿se acuerda?, cuando jugábamos parques y tomábamos el algo en su casa —apuntó Vicenta mientras ponía las órbitas de sus ojos en blanco como si extrañara en su vida esa vida del pasado ya perdida en la memoria del tiempo. Como si extrañara a esa amiga que ya no estaba, que se había alejado de ella como lo hace una ola que se rompe al chocar contra el acantilado. Que se frena primero, pierde altura y se adentra en el mar como un trozo de oscuridad inmensa. De pronto se puso pálida y continuó muy despacio—; aunque pensándolo bien... ¡ay, cómo olvidarlo, Diosito!, cómo olvidarlo. Yo sí lo vi esa noche si vamos a ser francos... yo... yo lo vi esa noche. —Volvió a persignarse varias veces, olvidándose de que el cura no se había movido y le sostenía la mirada, esperando.

—A eso me refiero, Vicenta, ¡por el amor de Dios! A esa noche. —Le espetó el sacerdote zarandeando las manos a la altura de la cara, pero al ver que la mujer seguía pálida, remató bajando el tono—. ¿Estás bien?

—Y pa colmo —siguió hablando la mujer como si no lo hubiera escuchado—, ¡Angustias al otro día en el cemen-



1999

terio!, me acuerdo paténtico, ¿usté no? —le preguntó taciturna al padre sin mirarlo, mientras inclinaba en cámara lenta la cabeza hasta tocar la incisura del cuello con el mentón que como un gozne la hizo girar de un lado al otro, y a sus ojos, buscando una aguja en un pajar—. Es que después, atando cabos, ya se imaginará, llegué a la conclusión de que ella tenía que saber. Es que lo que hizo ese día...

El juicio

—Sí, mujer, yo también me lo he preguntado todo este tiempo. —Repuso el párroco dando pequeños pasos marcados de cansancio, con la mirada fija como si estuviera llenando de ideas la memoria, después prosiguió—. No sé cuántos se dieron cuenta de aquello, porque ese entierro fue una estampida de pájaros, Vicenta, vos lo sabés bien. Todavía siento a los músicos soplar tiros desde la boquilla de las trompetas, que por la fuerza de los pistones salieron disparados desde el pabellón en ráfagas ensordecedoras atravesando la tristeza de la gente. “Volvieron, corran”, era lo único que escuchábamos todos y, entonces, el caos: los ataúdes rodando por el suelo, y los cadáveres, o lo que quedaba de ellos, corriendo también como si quisieran escapar de una segunda muerte. Y en medio de todo, Angustias plantada como un árbol en la plazoleta, doblada, hecha un ovillo, escarbando con la puntera de su bastón a los difuntos. Levantando las cabezas sin cuerpo a la altura de sus ojos, como si en cada una encontrara a la medusa de Perseo: “¿sos Emiliano?”, les preguntaba, y antes de que los rasgos de esos globos desinflados y deformes pudieran contestar, ya los había tirado sobre el

La casa de  
los tucanes



reguero de muertos para coger otro que sí le respondiera. —Suspiró hondo y remató con contundencia—. Por eso, ¡concéntrate, Vicenta y respóndeme lo que te pregunté!, que la cosa es muy grave, ¡gravísima!

—Es que es difícil, padrecito. Todos estos años he tenido el alma como una pasa por esos jediondos recuerdos. Años y años sin poder dormir bien —dijo mientras se apoyaba en el brazo del reclinatorio que el cura tenía junto al armario—. Cuando me entregó a Sandrita esa noche, lo único que pude pensar era que esos carrillos grandes, y esa piel oscura, y ese hueco en la cara, y esas gafas redondas sobre esos ojos verdes, tenían que ser del mismo señor serio de la foto que Angustias tenía en el cuarto secreto. Pero ahí mismitico, en fracción de nada, pensé que no podía ser. Que el Emiliano estaba muerto, porque ella me lo había dicho miles de veces cuando tumbaba sobre el ropero el portarretratos para no verlo. “Este está difunto hace rato, Vicenta. O eso creo, porque no volvió a aparecer después de que nos cogieron la casita a plomo y me acabaron la vida a mí”, eso me decía, alzando ese bastón de níspero que usa para no caerse, el mismo de la colada del cementerio pa más señas, ¡sí!, el que huele a muerto. Me decía que estaba bien petatiao en algún hueco por allá en el monte. Que a finales de los 70 se había ido pa'l otro mundo cuando lo de la emboscada en la vereda esa donde vivían. —Vicenta hizo una pausa al ver que el padre abría los ojos como platos—. ¿Que cuál emboscada? ¡Ahhh!, esa parte de la historia usted no la sabe, después se la cuento mejor para no envolarlo. Espérese que don Augusto está

1999

El juicio

La casa de  
los tucanes





al caer y así matamos dos pájaros de un tiro, nunca mejor dicho. El caso es que yo suponía que él estaba muerto, como le digo, además, el marido de mi amiga no podía ser de los malos, me repetía una y otra vez. No nos podía estar matando como garrapatas. Se trataba del esposo de mi amiga, de mi a-mi-ga, padre. ¡Imposible!, eso era lo que quería creer. Así que una de dos: o era preguntarle si sí era el mismísimo Emiliano y esperar un tiro en las entendederas por bocona y por sapa como decían las paredes en las calles, o era agarrar a la niña y tratar de llegar a la casa para cocinarles, cocinarles mucho, a ver si al menos nosotras podíamos contar el cuento al otro día. ¿Y sabe qué hice muerta de miedo? Nada. Nada, padre. No hice absolutamente nada... ¡y ya ve!, aquí sigo cargando decenas de muertos en la conciencia.

—Como sea mujer, olvídate de culpas y de historias. Ahora lo importante es pensar qué es lo que vamos a hacer sin que se riegue el chisme por ahí, porque no queremos que esas decenas de muertos se dobleteen, ¿cierto, Vicenta?

—Cómo se le ocurre padre. Calle esos ojos más bien.

—Volvió a santiguarse dibujando tres cruces en el aire y deslizando, como jalea, un padrenuestro por entre los dientes.

—Cuando llegue don Augusto, ponele la aldaba a la puerta para que no nos moleste nadie. Decí que estoy almorzando. Si hay alguien capaz de evitar otra catástrofe, ese es el cacharrero —lo dijo estirando hacia abajo con las dos manos las comisuras de los labios hasta que las palmas se cruzaron debajo de la cumbamba en posición de

súplica—. Don Augusto es de armas tomar y, además, me consta que parece una tumba de lo discreto que es.  
—¡Shhhhh!, escuche, padre. Ya está aquí —dijo Vicenta cuando abrió el postigo de la puerta y vio al dueño de la cacharrería “El Manitas” doblando la esquina.

1999

\*\*\*\*

El último día que Emiliano estuvo vivo, Angustias salió a buscarlo por el pueblo; habían pasado más de dos décadas desde que se vieron por última vez. Era sábado. Él había quedado de llegar a su casa cuando cayera el sol, o al menos eso era lo que le había dicho en la carta que le envió días antes. Ya no era el mismo. En el mensaje le decía a su mujer que ya estaba viejo, que los años habían acabado con su salud y que solo quería verla para poder echar de su alma a tantos fantasmas que había regado, sin quererlo, por el mundo. Entonces Angustias entendió que él sí había estado en Puerto Triste aquella noche de hacía 9 años. Y se llevó las manos a la cabeza y lloró. La mujer cocodrilo lloró. Aunque después de unos minutos ya no se acordaba de esa noche, ni de la carta ni de Emiliano.

El juicio

La casa de  
los tucanes

\*\*\*\*

Cuando regresé de trabajar en la madrugada de esa última vez hace veinte años, no sospeché ni por un segundo que no volvería a ver a mi mujer y menos porque fuera yo el primero que se iba a morir, ¡y justo hoy! Durante todo este tiempo pensé que la habían matado esa noche, “se la llevaron esos hombres malos, apasito, tenían muchas hojas encrespadas en el cuerpo como esos gusanos que se



1999

El juicio

La casa de  
los tucanes



comen las guayabas”, me dijo la niña en un solo llanto cuando la encontré acurrucada detrás de un matorral a pocos metros de la casa.

Minutos antes, o quizá horas, no lo sé con exactitud y creo que nunca lo sabré, estaba rodeando el camino terroso que me llevaba del pueblo a nuestro rancho. Estaba pensando en cómo decirle a Angustias que ya lo había decidido, que lo había pensado mucho toda la jornada y que no había vuelta atrás, al fin y al cabo, yo era el hombre y ella no tenía más remedio que aceptarlo: partiría al día siguiente a enlistarme en las filas del bloque 55 de ese grupo que se decía, por entonces, los justicieros del pueblo, eso al menos decía la propaganda que le había mostrado a Angustias en la mañana. Yo creía fuertemente en sus ideas, si vamos a ser sinceros. ¡Pa qué!, los hombres me comieron el oído y yo, como estaba tan desesperado con esa pobreza que nos estaba arrancando las tripas, me dejé convencer así no más. Y es que, la puritica verdad, es que necesitaba el dinero que me estaban prometiendo si me unía a la lucha contra los oligarcas, como decían ellos. Pero ¿cómo convencer a mi mujer de que era lo mejor?, en eso estaba pensando cuando alcé la mirada y avisté la casita. No tardé mucho en darme cuenta de que algo había pasado. A pesar de que estaba empezando a llover, el olor que se levantaba no era de tierra mojada. Olía a vinagre. Olía tan fuerte que recuerdo que me llevé la mano a la nariz y apreté tanto sus aletas que me la imaginé nadando como gelatina sobre mi palma cuando la abriera. Solté el costal en la loma y salí corriendo en dirección a la casa. Las paredes estaban repletas de boquetes, no había puerta ya y la manga estaba llena de gallinazos picoteando a los pobres que malflotaban en los charcos de agua, sangre y barro que inundaban el terreno. En la mesa aún estaba la botella de cerveza que me había bebido en la

mañana. Esperaba tumbada encima del mantel, como una brújula señalaba con su boca el volante arrugado con el logotipo de una montaña atravesada por dos escopetas en forma de equis. Pero de Angustias ni rastro. Recuerdo que busqué debajo de los dos únicos catres que teníamos. Busqué en el baño y en la cocina, busqué llenito de inquietud tirando como un loco lo que todavía estaba en su sitio. Desespero caminé por entre los muertos hasta llegar a la orilla del río: “de pronto uno de esos cuerpos decapitados es el de mi mujer, el de mis mujeres”, eso fue lo que me dije, pero solo había torsos tozudos, macizos, alumbrados por la luz de la luna y marcados con las sombras de los rayos de una noche desapacible de tormenta. Me cogí la cabeza con las dos manos enterrando los dedos en el pelo y derrotao caí de bruces sobre mis rodillas. “¿Y ahora qué hijueputas?, ¿ahora qué?”, grité. Y el grito se perdió en el estruendo de un trueno que sacudió la tierra

\*\*\*\*

Esperó a que oscureciera y a que las calles aledañas a la casa de Angustias estuvieran solas. Desde aquella noche del 3 de agosto de 1990 no había regresado a Pueblo Triste, pero en ese entonces no sabía que su mujer estuviera viva y mucho menos que estuviera tan cerca, si lo hubiera sabido por aquella época, quizá hubiera tratado de evitar lo que pasó, pero la verdad es que no es muy probable que lo hubiera logrado, él era un simple peón dentro de un enjambre de avispas, de intentarlo a lo mejor su muerte se hubiese adelantado en el reloj nueve años.

No supo de donde salieron, no los vio acercarse. Al parecer estaban detrás de los troncos de alguno de esos mamoncillos que

1999

El juicio

La casa de  
los tucanes



poblaban el parque y que colindaban con la casa de su mujer. Solo sintió un golpe en la cabeza y después un costal sobre su cara. Era la oscuridad dentro de la oscuridad. “Caminá, gran hijueputa, si no querés morirte antes de tiempo”, le chillaron al oído. Otro golpe seco. Ahora en su nuca. Y después, cuando sintió los resortes de una superficie mullida sobre su mejilla y un olor a óxido que le provocó arcadas, un motor rasgó el aire tosiendo como un tuberculoso. Se estaban alejando de esa callejuela estrecha y pálida y no tenía idea para dónde.

Dieron muchas vueltas en zigzag, pero no tenía certeza de que hubiesen salido de los límites del casco urbano, aunque lo intuía porque ya llevaba tiempo sin escuchar el bullicio de los vecinos. De pronto sus voces empezaron a ahogarse en su propio eco. Se hicieron chiquitas, sin luz. Empezó a sentir la aguja de una radiola desplazándose en el vinilo y luego otra y otra y otra más, hasta que un coro de grillos excitados se apoderó del ambiente, de cada rama, de cada tronco, de cada piedra. Grillos, chicharras, polillas. Empezó a sentir el gorjeo lastimero de unos pájaros que le revolcó el corazón. No sabía de dónde provenía ese canto triste, de seguro de algún sitio difícil de precisar pero que estaba cerca, tanto, que parecía que con sus notas monótonamente repetidas le estaba entonando una marcha fúnebre: “Teo-te-de, teo-te-de, te-de”, y comprendió que de esa no saldría bien parado.

Empezó a sudar frío. Sintió que sus muslos se mojaron con su propio orín y entonces sus tripas se deshicieron del chocolate, del pan y de la cerveza que lo mantenían levantado desde el desayuno. No gritó. No pidió auxilio. Para qué si ya se sabía muerto. El carro siguió la trocha por quince minutos más, eso fue lo que calculó hasta llegar al “confesadero”, un conjunto de casas abandonadas, llenas de



maleza, musgo y moho a lado y lado de un camino polvoriento. Lo bajaron a empujones. Su rostro oculto se había tornado del mismo blanco hueso de la cal que cubría la fachada de la última casa que lo vio con vida. Lo amarraron de manos y pies con dos cabuyas gruesas a un tubo metálico que salía desde el piso hasta el techo de la choza. Le bajaron los pantalones y le arrancaron los calzoncillos lánguidos dejando que su pene indefenso se levantara por el frío en un acto reflejo. De un tirón desgarraron su camisa haciendo que los botones saltaran como pelotas de pimpóny lo dejaron ahí, solo, con su piel floja que apenas le forraba los huesos, hasta que el sol de la mañana, como un soplete, empezó a quemarlo todo. De un golpe le arrancaron el costal de la cabeza y el resplandor del día lo encegueció. Entonces apretó los párpados para protegerse de la luz y antes de que pudiera abrirlos sintió una patada en las costillas que lo dejó sin aire, doblado y con la boca abierta. Fue cuando escuchó la voz de un hombre viejo que olía a cigarrillo y lo agarraba del pelo tirándole la cabeza hacia atrás: “por fin vas a pagar lo que nos hiciste, malparido”.

\*\*\*\*

*Caminé durante mucho rato por los alrededores de la casa con la esperanza de que la neblina de la madrugada y el reflejo de una luna esquiva me dejaran encontrar a la mujer y a la hija. Una brisa fresca. Esa brisa me pegaba en la cara. Y en la cara me punzaban unas agujas que caían de las nubes invisibles. Era una brisa que brotaba de las piedras, de las copas de los árboles, de la maleza espesa. Esa brisa siempre ha venido desde dentro de la tierra, siempre ha estado ahí, latiendo como un volcán en erupción y esa noche brotó desde el fondo, y desde el fondo arrasó con*

1999

El juicio

La casa de  
los tucanes



{ 195 }

saña lo que se encontró a su paso. Era una brisa que dolía, que me dolía mucho, y la tristeza de esos muertos penetró también en mí, pero nunca hasta el punto de compartirla totalmente, porque todavía creía que ellas estaban vivas buscándome bajo el cielo frío. Intentando sobrevivir. Solas.

Cuando la noche dejó de ser un cajón y empezó a abrirse un poco, avisté un bulto débilmente silueteado contra el suelo. La luz del sol yacía quebrada sobre el arbusto y detrás estaba ella, acurrucada en posición fetal como si fuera una cicatriz profunda de la tierra. Sus labios estaban morados y temblaba de frío. El pijama de alpaca estaba sucio de barro. Briznas de hierba le cubrían esas flores de lana que estaban bordadas en su pecho, y su pelo, entre palos secos, se trenzaba sobre la frente. “se la llevaron esos hombres malos, apasito, tenían muchas hojas encrespadas en el cuerpo como esos gusanos que se comen las guayabas”, me dijo en un solo llanto. Pero eso ya se los había contado yo antes. Fue lo último que supe de Angustias hasta que me enteré hace poco que estaba en Puerto Triste. Viva, y vieja, y sin memoria casi. Y por eso volví. Pero volví tarde, y ahora que estoy muerto lo sé.

La levanté muy despacio sobándole la espalda para que entrara en calor, y salí como pude de ese cementerio que hasta esa mismítica mañana fue mi casa. La nuestra. Cuando llegué al pueblo ya había amanecido. Toqué la persiana del negocio de abarrotes que ocultaba en la trastienda la casa de mi vieja como si la quisiera tumbar de lo fuerte que lo hice. Escuché sus pasos traspasar las vitrinas y mover los costales de frutas, verduras y parva que formaban laberintos de comida en los que yo jugaba de niño. “Mijo, ¿qué les pasó?”, fue lo único que alcanzó a decir antes de que yo descargara a la pequeña Carmen en sus brazos. Todo fue tan rápido que ni un beso le di a mi chiquita. No era momento de despedidas. Nunca imaginé que esa era la última vez que las vería a las dos. Fue una noche de pérdidas o de abandonos, según se mire. El caso es que solo había



una idea que me estaba carcomiendo por dentro y en lo único que podía pensar: vengarme de esos hijos de perra que se habían llevado a mi mujer. Por eso cuando ya estaba a una cuadra de distancia le grité a mamá: “me voy pa’l monte a buscar a esos hijueputas. Cuídela por mí mientras regreso”, lo que no calculé por entonces fue que la pólvora y el miedo arrancan a mordiscos la bravura, y cuando se asoman por el filo de la puerta te acribillan o te doblegan. Y esto último fue lo que me pasó a mí: “¿empuñá las armas pa nuestro lado o la jeta te la llenamos de moscas, y por ahí derecho a la de tu vieja y a la de esa culicagada que se mantiene con ella, vos verás”, me dijeron cuando me cercaron como a un perro en el retén que habían instalado en una de las trochas. “Ahhh, y no busqués lo que no se te ha perdido, olvidate de tu mujer, cabrón!”. Y ahí estaba yo, no sé si en manos del grupo que se autodenominaba “los defensores del pueblo” o del que luchaba en contra suya, al fin y al cabo, eran el mismo lobo con distintos dientes. El punto es que una mano invisible me tenía agarrado por el cuello y apretaba, apretaba tanto que me estaba empujando hacia el fondo de la tierra para ser parte de esa brisa que lo corroe todo, en ese preciso instante como ahora.

\*\*\*\*

—¡Desembuchá todo, carajo! —Fue lo que escuchó Emiliano cuando el aire volvió a sus pulmones  
— ¿Qué, qué está pa-san-do? —Atinó a decir entre balbuceos porque la lengua ya no le respondía. Estaba pesada y tiesa como un estropajo.

Nadie le respondió. Volteó la cabeza hacia el hombre para buscar su mirada. Fue un movimiento imperceptible, pero que hizo crujir las paredes de la casa. Lo vio en frente suyo. Tenía un brazo



rascándose su vientre voluminoso y con su doble hilera de piedras afiladas mordía la uña de su índice derecho hasta sacarse sangre.

—Tengo sed. —Se escuchó decir bajito.

—No seás pendejo, vos no tenés derecho a nada aquí —le dijo el viejo sin mirarlo, y remató—. Más bien decí de una maldita vez qué se te perdió por acá.

—No sé de qué está hablando, denme agua que me estoy muriendo de sed. —Se revolcó como una serpiente venenosa tratando de zafarse los nudos que lo ataban a la estaca.

—Pues muerto y todo vas a tener que hablar. Ya no podés resucitarnos a los muertos que nos mataste hace años, pero ni por el putas vas a volver a quitarnos la poquita vida que nos queda.

Emiliano levantó su cabeza y la dejó suspendida por unos segundos con la mirada fija en el hombre. Era como si el *flash* de un fotógrafo hubiese captado la imagen con su cámara, pero después, en segundos, la dejó caer hacia el frente sobre su clavícula. Entonces tensó los músculos de su cara porque se dio cuenta que le estaban cobrando su participación en esa “fiesta de sangre” que no quería recordar, pero que volvía una y otra vez, torturándolo. Siempre supo que eso lo tendría que pagar en algún momento. La vida era un ajuste de cuentas permanente. Por un instante se alejó de ese lugar de casas peladas en que era ajusticiado y volvió al día más terrible que había presenciado jamás. Los toques de tambora por cada disparo, la algarabía de los equipos de sonido de las casas arrasadas, la danza en medio de la lluvia y alrededor de los muertos. Y él al fondo, a un costado del parque, viéndolo todo, pero sin poderse alejar de “los que ordenan”. ¿Cómo explicar





que él no quiso estar ahí?, ¿cómo decirle a ese viejo que el trató de no matar a muchos?, “yo le salvé la vida a esa niña, hombre”, quiso gritar, pero no pudo. Esa niña que valía por cientos y que lo había dejado vivir todos esos años. Que aminoraba su culpa. Esa niña sin rostro que depositó en los brazos de una mujer, sin nombre también, cuando saltó de la camioneta de la muerte.

—Don Augusto, este tipo no va a hablar. Terminemos con él de una buena vez y volvamos antes de que la vieja lo siga buscando. Vengo de allá y la vi hablando con el padrecito —le dijo Ambrosio, concluyendo después de manera tajante—: es que esa vieja loca no ha hecho sino pasearse por el pueblo desde que cayó la noche preguntando por el tipo. No vaya a ser que alguien le cuente y dé con nosotros.

—No te preocupés, hombre, que el padre Gonzalo sabe lo justo —le dijo mientras con un movimiento de cabeza daba la orden.

—Hagan lo que tengan que hacer —dijo Emiliano clavando su mirada en el viejo cacharrero cuando vio a los dos hombres apretar los puños a la altura de la cara—, al fin y al cabo ustedes no son tan distintos a...

No alcanzó a terminar la frase. Un tercer anciano sacó el “alacrán” de la maleta del carro, una motosierra con la que le arrancaron la cabeza y los brazos sin decirle nada. Le vaciaron las vísceras y lo rellenaron de piedras para que el río se lo chupara. Y antes de lanzarlo al fondo, colocaron en su pecho una nota que decía “prohibido sacar a este asesino de estas aguas”.

2005

Y lo único que queda  
son los tucanes

# *Y lo único que queda son los tucanes*

La casa de  
los tucanes



(...) M...  
...  
...  
...  
...

(...) *Me voy de ti con tus mismos alientos:  
como humedad de tu cuerpo evaporo.  
Me voy de ti con vigilia y con sueño,  
Y en tu recuerdo más fiel ya me borro.  
Y en tu memoria me vuelvo como esos  
que no nacieron ni en llanos ni en sotos.*

Gabriela Mistral, *Ausencia*



**2005** Ya en la calle, a Carmen le llegaron los ecos que empezaron a salir por el resquicio de la entrada principal. Ecos pasados y recientes que provenían de los huecos de los muros. Eran voces desgastadas. Crujidos que se fueron formando cuando ella estaba cerrando con candado todas las puertas de las habitaciones. Un aire frío se le metió bien adentro hasta los huesos. En su espalda cargaba la mochila con la que llegó semanas atrás buscando cobijo. En una mano una jaula inmensa con los dos tucanes de la doña se balanceaba al son del canto lastimero de los animales; en la otra, el relicario de plata que la muchacha había encontrado en el suelo del vestíbulo cuando el padre Gonzalo y Vicenta se habían marchado dos días antes sin tomarse el tinto. El pasador se había trabado por el golpe dejando a salvo los secretos que escondía. Y de los recortes de periódico no había ni rastro. Quiso buscarlos, pero antes de intentarlo siquiera, una brisa se levantó debajo de sus pies. Era una brisa fresca que dolía. Una brisa que siempre ha venido desde dentro de la tierra como lo pensaba su padre, ese que Carmen no sabía que había tenido, esa brisa que late como un volcán en erupción y que con saña arrasa lo que se encuentra a su paso. Angustias se estaba muriendo en ese mismo

momento, sola. O quizá rodeada de Emiliano, y de Clemencia, y de Lázaro, y de Trinidad, porque cuando Carmen llegó a su cuarto y empujó la puerta, solo encontró fantasmas, aunque no pudo verlos.

Antes de echar a andar calle abajo en dirección al parque para tomar un bus que la llevara a otro sitio, a cualquiera, porque al fin de cuentas en todos los lugares los gusanos andan sueltos por el barro, esperando, el padre Gonzalo se acercó, le recibió la jaula y le dio la bendición.

2005

Y lo único que queda  
son los tucanes

La casa de  
los tucanes



**Catalina Merino Martínez** (Medellín, 1975). Abogada de profesión y por asalto. Profesora por convicción en el mundo del derecho y escritora desde los confines de la memoria. Cazadora de imágenes bailarinas en las profundidades del silencio y contadora de esas historias que se esconden detrás de las puertas. Itinerante de tierras españolas en alguna época de alguna vida en las que dejé mis huellas marcadas en las baldosas de la escuela de escritores de Zaragoza como estudiante y docente del arte de narrar.



*La casa de los tucanes* pretende reivindicar los espacios de la memoria en un país donde las masacres se han convertido en la forma más extrema de degradación de la violencia y en una herramienta de desprecio de los victimarios por la población civil. En Pueblo Triste, que podría ser cualquier pueblo colombiano, vive Angustias, una mujer perdida por los laberintos del Alzhéimer, que, al mismo tiempo, dialoga en silencio —*a través de los fantasmas que pueblan su cabeza*— con las heridas de los vecinos, seres que durante tres lustros han vivido suspendidos entre la vida, la culpa, la vejez y la muerte. Ese diálogo permite recrear, con la intervención de Carmen (*una joven que llega al pueblo en busca de respuestas tras la pérdida de su madre y que se instala en la casa de los tucanes para cuidar la desmemoria de la dueña*), la historia de una tierra devastada en la que cada uno de los actores sentirá una vergüenza que por mucho tiempo no ha querido enfrentar, y que traerá consecuencias imprevisibles al dejar al descubierto secretos silenciados por el miedo, el asedio y el terror.

*La casa de los tucanes* es una novela coral que pretende ser un memorial de agravios donde las “no víctimas” han de recordar lo vivido por aquellos que durante décadas han poblado los cementerios colombianos, porque lo no vivido por ellas les será transmitido a través de la palabra, que es el único medio de reconstrucción de la dignidad.

